
HARLEQUIN
SuperJazmín
Una antigua pasión
CHRISTINE RIMMER

Jenna Bravo iba a casarse con su atractivo, aunque aburrido, novio de la adolescencia, pero antes tenía que resolver un asunto pendiente: divorciarse de su primer marido, al que había abandonado porque era un adicto al trabajo que siempre había antepuesto sus ambiciones a su matrimonio.

Pero Mack McGarrity, convertido en un irresistible millonario, le tenía reservada una sorpresa. Antes de divorciarse, Jenna debería pasar dos semanas a solas con él. Si transcurrido ese tiempo aún deseaba el divorcio, Mack se lo concedería.



Christine Rimmer

Una antigua pasión

Súper Jazmín - 397

Familia Bravo - 5

ePub r1.0

jala 12.11.16

Título original: *The Millionaire She Married*
Christine Rimmer, 2000
Traducción: Elías Sarhan Assy
Publicado original: Mills and Boon Special Edition (MSE) - 1354 y en:
Silhouette Special Edition (SSE) - 1322

Editor digital:
LDS
ePub modelo
LDS,
basado en ePub base r1.2



Capítulo 1

La tienda, igual que la calle estrecha, irradiaba una sensación de tiempos pasados. En el letrero blanco que había encima de la puerta ponía
Linen &
Lace. Entre las letras se entrelazaban hojas de parra.

Mack McGarrity se hallaba bajo un toldo a rayas con las manos en los bolsillos y miraba el escaparate de la izquierda. Detrás del cristal había una cama de latón con dosel del que colgaban cortinas blancas de encaje con cojines bordados.

Junto a la cama, a la izquierda, había una cómoda con una jofaina blanca encima. A la derecha, una mesita de noche blanca con un jarrón con rosas blancas y una lámpara. Unos camisones blancos de encaje se veían sobre las almohadas y la colcha, como si la dama a quien pertenecían no pudiera decidir cuál ponerse.

Mack sonrió. En su noche de bodas, Jenna se había puesto un camisón como ése, casi transparente, con encajes en el cuello y en la parte frontal.

Estaba nervioso, aunque intentaba no mostrarlo. Pero Jenna se había dado cuenta.

Y había emitido aquella risa suave y burlona.

—No es nuestra primera vez —había susurrado.

—Es la primera vez. Mi primera vez… con mi esposa —recordó que su voz había sonado ronca por la emoción que a nadie, salvo a Jenna, le había permitido ver…

Se apartó del cristal. Miró la otra acera, hacia una tienda que

vendía muebles pintados a mano. Había una pareja ante el escaparate, admirando un aparador alto decorado con una escena boscosa. La observó, sin verla realmente, hasta que desapareció en el interior.

Con un movimiento brusco volvió a centrarse en
Linen &
Lace. Dio dos pasos y llegó hasta la puerta de cristal. La abrió.

La fragancia del lugar fue lo primero que notó, un aroma floral no muy dulce. No olía exactamente a Jenna, pero se la recordó.

Había comenzado a esbozar una sonrisa cuando sonó la campanilla que advirtió de su presencia. Ella se volvió y lo vio en el mismo instante en que los ojos de Mack la descubrían.

Cuando sonó el timbre, Jenna miró hacia la puerta, lista para sonreírle al nuevo cliente e indicarle que no tardaría en atenderlo.

La sonrisa murió antes de llegar a sus labios.

Era Mack.

Mack.

Su ex marido. Ahí, en su tienda. Después de tantos años.

No podía ser. Pero era. Mack.

Sintió un nudo en la garganta. Tragó saliva para evitar quedarse boquiabierta.

Estaba… magnífico. Mayor, sí. Y algo más relajado. Pero de un modo profundo y fundamental, era el mismo.

La miraba fijamente con aquellos ojos que recordaba tan bien. Ni azules ni grises, como un cielo atrapado entre el sol y las nubes.

Le sonrió… Esa sonrisa hermosa, entre irónica y tímida, la misma que nueve años atrás la había arrobado.

Por aquel entonces vivía en un apartamento de su mismo edificio, en la misma planta que Jenna. Ella había llamado a su puerta para decirle que sabía muy bien que había estado alimentando a su gato.

Cuando abrió, lo hizo con Byron en brazos. Ese traidor negro como la medianoche había ronroneado como si estuviera en su casa.

—Quiero informarte de que ése es mi gato —había dicho, esforzándose por sonar atrevida.

Él le había sonreído, tal como lo hacía en ese momento… como el sol que sale en un día gris y frío.

—Pasa —le había sugerido mientras acariciaba al gato—. Hablaremos.

A Jenna jamás se le habría ocurrido decir que no.

Y en ese momento, después de tantos años, con sólo verlo sentía como si algo en su interior se derritiera. Las rodillas se le aflojaron y las palpitaciones se aceleraron.

Y también experimentó miedo. ¿Para qué había ido hasta allí?

Cuando lo había llamado tres días atrás, le había pedido una cosa, algo sencillo y claro. Él le había respondido que se ocuparía de ello.

¿Su súbita aparición en la tienda significaba que había cambiado de parecer?

—¿Hmm… señorita? ¿Se encuentra bien?

—Sí. ¿Por dónde íbamos?

Unos minutos más tarde, cerró una venta de sábanas, fundas y edredón. En cuanto terminara con esa clienta, esperaba otra. Y otra después. Como una de sus ayudantes tenía el día libre y la otra había pedido dos horas para comer y solucionar algunos asuntos personales, todas las clientas eran de Jenna. Y no le gustaba hacerlas esperar.

No obstante, podría haber sacado unos momentos para las cortesías. Una oportunidad para averiguar a qué se debía su presencia allí. No lo hizo. Quiso ganar tiempo, con la vana esperanza de que pudiera cansarse y marcharse.

Pero no. Vagó por el local, examinando la mercancía como si en realidad tuviera la intención de comprar algo. Parecía… muy paciente, dispuesto a esperar hasta que dispusiera de tiempo para ocuparse de él.

Su paciencia casi la irritó tanto como su repentina aparición. El Mack que había conocido distaba mucho de ser un hombre paciente.

Pero las cosas habían cambiado desde entonces. En aquella época Mack McGarrity era un hombre con una misión, decidido a hacerse un lugar en el mundo, y hacia ese objetivo había avanzado de forma implacable. En ese momento era millonario.

Quizá tener mucho dinero significaba que podías permitirte incluso más que una mansión en los Cayos de Florida y un barco de pesca de más de diez metros de eslora. Tal vez tener mucho dinero

significaba que podías permitirte el lujo de esperar.

La idea tendría que haberla complacido. Era bueno que un hombre como Mack descubriera la paciencia.

Pero no la satisfizo. La puso nerviosa. Mack siempre había sido inquieto. Pensar que en ese momento también era capaz de ser paciente podía causarle una considerable dificultad si, por algún motivo, decidía usar esa característica contra ella.

¿Pero por qué iba a hacerlo?

No quería saberlo… Por eso se demoraba y lo mantenía esperando.

Casi una hora después de que hubiera entrado en la tienda, Jenna se encontró a solas con él… salvo por una mujer mayor que iba a menudo a echar un vistazo.

Como de costumbre, la agradable anciana se tomó su tiempo. Al final se decidió por tres fundas bordadas para sillas. Jenna registró la venta y contó el cambio.

—Muchas gracias. Vuelva pronto —comentó al acompañarla hasta la puerta.

—Oh, sabes que lo haré, querida. Me encanta tu tienda. Además, siempre me atiendes muy bien.

Jenna abrió la puerta. Salió a la acera para despedirla. Haciendo tiempo.

Y entonces llegó el momento. Entró y cerró la puerta.

Mack se hallaba en el pasillo central, cerca de ella. Se sintió arrinconada, pero reacia a aproximarse.

Él tuvo la cortesía de retroceder unos pasos. Reinó el silencio.

Tuvo que obligarse a pronunciar su nombre.

—Hola, Mack.

—Hola, Jenna.

Lo mira a la cara bronceada, con las arrugas en torno a los ojos un poco más marcadas. Aún llevaba el pelo castaño claro muy corto, pero el tiempo pasado bajo el sol le había proporcionado mechones más rubios. También las cejas habían adquirido destellos dorados en las puntas.

Tenía un aspecto excelente.

Apartó la vista sin saber qué decir a continuación.

Quería exigirle que le dijera qué hacía allí. Ordenarle que se marchara y que no volviera. Insistir en que ya tenía su propia vida.

Informarle de que era una buena vida que dirigía ella y que no lo incluía a él.

Pero sabía que si decía esas cosas, sólo sonaría a la defensiva, quedaría en desventaja desde el principio. De manera que el silencio incómodo continuó durante unos agónicos segundos más.

—Te has quedado muda al verme, ¿eh? —comentó él al final.

Lo miró directamente a los ojos, respiró hondo y forzó una réplica:

—Bueno, he de reconocer que no entiendo qué haces aquí. El Cayo Oeste está bastante lejos de Meadow Valley, California.

Jamás lo habría creído. Mack, el símbolo del abogado adicto al trabajo, viviendo en el trópico, navegando por el Golfo de México en su barco. La idea de que su marido, perdón, ex marido, obsesionado con el éxito pudiera tomarse tiempo para el ocio era una contradicción.

Deseó que dejara de mirarla con esa expresión divertida y penetrante, que dejara de hacerla sentir tan… joven y torpe. Como si de nuevo tuviera veintiún años, una solitaria muchacha universitaria lejos de casa, en vez de ser la mujer de treinta años madura, asentada y segura que era en ese momento.

¿Cómo lo conseguía? Habían transcurrido siete años desde que lo vio por última vez, y cinco desde que su divorcio se hizo efectivo. No obstante, al mirarlo y estar sometida a su escrutinio se sentía vulnerable. Como si su presencia abriera viejas heridas que todavía supuraban… heridas que creía que ya habían curado.

Había resultado duro levantar el teléfono para llamarlo, después de localizarlo a través de uno de sus colegas de su antiguo bufete. Le había costado hablar otra vez con él, oír su voz, pedirle que le mandara los papeles que necesitaba.

Y ahí estaba, cara a cara con él, sintiéndose expuesta y herida. Sin aliento y confusa.

No debería ser así, y Jenna lo sabía. Todo el dolor y las recriminaciones pertenecían al pasado, por no mencionar el anhelo, la ternura, el amor.

Debería ser capaz de sonreírle, de sentirse razonablemente relajada, de poder preguntarle con calma si le había llevado los papeles.

Los papeles. Sí. Eso era lo importante. Carraspeó.

—Decidiste… traer los papeles en persona, ¿verdad? No era necesario, Mack. En absoluto.

Él no respondió de inmediato y siguió mirándola, provocándole un aleteo perturbador en el plexo solar.

Tuvo ganas de gritarle que le respondiera.

Pero en ese momento el timbre sonó otra vez. Jenna miró por encima del hombro y forzó una sonrisa.

—En seguida estoy con usted.

—No hay prisa —la nueva clienta, una mujer bien vestida de unos cuarenta años, se dirigió hacia la sección de mantas.

Volvió a mirar a Mack. Él desvió la vista hacia la mujer que acababa de entrar y dijo en voz baja:

—Quiero hablar contigo. A solas.

—¡No! —La palabra salió con el tono equivocado. Sonó frenética y desesperada.

—Sí —más bajo aún, más suave. Pero inamovible.

—¿Señorita? —La mujer sostenía un paño para piano—. Esto no tiene la etiqueta con el precio, ¿cuánto vale?

Jenna se dio cuenta de que tenía el ceño fruncido. Al girar hacia a clienta adaptó el rostro para que exhibiera una sonrisa brillante.

—Voy en seguida. Sólo un momento —al volverse hacia Mack, la sonrisa fue sustituida por el gesto hosco—. No tenemos nada que decirnos.

—Creo que sí.

—No puedes… —Había elevado la voz. Calló, recuperó el control y continuó con un susurro intenso—. No puedes venir después de todos estos años y esperar que yo…

—Jenna —alargó el brazo y le tomó la mano derecha.

Antes de que a ella se le ocurriera apartarla, la llevó detrás de unos anaqueles de hierro forjado repletos de toallas de algodón egipcio y accesorios para el baño. Algo aturdida de que hubiera llegado a tocarla, bajó la vista a sus manos unidas.

—Suéltame —ordenó con un susurro furioso.

Él lo hizo, y eso la aturdió aún más. Durante un instante su mano grande y cálida rodeaba la de ella… y al siguiente ya no estaba.

—No espero nada —explicó él—. Sólo quiero hablar contigo. En privado.

Pudo verlo en sus ojos, en la línea de su mandíbula. No pensaba marcharse. Tendría que escuchar lo que fuera que había decidido exponerle.

Entonces, con un sentimiento de culpa, pensó en Logan, su novio del instituto, su querido amigo… y, en ese momento, su prometido. Logan había esperado mucho tiempo para ello. Y cuando había surgido ese pequeño problema con su divorcio, Logan, como de costumbre, se había mostrado muy comprensivo. No le había reprochado nada, no le había preguntado cómo había conseguido olvidar durante cinco años que nunca había recibido una copia de la resolución final de divorcio.

Con gentileza le había sugerido que aclarara la situación.

Y por eso había llamado a Mack.

Y Mack le había indicado que tenía los papeles y que los firmaría, que los registraría ante un notario y se los enviaría de inmediato. Jenna le había informado a Logan que todo estaba solucionado. Cuando llegaran los papeles, iría a presentarlos al Registro Civil. En seis meses Logan y ella serían libres para casarse.

Aunque a éste no le había entusiasmado mucho el período de espera que exigía la ley de California, sin embargo, lo había aceptado con elegancia.

Pero no estaba segura de cómo aceptaría la noticia de que Mack había aparecido en persona y exigido hablar con ella en privado.

Quizá no tendría por qué enterarse de ese pequeño problema hasta que se hubiera solucionado.

Logan, que practicaba la medicina general, se había ido hacía dos días a una convención en Seattle. No regresaría hasta el domingo por la noche… por lo que disponía de dos días más.

Se dijo que para entonces tendría todo bajo control. Habría escuchado todo lo que Mack quisiera contarle, habría recibido los papeles y lo habría despedido. Sería mucho más fácil explicarle la situación a su novio en cuanto tuviera los papeles en su poder.

—¿Señorita? —La mujer empezaba a sonar un poco impaciente.

—Adelante —indicó Mack—. Ocúpate de ella.

La clienta compró el paño para el piano. Mack esperó junto a la caja.

En cuanto la mujer se marchó, Jenna suspiró.

—De acuerdo —concedió—. Cierro a las siete. Después

podremos hablar.

—Bien. Hay un par de restaurantes que tienen buena pinta calle abajo. Regresaré cuando cierres e iremos a cenar.

«Ni lo sueñes», se prometió. No pensaba pasar la velada sentada frente a él, luchando contra la sensación de que tenían una cita.

—No —respondió—. Ven a casa a las siete y media. Hablaremos allí. Lacey está de visita, pero no nos molestará.

—Lacey —pronunció el nombre de su hermana pequeña con más interés del que había mostrado en el pasado—. ¿De visita? ¿De dónde?

—Ahora vive en Los Ángeles.

—¿Y qué hace allí, robar bancos?

—Es artista —repuso con sonrisa demasiado dulce—. Y con mucho talento además.

—Quieres decir que aún es una rebelde.

—Lacey establece sus propias reglas.

—Lo creo… ¿Y cómo está tu madre?

Jenna no contestó de inmediato. A veces le costaba creer que Margaret Bravo hubiera muerto.

—Falleció hace dos años.

—Lo siento, Jenna —musitó tras observarla unos momentos.

Apenas le había prestado atención estando viva. Mack McGarrity no creía en los vínculos familiares. Pero en ese momento sonó sincero.

—Gracias —aceptó con renuencia. Luego continuó con más vigor—: A las siete y media, entonces. En mi casa.

—Allí estaré.

—Trae los papeles del divorcio. Los tienes, ¿verdad?

—Los tengo.

Sintió alivio al corroborarlo. Quizá no todo saliera tan mal como había temido.

Capítulo 2

Jenna fue a pie a casa. Sólo se hallaba a tres calles de la tienda. Disfrutaba de ese paseo. Saludó a los vecinos, respiró el aroma a pino que había en el aire y pensó en lo mucho que amaba su ciudad natal. Situada al pie de la sierra, Meadow Valley era un lugar hermoso de calles arboladas y antiguas casas de madera.

En casa, encontró la nota que Lacey le había dejado en la nevera.

Una cita de última hora. No me esperes despierta.

Sonrió. Cuando Lacey decía que no la esperaras, hablaba en serio. Desde los siete años, la hermana «pequeña» de Jenna jamás se había ido a la cama de buena gana antes de las dos de la madrugada. Le encantaba quedarse hasta muy tarde para poder ver salir el sol e irse a dormir.

Entonces frunció el ceño. Sin Lacey, Mack y ella estarían solos en la casa.

Estrujó la nota y la echó al cubo de la basura bajo el fregadero. Entonces vio a Byron. Estaba sentado en el suelo, a la derecha del fregadero.

—No quiero estar a solas con él —le dijo—. Y no me preguntes por qué —el gato no lo hizo, sólo la observó a través de esos sabios ojos amarillo verdosos—. Y no me mires así —lo reprendió.

Byron siguió mirándola y comenzó a ronronear, un sonido en el silencio de la cocina. Lo alzó en brazos y se lo colocó al hombro.

—Como te pongas a frotarte contra él, jamás te lo perdonaré —acarició el lustroso pelaje negro y el gato ronroneó más fuerte—.

Hablo en serio —gruñó—. De acuerdo, de acuerdo. Te daré de cenar —vertió comida en su cuenco y lo dejó comer.

En el dormitorio principal de la planta baja se cambió de ropa, poniéndose unos Dockers y una camisa. Adrede no se retocó el maquillaje ni se cepilló el pelo rubio que le llegaba hasta los hombros.

Diez minutos más tarde oyó el timbre. Mack exhibía esa sonrisa que convertía los huesos en gelatina. Detrás de él había un par de camareros.

Parpadeó. ¿Camareros? Sí, no había duda. Uno llevaba una mesa redonda; el otro, una silla bajo cada brazo.

—¿Qué…?

—No has preparado nada, ¿verdad? Y si lo has hecho, guárdalo. He traído la cena.

—Pero yo… tú… no…

—Tartamudeas —dijo con una ternura que la puso nerviosa. Luego les hizo un gesto a los camareros—. Por aquí… Jenna, cariño, tendrás que apartarte.

—No soy tu…

—Lo siento. Viejos hábitos. Y ahora, apártate.

Dio un paso al frente, la tomó por los hombros y la hizo a un costado. Luego volvió a hacerle otro gesto a los camareros. Lo siguieron al salón delantero, donde se dedicaron a poner la mesa sobre la alfombra hecha a mano por su madre.

En los minutos siguientes intentó decirle varias veces que no iba a cenar con él. Mack fingió no oírla mientras los camareros iban y venían de una furgoneta aparcada delante de la casa, llevando manteles, platos, cubiertos y un centro con velas en forma de flores que flotaban sobre aceite en un cuenco de cristal. Asimismo colocaron una mesa lateral delante de una ventana. Allí dejaron la comida. Olía deliciosa.

Cuando todo estuvo listo, un camarero encendió las velas mientras el otro apartaba la silla para que Jenna se sentara.

—Esto no me gusta —miró a Mack con ojos centelleantes.

El camarero esperó con la silla.

Al final Jenna cedió y se sentó. Pensó que quizá Mack había desarrollado un poco de paciencia y aprendido a relajarse, pero en eso no había cambiado. Aún insistía en hacer las cosas a su manera.

Él ocupó la silla de enfrente. Los camareros depositaron una cesta con pan, junto con dos platos de tentadores primeros: champiñones Portobello rellenos y ostras sobre hielo picado. El otro camarero se ocupó abriendo una botella de Pinot Grigio, que Mack probó, aprobó y luego se dedicó a servir.

Después firmó la factura.

En cuanto la puerta de entrada se cerró detrás de los camareros, Jenna se sirvió un champiñón y una ostra. También untó mantequilla en una rebanada de pan. Luego se levantó, se sirvió un poco de ensalada y unos escalopines de solomillo con salsa marsala de la mesa lateral.

Se sentó y comió. Todo era excelente. No tocó el vino.

Mientras tanto, Mack intentaba entablar conversación. Le preguntó por la tienda y alabó los cambios que había introducido en la decoración del salón de su madre. En voz alta se preguntó dónde podía estar Lacey y trató de que le contara más sobre la vida de su hermana, cómo una artista se abría camino en el sur de California.

Jenna respondió con monosílabos siempre que le fue posible. Cuando la pregunta requería una contestación más elaborada, pronunciaba una oración entera… y luego volvía a concentrarse en la comida.

Terminó de cenar diez minutos después de empezar. Apartó el plato.

—Gracias, Mack. Ha sido una cena deliciosa.

—Me alegro mucho de que te gustara —musitó, vaciando la copa de vino y alargando la mano hacia la botella.

—Casi no has comido —le regaló una sonrisa agria.

—Por algún motivo, siento que me estás apresurando. Se me ha quitado el apetito —se sirvió más vino y dejó la botella.

Jenna se quitó la servilleta del regazo y la dejó junto al plato.

—Bueno, entonces, si no te apetece comer, podríamos ocuparnos del asunto que nos ha reunido.

—Bonito anillo —comentó, mirando el solitario.

—Gracias. A mí también me gusta… Pero podríamos hablar de lo que supuestamente has venido a decirme.

—Desde luego.

—Como te anuncié por teléfono —irguió los hombros y adelantó un poco el mentón—, quiero volver a casarme.

—Felicidades —se tomó un momento para beber de la copa. Luego la miró a los ojos—. Sin embargo, ¿no crees que deberías deshacerte de tu primer marido antes de pensar en aceptar a otro?

—Me he deshecho de mi primer marido —respondió con un tono mesurado—. O eso se suponía. Todo había quedado arreglado.

—Quizá para ti.

—Quedó arreglado, Mack —lo observó con ojos centelleantes.

—Lo que tú digas —gruñó.

—Bueno, de acuerdo. Yo digo que todo está arreglado… salvo que, por algún motivo, jamás llegaste a firmar los papeles que mi abogado le envió al tuyo.

—Era una época ajetreada para mí —contempló las profundidades de la copa—. Tenía muchas cosas en la cabeza.

—La cuestión es que se acabó, Mack —prefirió soslayar su comentario—. Hace mucho. Y tú lo sabes. No sé por qué has venido después de tantos años. Y no me importa por qué lo has hecho.

—No me lo creo —se irguió un poco.

—Cree lo que quieras. Simplemente… —«¡dame esos malditos papeles y sal de mi vida!», quiso gritar. Recuperó la compostura y preguntó con educación—: ¿tienes los papeles?

Bebió otro sorbo de vino y por el borde de la copa la miró con expresión sombría.

—No los llevo encima.

Jenna tuvo ganas de partirle el cuenco de cristal con las velas en la cabeza. Para contenerse, juntó las manos en el regazo y habló con cuidado:

—Dijiste que los tenías.

—Y así es. Lo que pasa es que no los he traído esta noche.

—Mentiste.

—No mentí. Tú oíste lo que querías oír.

«Otra mentira», pensó, pero se calló. Había vivido con Mack McGarrity el tiempo suficiente para reconocer una trampa verbal cuando se la tendía. Si seguía insistiendo en que le había mentido, sólo terminarían dando vueltas en círculo. «Olvídalo. Sigue adelante».

—Dijiste que deseabas hablar conmigo, en privado. Bien, aquí estamos. Tal como tú querías. Será mejor que empieces a hablar, Mack. ¿Qué pasa?

—Jenna, yo… —dejó la copa y calló. Algo en el salón captó su atención. Ella siguió su mirada hacia el gato negro que se hallaba en el arco que conducía al comedor—. Dios mío. ¿Ése es…?

—Byron —reconoció a regañadientes—. Bub…

El cuerpo espigado del gato se deslizó por el arco y con el rabo erguido avanzó hacia ellos, saltó con facilidad sobre el regazo dé Mack, se echó y comenzó a ronronear satisfecho. Jenna apartó la vista, furiosa con él por el juego que practicaba… y conmovida al verlo con Byron después de tantos años.

—Tiene algunas canas por el cuello —comentó con voz llena de recuerdos y de peligrosa ternura.

—No es un gato joven. —Jenna sentía un nudo incómodo en la garganta—. Era un adulto cuando lo encontramos.

Volvió a pensar en su primer encuentro, aunque no tendría que haberse permitido algo tan necio.

Habían pasado nueve años. Parecía una eternidad.

Y también como si fuera el día anterior…

Estaba en su segundo año de universidad, estudiando Administración de empresas en UCLA. El tenía veinticinco años y le quedaba poco para terminar Derecho.

En cuanto la hizo pasar a su apartamento, le informó de que el gato lo había adoptado.

—No —había discutido ella—. Ese gato me adoptó a mí el primer día que vino aquí, hace tres semanas.

Se hallaban en el salón, que tenía escasez de muebles y exceso de libros. Mack palmeó a Byron y la miró con una expresión que la llenó de calor y la derritió. Se presentó y dijo que había bautizado Bub al gato.

—¿Has llamado Bub a mi gato? —repitió.

—Es mi gato.

—No, es mío. ¿Y qué clase de nombre es Bub?

—Uno mejor que Byron… El tipo de nombre que le daría una mujer a un gato negro.

—Byron encaja a la perfección con mi gato.

—No. Este gato no es Byron. Es un Bub.

—No, se llama Byron y es mío.

—No, es mío.

—Perdona, pero es mío.

Y en ese momento Mack sugirió:

—Podríamos compartirlo… —habló despacio, mirándola a los ojos y sonriendo mientras acariciaba el pelaje sedoso de Byron.

—¿Compartirlo…?

Él asintió.

Habían discutido más. Ya no era capaz de recordar todo lo que dijeron. En realidad, las palabras no importaban. Había tenido la impresión de que, al llamar a su puerta, había encontrado un mundo diferente esperándola más allá del umbral. Un mundo mágico y dorado, con Mack McGarrity en él.

Al final acordaron que compartirían a Byron… Bub, como lo llamaba Mack. Sugirió que cenaran juntos para celebrarlo. A Jenna le había parecido una idea maravillosa.

Comieron en un restaurante italiano no muy caro cerca de donde vivían. Y cuando regresaron, Mack la invitó a tomar una taza de café.

Después ella se quedó. Había pasado la noche en su cama… Bueno, en un colchón en el suelo. En aquella época, Mack McGarrity no podía permitirse lujos como una cama.

Había sido la primera vez para Jenna. Y había sido hermoso. Y tras aquella noche, se había trasladado a vivir con él. Dos meses más tarde, el 10 de noviembre, se casaron. Ella se había considerado la mujer más afortunada y feliz de la tierra…

—Jenna. —Mack la miraba en ese momento. El gato continuaba con su ronroneo y el pasado parecía algo vivo, tan real como las llamas de las velas—. Desde que me llamaste, he estado pensando…

«No», pidió ella mentalmente. «No lo digas. Por favor, no».

—No puedes casarte con el estudiante de Medicina. Todavía no.

El estudiante de Medicina. Logan.

Oh, Dios, ¿qué diablos le pasaba? ¿Para qué había dado ese peligroso rodeo por la avenida de los recuerdos, permitiéndose olvidar a Logan, que la amaba y la trataba con respeto y comprensión? Que quería exactamente las cosas quilla anhelaba: un compañero en la vida, un compañero en la igualdad. Y una familia grande. Muchos hijos. Tres o cuatro como mínimo.

—Logan ya no es un estudiante de Medicina —informó crispada —. Han pasado años, Mack, por si no te has dado cuenta.

—De hecho, sí lo he notado.

—Logan ha terminado la carrera —tenía la garganta tan atenazada que le dolía—. Ha concluido su… período de interno y su residencia. Es un médico con consulta aquí mismo, en Meadow Valley.

—No me importa quién es. Ahora mismo no puedes casarte con él.

No lo soportó más y se puso de pie de un salto.

—Típico de ti —acusó con los dientes apretados—. Apareces como por arte de magia después de los años que han transcurrido y de inmediato te pones a decirme cómo debo llevar mi vida. Bueno, se acabó que haga lo que tú ordenas. Quiero esos papeles que prometiste firmar, Mack. Y los quiero ahora.

—No te lo prometí.

—Eso es una mentira. Por teléfono me dijiste que ibas a…

—Sé lo que dije.

—Bien. Porque dijiste que ibas a firmarlos y a enviármelos.

—Me pillaste desprevenido.

—No importa cómo te pillé. Dijiste…

—Recibirás lo que quieres —cortó con un gesto de la mano y continuó acariciando al gato—. Pero no en este instante.

«No me pondré a gritar», se juró en silencio. «Sin importar lo tentador que sea, no me pondré a gritarle».

—¿Qué significa eso? —preguntó.

—Que primero quiero un poco de tiempo contigo.

—¿Tiempo? —soltó con un graznido.

—Sí. Tiempo.

Santo cielo, no le gustaba nada el giro que tomaban las cosas. Se esforzó por calmarse… y de algún modo logró mantener la voz serena.

—¿Tiempo para qué?

Byron eligió ese momento para abandonar el regazo de Mack. La campanilla que llevaba al cuello sonó al posarse en el suelo. Fue a sentarse bajo una mesa de caoba, donde comenzó a lamerse. Mack lo observó.

—Mack —exigió Jenna para atraer su atención. Cuando la miró, repitió—: ¿Tiempo para qué?

Antes de hablar él la estudió con una expresión que ella había asociado siempre con su faceta de abogado. Ecuánime. Distante.

Omnisciente. Viéndolo todo sin revelar nada.

—En una ocasión tuvimos algo bueno. Y reconozco que principalmente fue mi culpa que lo perdiéramos. Quiero algo de tiempo para entender qué salió mal.

Unas emociones encontradas remolinearon en el interior de Jenna. Confusión. Furia. Un mareo extraño y perturbador.

Tuvo ganas de sentarse otra vez, pero se mantuvo erguida.

—Mack, sólo quiero los papeles firmados. Por favor.

Y él permaneció impasible.

—Como ya he dicho, los tendrás. Después de pasar dos semanas conmigo.

—¿Dos semanas? —Se atragantó.

—Eso es. Dos semanas conmigo.

En ese momento se sentó. Entonces cerró los ojos y se apartó el pelo de la cara.

—No puedes hacer eso. Yo… iniciaré otra vez los trámites de divorcio.

Los labios de él se curvaron levemente, como si el comentario le resultara divertido.

—No hablas en serio.

—No lo dudes —se forzó a transmitir convicción.

—Eso requerirá tiempo —se llevó la copa de vino a los labios y se reclinó en la silla—. La primera vez tardó un año, desde la fecha en que tu abogado se puso en contacto con él mío hasta que llegamos a un acuerdo. Y entonces sólo luchábamos por Bub.

Jenna lo recordó y le pareció ridículo. Ridículo y mezquino. Había vuelto a su casa de Meadow Valley cuando presentó la demanda y él seguía en Nueva York, con aquel poderoso bufete de abogados. Mack había contratado a uno de los letrados de su firma para que solicitara la «custodia» de Byron. Durante meses sus respectivos abogados habían mantenido correspondencia. Y entonces, como por arte de magia, Mack había decidido mostrarse razonable. Le había permitido quedarse con Byron. Todo se solucionó.

Lo único que tenía que hacer era firmar los malditos papeles y todo habría ido bien.

—En esta ocasión podría arreglarlo para que durara una eternidad —bebió más vino—. Espero que el buen doctor te espere.

Aunque supongo que lo hará. Recuerdo cómo andaba cerca aquella navidad que pasamos aquí. Incluso entonces te esperaba… cuando no había duda alguna de que eras la mujer de otro hombre.

Desesperada, Jenna probó otra amenaza.

—Si me divorcio de ti ahora sacaré una buena tajada de tu fortuna.

—Oh, vamos. Te conozco, Jenna. Salvo por Bub, hace seis años no quisiste llevarte nada. Y tampoco lo harás ahora.

—No estés tan seguro —lo miró sin pestañear—. Me he vuelto mucho más materialista. Además, no eras multimillonario cuando me divorcié de ti. Sólo eras un abogado de un bufete grande, matándote a trabajar y sin hacerle caso a tu esposa mientras dedicabas cada minuto de tu vida a trepar hasta la cima. Ahora eres rico, y quizá no resista la tentación de solicitar la mitad de lo que tienes.

—Bueno —volvió a sonreír—. ¿Ya sabes cuánto dinero tengo?

La verdad es que había seguido su historia.

—Me hago una idea.

—¿Quién te lo ha contado?

—Leo los periódicos —se encogió de hombros.

Seis años atrás, Mack había aceptado llevar una demanda contra uno de los principales fabricantes de coches, demanda que nadie en su bufete había querido aceptar. Terminó por establecerse por su cuenta para llevarla. Y su porcentaje del acuerdo final había sido de diez millones de dólares.

—Si persigues mi dinero —aconsejó con ironía—, te alegrará saber que, como mínimo, he duplicado los diez millones con los que empecé.

—No me cabe duda de que eres un inversor inteligente.

—No, corro grandes riesgos. Y gano suculentos beneficios.

—Bueno —apuntó al aire con el dedo índice—. Eso significa más para mí cuando te demande. Y lo haré, Mack, juro que lo haré.

—Te has vuelto más temperamental —comentó tras una prolongada pausa—. No te recuerdo así antes. Eras dulce y tímida. Y llorabas en vez de ponerte furiosa.

Jenna echó la silla para atrás y se levantó. Parecía mucho mejor mirarlo desde arriba.

—Cierto. Solía ser débil. Pero ahora he madurado. Tomo mis

propias decisiones. Y tengo una vida. ¿Lo entiendes? Hay un hombre con el que me quiero casar y un negocio que necesito dirigir. No puedo dejar mi tienda durante dos semanas. Y bajo ningún concepto puedo dejar a mi prometido para irme con otro hombre.

—No se trata de otro hombre, Jenna, sino de tu marido.

—No eres mi marido, en nada salvo en un sentido puramente técnico.

La miró con una ceja enarcada, como si la afirmación no mereciera comentario alguno.

—Estoy convencido de que podrás encontrar a alguien que lleve la tienda.

—No pienso buscar a nadie, porque no iré a ninguna parte.

Él dejó la copa vacía de vino en la mesa y se levantó despacio.

—Deja todo esto donde está. El restaurante enviará mañana a primera hora a alguien a recogerlo —sacó una tarjeta del bolsillo de atrás del pantalón y la dejó sobre el mantel—. Llama a este número para indicarles a qué hora quieres que vengan.

Ella ni siquiera la miró.

—No pienso, repito, no pienso pasar dos semanas contigo, Mack.

La expresión que le dirigió él fue casi tierna.

—Piénsalo, Jenna. Dos semanas no es mucho tiempo. Iremos a mi casa en Cayo Oeste. Creo que te gustará. Es una casa antigua, como ésta. Necesita… un toque femenino.

—Contrata a una decoradora.

—Una vez que concluyan las dos semanas, te desharás de mí para siempre… a menos que ambos decidamos que no queremos divorciarnos.

—No necesito dos semanas para eso —no pudo contener la exclamación desdeñosa—. Ya lo decidí hace mucho.

—Hieres mis sentimientos —tuvo el descaro de fingir que estaba dolido.

Lo miró boquiabierta, preguntándose cómo podía bromear con eso. No era gracioso.

—Esto es… un chantaje. Es un… secuestro. Debe de ser ilegal.

—No lo es —meneó la cabeza—. Créeme, lo sé. Soy abogado.

—Mack, por favor —se rebajó a suplicar—. Por favor. No tiene sentido. ¿No lo ves? No puede salir nada bueno de ello. Yo no

quiero… reconciliarme contigo. Para mí se ha acabado. Y aunque no fuera así, ¿cómo puedes imaginar que obligarme a ir contigo me hará cambiar de parecer?

—Contéstame a esto. ¿Hay algo que te haga cambiar de idea?

—Decididamente, no.

—Entonces es la única opción que tengo.

—Es una locura. Te acabo de decir que no puede funcionar.

—Quizá te equivocas. Y como careces de otra sugerencia…

—¿Sugerencia? ¿Quieres sugerencias? ¿Qué me dices de mantener tu palabra? ¿Qué te parece si me das esos papeles y regresas al sitio al que perteneces?

—Hmm —él meneó la cabeza.

—Mack, no quiero volver contigo. Y no deseo pasar dos semanas a solas contigo.

—Pero lo harás, si quieres esos papeles.

—Mack, sé razonable. Debes comprender que llevar a cabo esto no nos conducirá a ninguna parte.

Él sonrió.

—Me alojo en el Northern Empire Inn. Llámame cuando estés lista para aceptar mis términos.

Capítulo 3

El teléfono sonó a las nueve. Era Logan, que la llamaba desde la habitación de su hotel en Seattle. Dijo que estaba aprendiendo más de los avances en el tratamiento de las infecciones infantiles que lo que podría aportarle su consulta. Había un equipo de última generación que quería comprar.

Mientras hablaba, Jenna intentó concentrarse en lo que explicaba y no pensar en Mack, en lo enfadada y atrapada que se sentía.

—¿Jenna? ¿Sigues ahí?

—Desde luego. Estoy aquí. ¿Cómo es la comida? ¿Duermes lo suficiente?

—¿La comida? Bueno, he probado cosas peores. Y sí, duermo bastante. ¿Qué me dices de ti? ¿Me echas de menos?

—Desesperadamente.

—No te pases —rió entre dientes—. O empezaré a sospechar.

«Dios, si supiera…».

Y debería saberlo. Debería contárselo.

Pero no de momento. No por teléfono, a mil kilómetros de distancia. Lo haría cuando pudiera sentarse con él cara a cara, cuando regresara a casa.

—¿Qué tenéis planeado para esta noche Lacey y tú? —inquirió él.

—Nada. Llegué a casa y me encontré una nota suya. Al parecer tenía una cita.

—No sabía que Lacey viera a alguien en Meadow Valley.

—Y no creo que lo haga. Probablemente sea una de sus antiguas amigas del instituto, Mira o Maud… o quizá ambas.

—Las terribles gemelas. Asusta —bromeó.

Aunque ella sabía que no se trataba de una broma. Logan jamás había aprobado las antiguas amistades que tenía Lacey. Tampoco aprobaba demasiado a su hermana, aunque siempre la trataba con amabilidad, en parte por Jenna y en parte porque le gustaba considerarse el hermano mayor «honorario» de Lacey.

—Las gemelas ya son adultas —le recordó—. Y tienen organizadas sus vidas. Maud se ha casado y es madre… y por lo que tengo entendido, muy buena.

—Eso me tranquiliza —musitó Logan—, en serio. ¿Lacey se encuentra bien? El otro día parecía un poco… apagada. —Logan estaba en casa cuando Lacey llegó de Los Ángeles.

—Está bien. Dijo que sólo se tomaba un descanso en la carrera de ratas en la que se halla inmersa. Unas semanas en su ciudad natal. Un poco de descanso y relajación. Oh, y también menciono que el propietario de una galería le había hablado de exponer su obra. Es evidente que el trato se vino abajo.

—Una decepción —afirmó.

—Es lo que me pareció a mí. De modo que si aparenta estar un poco abatida, lo más probable es que se deba a eso.

—Lo superará.

—Claro que sí.

—Lo que debería hacer es conseguir un trabajo de verdad. Después de todo, ya tiene veinticinco años. Es hora de tomar algunas decisiones realistas. No hay motivo para que no se pueda trasladar de forma permanente a Meadow Valley. La casa de tu madre ahora le pertenece a ella en un cincuenta por ciento. En cuanto tú y yo nos casemos, podría tenerla para ella sola. Dispondría de espacio más que suficiente para poner un estudio y pintar en su tiempo libre. Debería…

—Logan —cortó con amabilidad.

Él guardó silencio, luego rió entre dientes.

—Lo sé, lo sé. No es asunto mío. Pero es tu hermana, y me preocupo por ella.

—Lo sé. Y es muy dulce por tu parte.

—Dime otra vez lo mucho que me echas de menos.

Imaginó la sonrisa cariñosa en su atractivo rostro. La imagen hizo que se sintiera diez centímetros más alta.

—¿Jenna? ¿Sigues ahí?

—Te echo de menos —afirmó—. Mucho. Y… —Se le hizo un nudo en la garganta. Tuvo que tragar antes de soltar las palabras—. Te quiero. Mucho.

—Y yo te quiero a ti, Jenna Bravo. ¿Recibiste ya los papeles de Florida?

—Hmm, no. Me temo que no.

—Bueno. Sólo han pasado unos días. Supongo que tendremos que tener algo de paciencia.

—Correcto. Logan… —«No», se dijo otra vez. «Ahora no. No está bien informarle de algo así por teléfono».

—¿Qué? —La preocupación tiñó su voz—. ¿Sucede algo?

—No. Nada. Nada en absoluto. Lo que pasa… es que me alegraré cuando vuelvas a casa.

—Y yo —convino con suavidad.

Jenna colgó sintiéndose una traidora, una mujer de moral cuestionable, deshonesta y mala. Podría haber matado a Mack McGarrity. Soltó unos improperios.

Y entonces, antes de que la cordura pudiera imperar, sacó la guía telefónica y buscó el número de teléfono del Northern Empire Inn.

Marcó con rapidez y ante la respuesta de la telefonista, gruñó:

—Con la habitación de Mack McGarrity, por favor.

Él contestó a la primera llamada.

—¿Sí? —Su voz, tan profunda y firme, vibró por el cuerpo de Jenna, provocándole un escalofrío. Oyó televisión de fondo—. ¿Hola? —Sonó impaciente, como el viejo Mack, siempre ocupado, el que la había arrastrado a Nueva York sin molestarse en preguntarle qué le parecía el traslado… sin disponer de un momento para ella en cuanto llegaron allí.

Abrió la boca, pero la cerró sin emitir ningún sonido. ¿Qué podía decirle que ya no le hubiera dicho?

Lo oyó respirar. Y entonces, con tierno reproche, él susurró su nombre.

—Jenna…

Ella colgó con mucho sigilo.

Aquella noche Jenna no durmió bien. No era capaz de sentirse cómoda en su propia cama. Y cuando al fin lo consiguió, soñó con Mack.

Hacía el amor con él.

En el sueño, el acto era tan hermoso, sensual y dulce como lo había sido en la vida real.

Mack la tocaba como solía hacerlo… al principio, cuando todo era tan nuevo y mágico. Cuando lo que había encontrado con ella aún bastaba para que dejara a un lado temporalmente los demonios de la ambición.

Las manos de Mack, cálidas y fuertes, recorrían su cuerpo en una danza perezosa y excitante. Ella gemía y él la besaba… El beso más largo, hondo y sensual que jamás había conocido. Se pegó más a él y comprendió que Mack ya se hallaba dentro de ella. Sentía esa sensación perfecta y plena de la unión.

Cerró los ojos. Se movían juntos, suspiraban juntos sobre la cama blanca, en medio de una cálida y hermosa ninguna parte.

De pronto, Jenna estaba de pie en la sala de espera de la consulta del médico, mirando por la ventana que había en la recepción.

Y era Logan, no la enfermera, quien la observaba.

—No hay cura para ti, Jenna —explicó con voz gélida—. Me temo que tu caso es terminal.

Despertó con un grito y se sentó en la cama.

Al día siguiente buscó en la guía telefónica el número del abogado que había llevado su divorcio de Mack. No figuraba. Recordaba la dirección, de modo que aquella tarde, al cerrar Linen & Lace, fue al bufete. Pero el abogado se había trasladado.

Logan no llamó esa noche. Se sintió agradecida. Mientras no hablara con él, no tenía que seguir preguntándose si era mejor contarle la verdad en ese momento… o esperar hasta que pudiera hacerlo cara a cara.

El domingo, Linen & Lace no abrió hasta la una del mediodía. Jenna salió a comprar unos bollos pasadas las diez, luego despertó a Lacey y las dos se sentaron a desayunar a la mesa de la cocina, iluminadas por el

cálido sol de septiembre que entraba por la ventana.

Lacey habló un poco de los sueños atascados de su carrera. Llevaba cinco años viviendo en Los Ángeles. Compartía un piso diáfano con una compañera artista en una zona no muy segura que ponía nerviosa a Jenna. Pintaba cada vez que podía y empezaba a establecer contactos, desarrollando una red de gente que conocía y a la que le gustaba su obra. De vez en cuando vendía un cuadro. Pero todavía pagaba el alquiler con su larga serie de trabajos como camarera.

Jenna estaba convencida de que su hermana tenía talento. Y ya no era la adolescente problemática y rebelde que había sido conocida por sus profesores como «el azote del Instituto» de Meadow Valley. En ese momento le importaba algo de verdad.

—Trabajas duramente —afirmó Jenna—. Y te encanta lo que haces. Debes continuar. Algún día recibirás el reconocimiento que mereces.

Lacey tenía lo que su hermana siempre había considerado como la cara de un ángel travieso: grandes ojos azules, boca llena, nariz delicada y piel pálida y hermosa. Le gustaba llevar bodys ceñidos y faldas amplias y semitransparentes. A Jenna le parecía un cruce entre una estrella del *rock* y una princesa de cuento de hadas.

—Es evidente por qué vengo a casa… Para oír que voy a tener éxito.

—Y así es. Sé que lo tendrás. ¿Necesitas dinero?

—No. Me arreglo bien.

Compartieron un segundo bollo y Jenna sirvió un poco más de café.

—Y bien —preguntó Lacey—, ¿qué es lo que va mal últimamente en tu vida?

Jenna se puso tensa, pero se esforzó para que Lacey no lo viera.

—¿A qué te refieres? Todo va bien.

—Vamos. —Lacey se inclinó para estar más cerca—. Soy yo. Tu hermanita mala. Crecí espiándote, ¿recuerdas? Vi cuando recibiste el primer beso.

—No es verdad.

—Sí. Besaste a aquel chico pelirrojo, el que estaba lleno de pecas, ése cuyas orejas sobresalían un poco. Chuckie…

—Oh, Dios —sintió que se ruborizaba—. Chuckie Blevins.

—Tenías trece años. Y ese Chuckie no tenía ni idea de besar. Te llenó de babas y tú te limpiaste la boca después. Pero de un modo típico de Jenna, de forma muy considerada, esperando el momento en que Chuckie no miraba.

—No puedo creer que vieras eso.

—Puedes apostarlo. Probablemente fue lo más excitante que te vi hacer —bebió un sorbo de café—. Y aún quiero una respuesta. ¿Qué pasa?

—No…

—Para ya. Algo pasa. Intentas ocultarlo, pero, muestras esa expresión preocupada y nerviosa en los ojos. Es la misma expresión que tenías cuando dejaste a Mack McGarrity.

—Yo no… —Se puso rígida.

Lacey ni siquiera la dejó terminar.

—Claro que sí. De acuerdo. Dijiste que era una visita a casa. Pero trajiste contigo a tu gato, por el amor de Dios. Y jamás volviste a Nueva York. Así que cualquiera que te quisiera podía ver que algo iba muy mal.

—Bueno, mi matrimonio llegaba a su fin. Claro que estaba preocupada. Y no regresé a Nueva York porque no tenía ningún sentido. Entre Mack y yo se había acabado todo.

—Jenna. Lo que digo es que estos últimos días se te ha visto igual que entonces. No demasiado triste, pero sí preocupada. Y quiero saber qué te está molestando.

Observó a su hermana largo rato, desgarrada entre la actitud sabia de guardar silencio y la verdadera necesidad de compartir el problema con alguien en quien pudiera confiar. La necesidad venció.

—Mack está en la ciudad.

Lacey dejó el bollo sin tocarlo.

—Bromeas. Es una broma, ¿verdad?

—No.

—¿En la ciudad? ¿Dónde?

—Se aloja en el Northern Empire Inn.

—¿Y vino para verte?

—Sí.

—¿Lo sabe el Buen Doctor?

—Lacey, desearía que dejaras de llamar a Logan el Buen Doctor.

—Lo siento —frunció la nariz, luego puso expresión contrita—. Deja que lo vuelva a intentar. ¿Lo sabe Logan?

—Se lo voy a contar en cuanto vuelva de Seattle.

—Traducción. Aún no se lo has dicho. No lo soporto. Habla. Cuéntamelo todo.

—Es terrible —advirtió Jenna—. Es humillante, injusto y decididamente equivocado. Y si pensara que podría librarme de las consecuencias, acabaría con la vida de Mack McGarrity.

—Cuéntame qué es lo que está pasando. —Jenna se lo explicó todo—. ¿Has llamado a tu abogado?

—No tango abogado —suspiró—. El que tenía al parecer ha cerrado el bufete. Ya no figura en la guía telefónica. Ahora hay una floristería donde él solía estar.

—Estupendo —comentó Lacey—. De modo que necesitas un nuevo abogado.

—Así es. Y me hará falta uno bueno. Si termino por divorciarme de él una segunda vez, me ha prometido alargar durante años el proceso.

—¿Sabes? Mack siempre ha sido un poco bastardo.

—Tú lo has dicho, no yo.

—Quizá si resistes, termine por abandonar.

—Eso es lo que espero yo. Pero… —Se encogió de hombros con gesto cansado.

—Mack McGarrity no es el tipo de hombre que abandona —asintió Lacey.

—Exacto.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

—Adelante.

—¿No te diste cuenta de que jamás recibiste los papeles definitivos de tu divorcio?

Jenna apoyó los codos en la mesa y se frotó los ojos.

—Se me pasaba por la cabeza de vez en cuando. Pero debes entender que para mí se había terminado. Habíamos establecido un acuerdo. Lo demás eran tecnicismos. Y por entonces no pensaba en volver a casarme, de modo…

—No me odies, pero ¿de verdad estás segura de que todo se acabó entre Mack y tú?

—Claro que sí —repuso de inmediato—. ¿Por qué?

—Bueno, había algo tan… poderoso entre vosotros dos. No es lo mismo con el Buen… Hmm, con Logan.

Jenna sabía que no debía preguntarlo, pero no fue capaz de contenerse.

—¿A qué te refieres con que no es lo mismo?

—Bueno, Logan y tú sois perfectos el uno para el otro, en la superficie. Una pareja que quiere criar a unos cuantos hijos guapos y felices. Pero hay algo un poco… —no terminó la frase.

—¿Qué? —Se movió impaciente—. ¿Un poco qué?

—No sé. Tibio, supongo.

—Logan y yo somos dos adultos, dos personas maduras. Sabemos lo que queremos. Si eso para ti significa tibieza…

—Mira, lo siento —alzó una mano—. He hablado por hablar. Logan te adora. Siempre te ha adorado.

Jenna leyó con facilidad entre líneas. La palabra tibio no se refería a Logan.

—Para que un matrimonio funcione hace falta mucho más que la cantidad de pasión que genere —volvió a moverse incómoda.

—Lo comprendo —aceptó Lacey—. De verdad —alargó la mano y le tomó los dedos—. Vamos, ¿qué piensas hacer ahora?

—¿Abandonar el país? —gimió.

—Vamos —le apretó la mano—. En serio, ¿qué vas a hacer?

—Bueno, el lunes iré a ver a un abogado, para comprobar de qué opciones dispongo.

—¿Y luego?

—Si resulta que no puedo hacer nada aparte de ceder a las dos semanas de Mack o iniciar de nuevo el proceso de divorcio, esperaré un poco. Veré si, de algún modo, puedo cansarlo. Con el tiempo se cansará de estar aquí… ¿no?

—Eh, no me preguntes a mí. Yo sólo soy tu hermana pequeña… Y si no se cansa y no te da los papeles, ¿entonces qué?

—No tengo elección. Volveré a divorciarme de él.

Lacey bajó la vista a sus manos unidas.

—¿Qué le dirás a Logan?

—La verdad.

—¿Cuándo?

—Para ser alguien a quien nunca le ha caído bien Logan, de pronto pareces muy preocupada.

—¿A qué te refieres con eso de que nunca me ha caído bien? —Apartó la mano—. Claro que me cae bien. El que me vuelva loca con sus constantes consejos sobre cómo debería llevar mi vida no significa que no me importe… y no has contestado a mi pregunta. ¿Cuándo se lo dirás?

—En cuanto regrese de Seattle.

* * *

El lunes Jenna fue a ver a otro abogado y oyó lo que ya sabía. Podía registrar los antiguos papeles, firmados por ambas partes, y tener la libertad de casarse pasados seis meses. O podía comenzar el proceso otra vez.

Después de hablar con el abogado, no hizo nada. Al fin y al cabo, había planeado comprobar si podía agotar la paciencia de Mack.

El domingo Logan llegó demasiado tarde para que se vieran. Pero el lunes por la noche salieron a cenar. Pensaba contarle cuál era la situación entonces, pero no lo hizo. Pasó la velada haciéndole mil preguntas innecesarias sobre el viaje, al tiempo que se esforzaba en que él no notara lo nerviosa que estaba.

Al llevarla a casa, entró un rato. Lacey también estaba y Logan mencionó que había visto un anuncio en el Meadow Valley Sun: la tienda de suministros de arte de la ciudad necesitaba un representante de ventas.

—Gracias, Doc —repuso Lacey—. Pero creo que preferiría entrar en un convento. O quizá que me contrate un laboratorio de investigación. Ya sabes, como conejillo de indias humano para importantes experimentos que pudieran representar una cura para el cáncer.

Logan soltó un suspiro cansado.

—Lacey, no bromeo. Podría ser algo bueno para ti.

—No, gracias, Doc. De verdad —se contuvo de replicar al ver la mirada de Jenna y un momento después salió de la habitación, pero regresó en cuanto él se fue—. No se lo contaste, ¿verdad? —Meneaba la cabeza.

—No fui capaz.

—Tarde o temprano tendrás que hacerlo.

—Lo sé. Y lo haré tarde o temprano.

Pero no en ese momento.

Se dedicó a esperar. Aunque no podía dormir por la noche y por el día estaba distraída, esperó. Y sintió frustración, desdicha y una especie de furia indignada porque, Mack la hubiera puesto en esa situación; insostenible.

Esperó.

Y pensó demasiado en Mack, tanto, que por encima de todo deseó ser capaz de obligarse a dejar de pensar en él. El miércoles Logan y ella quedaron para comer. Él la miró con el ceño fruncido y dijo que últimamente parecía distraída. Quería saber qué le pasaba.

Se mostró esquiva. Pensó que todo se iba a solucionar. Mack recuperaría la cordura y le entregaría los papeles, luego Logan y ella podrían reír de lo tonta que había sido la situación.

—Los papeles de Florida aún no han llegado, ¿verdad? —inquirió él—. ¿Eso es lo que te preocupa?

Tragó saliva y reconoció que los había tenido presentes, y no, aún no los había recibido.

—Quizá deberías volver a llamar a Mack McGarrity.

Antes de que se viera obligada a responder a esa sugerencia, el camarero apareció milagrosamente con la comida. En cuanto se marchó, se ocupó de cambiar de tema.

El miércoles por la noche, mientras cerraba la tienda, a Jenna le pareció ver a Mack en la acera de enfrente, entrando en un local de muebles. Se quedó detrás de su escaparate varios minutos, pero nunca lo vio salir, al menos no mientras ella vigilaba.

Aquella noche llamó al Northern Empire Inn por segunda vez. Cuando le pasaron, Mack contestó a la segunda llamada.

—¿Sí?

—Esperaba que hubieras recuperado el juicio y regresado a Florida.

—No, aún sigo aquí.

—No está bien, Mack. No es justo.

—Sólo son dos semanas, Jenna.

—Dame esos papeles y vuelve a Florida.

—No hasta que me acompañes.

Colgó antes de gritarle algo.

Pensó en la palabra que había empleado su hermana. Tibio.

No había nada tibio en su relación con Mack.

Pero ¿y Logan? ¿Era tibia cuando se trataba de él?

Bueno… quizá un poco.

Tal vez le gustaba de esa manera. Tal vez era lo bastante madura como para apreciar un tipo de amor más gentil y amable.

Excepto…

Bueno, había sido hermoso con Mack. En la cama. Hermoso, asombroso y perfecto.

Y la verdad es que Logan y ella no habían llegado a hacer el amor. No en el sentido completo de la palabra. No lo habían consumado.

Acordaron esperar hasta después de la boda.

Y la espera había parecido buena y correcta, hasta ese momento.

Hasta que Mack McGarrity apareció en la ciudad.

Hasta esos sueños que no dejaba de tener. El modo en que Mack no podía alejar sus manos de ella ni Jenna permanecer alejada de él.

«Quizá», pensó el miércoles por la noche, «después de haberle colgado a Mack esta segunda vez, Logan y yo no necesitemos esperar». Tal vez necesitaban una noche en los brazos del otro.

Para sellar su vínculo de la manera más elemental.

Sí, podía ser eso. Necesitaba hacer el amor con Logan para desterrar el recuerdo del contacto de Mack.

El jueves por la noche compartió esa idea con Lacey. Su hermana parpadeó.

—Aguarda un minuto. ¿Me estás diciendo que el Buen Doctor y tú jamás lo habéis…?

—Esperábamos —odió lo recatada que sonó— hasta la boda. Y deja de llamarlo el Buen Doctor.

—Esperabais —asintió de manera poco convincente—. Claro.

—La gente espera, ¿lo sabías?

—Lo sé.

—Pues no lo parece.

—Bueno, lo que pasa es que me pilló por sorpresa, eso es todo. La idea de que tú y…

—No lo llames…

—No lo haré. La idea de que Logan y tú… —La cara de Lacey

estaba roja.

—¿Qué?

—Bueno, ya sabes. En la cama, haciendo el amor. Nunca pensé en eso, pero imagino que tiene sentido… que me cueste imaginarlo —rió con un sonido irritante—. Porque nunca lo habéis hecho, ¿verdad?

—No me ayudas en nada —se sintió vagamente insultada.

—Lo intento.

—Inténtalo mejor.

—Lo haré.

—Bien. ¿Y?

—En mi humilde opinión, si de verdad quieres sellar tu vínculo con Logan, lo primero que deberías hacer sería contarle la verdad. Que Mack se aloja en el Northern Empire Inn y que piensa quedarse allí hasta que tú aceptes irte con él.

—No pienso irme con Mack.

—No me lo digas a mí, díselo a Logan.

—Lo haré.

—¿Cuándo?

—Mañana por la noche, ¿de acuerdo? ¿Te parece bien?

—Sería mejor ahora. Y no me mires de esa manera. Tú me lo preguntaste.

—Bueno, de acuerdo. Lo llamaré ahora y le diré que necesito hablar con él.

Lacey se volvió y descolgó el teléfono de la pared de la cocina.

—Adelante. —Jenna aceptó el auricular… y se quedó sentada, quieta—. ¿Qué? —gimió Lacey—. ¿De repente has olvidado su número?

—Por supuesto que no. Me lo sé.

—Eh, mira, lo tienes programado en la memoria.

—Lacey…

Pero era demasiado tarde. Su hermana había apretado la tecla y el teléfono de Logan empezó a sonar.

—Aquí el doctor Severance.

—Hmm, hola.

—Jenna, hola —como siempre, sonó muy feliz de oír su voz—. ¿Qué pasa?

—Me preguntaba… —titubeó.

—¡Hazlo! —susurró Lacey.

Jenna esbozó una mueca y se obligó a continuar.

—¿Crees que podrías venir hasta aquí? Hay algunas cosas de las que quiero hablarte. —Lacey le regaló una amplia sonrisa.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Logan.

—Estoy bien. Lo que pasa… es que necesito hablar contigo.

—Iré de inmediato.

Capítulo 4

Lacey decidió desaparecer.

—No esperes —aconsejó al llegar a la puerta—, y no te atrevas a echarte para atrás.

—No lo haré —repuso con más seguridad de la que sentía.

Logan llegó cinco minutos después. Lo condujo al salón de atrás, la estancia amplia y cómoda que había junto a la cocina donde siempre se había reunido la familia. Él se sentó y la contempló con el ceño fruncido.

—Quieres hablar sobre lo que ha estado inquinándote esta última semana, ¿verdad?

—Sí —se sentó a su lado y en la expresión preocupada de él vio todo su amor.

—Sabes que, sin importar lo que sea, me lo puedes contar, ¿no?

—Lo sé. Lo que pasa…

—¿Sabes que te amo?

—Sí. Y yo también te amo —era verdad, lo amaba, aunque no del modo en que había amado a Mack McGarrity—. Logan, me pregunto…

—¿Sí?

—¿Querrías… besarme? ¿Besarme de verdad?

—¿Besarte? —se reclinó en el sofá—. Pensaba que ibas a contarme…

Apoyó con suavidad unos dedos sobre sus labios para silenciarlo.

—Te lo contaré. Te explicaré todo. Pero… ¿quieres besarme primero?

—Besarte —observó su rostro.

—Sí. Por favor.

La expresión de él se suavizó un poco. Le rodeó los hombros con un brazo y con la yema de un dedo alzó el mentón de Jenna.

Con delicadeza sus labios se encontraron. La boca de Logan era cálida y sus grandes brazos la acunaron con ternura.

Ella cerró los ojos e intentó entregarse por completo al acto de besarlo, deslizando las manos por su ancho pecho y separando los labios para invitarlo a profundizar el beso. La lengua de él penetró en su boca.

Jenna suspiró. Pero al emitir un sonido leve supo que era un gemido fingido, un esfuerzo por convencerse de que participaba con ganas.

Apretó los ojos con más fuerza y le devolvió el beso con pasión, intentando invocar recuerdos de cuando eran adolescentes.

Entonces había sido excitante. Tuvo la certeza de que sí.

Pero ya no lo era.

Entre entonces y el presente, había estado Mack. El solo hecho de pensar en su nombre hizo que apartara a Logan.

Sobresaltado, él la miró.

—¿Qué sucede?

Aún tenía los brazos alrededor de ella. Jenna se sentía atrapada, en un lugar equivocado.

—Por favor, suéltame.

—¿Qué demonios sucede? —La soltó y se apartó.

—No… no creo que pueda casarme contigo, Logan —no supo que iba a decirlo hasta que pronunció aquellas palabras. Luego lo observó aturdida.

Logan la miró desconcertado y dolido.

—¿Por qué no?

Le tomó la mano y lo miró a los ojos.

—Eres un hombre muy bueno, amable, que desea lo mismo que deseo yo. Un hombre con el que siempre podría contar cuando lo necesitara…

—Entonces, ¿por qué no puedes casarte conmigo?

—Porque esto… tú y yo… no es lo idóneo para mí.

Jenna vio que sus ojos brillaban mucho y que tragaba saliva, conteniendo las emociones que un hombre vacila en recordar.

Cuando habló, como siempre, trató de mostrarse sereno y razonable.

—¿Y cómo has llegado a esa conclusión?

—Mack está en la ciudad —se obligó a responder al fin—. Se ha negado a firmar los papeles del divorcio a menos que primero pase dos semanas con él.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí? —preguntó después de musitar un juramento.

—Una semana.

—¿Y tú… no sentiste que podías contármelo?

—No dejaba de esperar que se rindiera y se marchara. Estoy furiosa con él y no puedo creerme que haga esto… Quería que todo hubiera terminado antes de revelártelo.

—Pero no se ha terminado.

—No.

—Te refieres a algo más que a los papeles del divorcio, ¿verdad? Hablas de él y de ti.

Jenna deseó con todo el corazón no tener que responder a eso. Pero sabía que no podía.

—Creía que todo se había acabado entre Mack y yo. Lo juro, o jamás habría aceptado cuando me pediste que me casara contigo.

—¿Pero…?

—Pero en cuanto lo vi… —Meneó la cabeza—. No quiero volver con él. Nunca podría funcionar. Pero hay cosas inconclusas entre los dos, y creo que tendré que ocuparme de ellas.

—Aguarda un momento. ¡No me digas que harás lo que él desea, que te irás con él!

—Yo… —Tragó saliva—. Es posible. Quizá.

Logan le tomó la mano y apretó con tanta fuerza que ella hizo una mueca.

—Jenna, analiza lo que pasa, analiza cómo te está manipulando. Es un bastardo intrigante.

—Lacey, más o menos, dijo lo mismo —con suavidad se soltó.

—Parece que es una situación en la que Lacey y yo estamos de acuerdo.

—No lo entiendes, no lo conoces. Perdió a sus padres cuando era muy joven, jamás tuvo una familia de verdad. Creció en hogares de acogida y tuvo que luchar a fondo por todo lo que ha conseguido.

Cuando quiere algo, va tras ello como sea.

—Y después de todo este tiempo, ha decidido que te quiere a ti.

—No sé qué hay en su mente. Pero sí sé que hubo una época en que compartimos algo especial. El viernes pasado me dijo que trataba de comprender qué había salido mal.

—Ha elegido un modo muy particular de hacerlo.

—Como ya he dicho, es el único modo que conoce.

—Escúchate. —Logan emitió un gemido—. Lo estás defendiendo.

—Logan —apoyó la mano en su mejilla—, debo hacer esto.

Con el ceño fruncido él se apartó de su contacto.

—Creo que es hora de que mantenga una charla con ese…

—Por favor, no.

—Jenna. Te ha obligado a aceptarlo.

—No, no. No lo ha hecho. No tengo por qué ir con él. Podría divorciarme otra vez. Quizá requiera tiempo, pero no sería una eternidad. Si me voy con él, será porque yo quiero. Por mí misma.

—¿Estás segura? —La atravesó con la mirada, en espera de una respuesta.

—Sí —se quitó el anillo del dedo y lo extendió.

—Guárdalo —pidió él.

—No. No sería correcto.

A regañadientes, Logan lo aceptó. Al cabo de unos minutos, lo acompañó hasta la puerta.

Y diez minutos más tarde, también ella salió de la casa. Se subió al coche y puso rumbo al Northern Empire Inn. Conocía el camino. El hotel era un hito de Meadow Valley, construido el siglo anterior.

Tuvo suerte. Encontró un sitio para aparcar cerca de la entrada.

—La habitación de Mack McGarrity, por favor.

La recepcionista, que aparentaba unos veinte años, le sonrió con dulzura.

—Llamaré a su habitación y lo informaré de que tiene una visita. ¿Su nombre, por favor?

—Dígame dónde está su habitación, yo la encontraré.

—Oh, no puedo hacer eso.

—¿Y por qué no?

—Bueno, es… —Frunció el ceño al intentar pensar en la respuesta. Entonces la recordó—. Porque todos nuestros huéspedes

esperan disfrutar de una intimidad razonable —anunció con orgullo.

—Me llamo Jenna Bravo —cedió al saber que la recepcionista sólo cumplía órdenes—. Dígale que me gustaría ir a su habitación.

—Un momento, por favor.

Se dio la vuelta para llamar por la antigua centralita. Al mirarla otra vez, había recuperado su amplia sonrisa.

—El señor McGarrity la espera.

—Apuesto que sí —musitó para sí misma.

—¿Perdón?

—He dicho que me encantará verlo. ¿En qué habitación se aloja?

—En el *Bungalow* del Este. Salga por esa puerta, atraviese el patio de atrás y siga el sendero que gira a su derecha.

* * *

El *Bungalow* del Este, que se alzaba entre los robles bastante apartado del edificio principal, era una estructura de madera, azul con rebordes blancos. Tenía un bonito y pequeño porche, con mecedora, hamaca y macetas bajo las ventanas frontales. Dentro las luces estaban encendidas.

La puerta se hallaba abierta y Mack en el umbral, en una postura perezosa e insolente y con expresión complacida. Cuando Jenna subió los escalones para encararse con él, con la vista la recorrió lentamente de arriba abajo.

El cuerpo de ella respondió a su mirada como si la hubiera tocado. Sintió un hormigueo ardiente por la piel, un escalofrío de reconocimiento sensual.

Él se irguió y cruzó los brazos.

—Ya era hora de que aparecieras.

—¿Puedo pasar? —Se detuvo delante del umbral que él bloqueaba.

—Desde luego —se apartó a un costado.

Entró con cautela y observó un salón decorado con estilo Victoriano. Casi todos los muebles estaban contra la pared para dejar espacio a dos escritorios unidos en ángulo recto. Una mesa

tenía un ordenador portátil, un fax y un teléfono; la otra, un ordenador grande con un monitor enorme.

—Vaya, veo que te has mantenido ocupado esta semana —comentó Jenna.

—Me gusta ver cómo van mis acciones —cerró la puerta.

—Oh, cierto. Corres grandes riesgos. Y te dan buenos dividendos.

—¿Recuerdas todo lo que mencioné la otra noche? —sonrió.

—Recuerdo las partes importantes. Como lo que tengo que hacer para recibir esos papeles del divorcio.

—Siéntate —le indicó el sofá.

—No, gracias. He venido para preguntar si quizá habías recuperado la cordura y decidido comportarte como un ser humano decente.

Él se encogió de hombros y se sentó, apoyando las piernas largas sobre la mesita de centro y los brazos en el respaldo del sofá.

—Vamos, Jenna. Sabes que no puedo hacer eso. Después de todo, soy abogado.

Lo miró con ojos centelleantes, decidida a transmitirle su viejo desdén y el caos que había labrado en su vida agradable y bien ordenada.

Aunque, si quería ser sincera consigo misma, no se sentía fría… se sentía con energía. Después de días de confusión y pesar, empezaba a hacerse cargo de la situación. Y le gustaba.

—De acuerdo —anunció—. Puedes disponer de tus dos semanas.

—Me complace oír que ves las cosas a mi manera.

—No, no las veo a tu manera. En absoluto. Sólo he acordado hacer las cosas a tu manera… hasta cierto punto.

—¿Hasta qué punto?

—Quiero tomar algunas de las decisiones.

—¿De qué clase de decisiones hablas? —preguntó con suspicacia.

—De las importantes. Ya sabes, esas que jamás llegué a tomar cuando estábamos juntos. Como adonde iremos y qué haremos.

Mack bajó los pies al suelo, apartó la mesita un poco más del sofá y apoyó los codos en las rodillas.

—Pensé que podríamos…

—Guárdatelo. Más tarde podrás indicarme qué es lo que tú

quieres hacer, porque primero haremos lo que yo quiero. Me parece justo, ¿a ti no?

—¿Justo? —La miró como si desconociera el significado de la palabra.

—Sí, justo. Yo decido adónde vamos y qué hacemos la primera semana. La segunda será tuya.

—Qué generosa eres —se reclinó otra vez en el sofá.

—Me alegro de que lo creas. Tú pagarás todo —no pareció demasiado molesto.

—A ver si lo he entendido. ¿Tú decides adónde vamos… y yo tengo que pagar por todo?

—Sólo decido la mitad del tiempo. Y eres tú quien inició esto, no lo olvides. Eres tú quien ha acampado aquí sin intención de marcharse hasta que yo hiciera lo que querías. Bueno, pues ya lo hago. Y bien puedes pagar por ello. Además, tienes el dinero —oyó que él musitaba algo—. ¿Qué has dicho?

—Nada. De acuerdo, pagaré.

—Y tendremos habitaciones separadas.

—¿Por qué eso no me sorprende? De acuerdo, habitaciones separadas —volvía a esbozar esa sonrisa satisfecha—. Pero nada dice que no puedas cambiar de idea.

—No cambiaré —le gustó la firmeza con que lo afirmó.

—Teníamos una vida sexual estupenda —comentó con añoranza —. ¿Recuerdas?

—No cambiaré de idea —repitió, aunque recordaba muy bien.

—Nunca digas jamás.

—¿Lo has entendido? Habitaciones separadas.

—Sí. Correcto —rió entre dientes—. Has cambiado, Jenna. No eres la muchacha dulce y gentil con la que me casé.

—Tienes razón, no lo soy. ¿Quieres pensártelo mejor? Por mí, perfecto, de verdad. Firma esos papeles y…

—Ni lo sueñes. Seguiremos adelante.

—Entonces necesitaré unos días para ocuparme de algunas cosas en mi tienda y hacer las reservas de viaje.

—Bien —se encogió de hombros—. ¿Podrás tenerlo arreglado el lunes?

—Sí.

—¿Y adónde vamos a ir?

Jenna aún no lo había decidido. Pero si se lo contaba, empezaría a insistir con el sitio al que él creía que deberían ir.

—Te sorprenderé.

—Nunca me han gustado las sorpresas.

—Es una pena. Yo me encargaré de todos los preparativos de mi semana. Podrás pagármelo luego.

—¿Preparativos para qué?

—Hmm, ya te lo dije. Es una sorpresa.

—¿Se me permite una petición? —La miró con gesto torvo.

—Depende.

—Preferiría que no nos quedáramos aquí.

Estuvo a punto de indicarle que era ella quien decidía, pero habría sido por maldad. La verdad es que tampoco quería quedarse en Meadow Valley. Allí estarían pensando que podían encontrarse con rostros familiares… como el de Logan, por ejemplo.

—No te preocupes, no vamos a quedarnos aquí.

—Si vamos a ir en avión, cerciórate de reservar asientos en primera.

—Será en primera —él apoyó un codo en el sofá y se la quedó mirando de un modo que a ella no le gustó—. ¿Qué pasa?

—Veo que le has devuelto al buen doctor el anillo.

—¿No era eso lo que querías? —repuso con una mezcla de culpa y tristeza.

—Quería que vinieras conmigo. ¿Tan malo te parece?

—Mack —respondió con sinceridad—, no es por lo que querías, sino por el modo en que lo has conseguido.

—Si me hubiera presentado ante ti para pedirte que me dieras dos semanas antes de que nuestro divorcio fuera definitivo —se irguió—, ¿qué habrías dicho?

Sólo había una respuesta a esa pregunta, y ambos la conocían.

—No.

—Entonces, ¿qué elección tenía?

—La de pedírmelo y luego aceptar mi contestación.

—¿Del mismo modo en que te pedí que volvieras conmigo hace siete años? —Ella lo miró y meneó la cabeza—. ¿Qué pasa? Lo hice. Te lo pedí.

—No lo hiciste, Mack. Jamás lo pediste, sólo lo dijiste.

—Vine aquí desde Nueva York para intentar convencerte. Para

hacerte ver que…

—Oh, por favor. Arreglaste un vuelo entre reuniones. Tomaste un taxi desde el Aeropuerto Internacional de Sacramento y al llegar aquí le indicaste al taxista que te esperara. Llamaste a la puerta de casa de mi madre a las nueve y media de la noche, con prisas, como siempre, y listo para soltar tus exigencias. Cuando te abrí, no me pediste nada. Me dijiste que recogiera mis cosas y que me metiera en el taxi. Teníamos que tomar un vuelo de regreso a Nueva York a medianoche, porque al día siguiente tenías una reunión importante a las dos.

—Intentaba labrar un futuro para ambos, maldita sea.

—Mack, por ese entonces ya no había un «nosotros».

—Me doy cuenta de ello ahora. Debería haber pasado más tiempo contigo, pero, según recuerdo, aquella reunión a la que tenía que asistir era muy importante.

—¿Sabes, Mack? —Emitió una risa cansada—, en todo el tiempo que estuvimos casados, no creo que tuvieras una reunión que no fuera importante.

—Vine a buscarte, te quería conmigo. Tú siempre fuiste la cosa más importante en mi maldita vida.

—¿Cosa, Mack? ¿Cosa? Creo que acabas de dar con la palabra clave.

—Sabes a qué me refería. Quiero decir que eras importante para mí.

—Tenías una manera muy extraña de demostrarlo… y la cuestión es que cuando viniste a buscarme entonces, no lo pediste, lo ordenaste.

—Y tú te negaste.

—Así es. Fue un momento importante en mi vida.

—Dijiste que no —reiteró—. Lo mismo que habrías hecho esta vez, si te lo hubiera pedido o dicho. De modo que no te lo pedí ni te lo dije, sino que aproveché que tenía una posición de fuerza.

—Y ahora, por algún motivo, intentas convencerme de que eso está bien. Y yo te repito que no lo está. No lo está. ¿Lo has entendido?

—Sí, creo que ya lo has dejado claro —volvió a estudiarla—. Y te has vuelto más dura.

—Te lo advertí.

—Está bien, puedo aceptarlo. Por ahora.

No confió en la calidez de sus ojos ni en el súbito tono aterciopelado de su voz. Dio un paso atrás.

—He de irme.

—¿Porqué?

—He aceptado pasar dos semanas contigo. A partir del lunes, y hoy no es lunes.

—Nada como partir con ventaja —se levantó despacio—. ¿Has cenado? Podríamos…

—Hace horas que he comido.

Rodeó la mesita de centro.

—Una copa, entonces. El bar está aquí mismo —señaló un armario en la pared de la derecha. Luego avanzó hacia ella.

—No —retrocedió un segundo paso, y un tercero—. Tampoco una copa, gracias.

—Jenna —no se detuvo—. ¿Me tienes miedo?

—No.

—Nunca te hice daño, ¿verdad?

—Claro que no… físicamente, en todo caso. Pero…

—Hay otras clases de daño —sabía a lo que ella se refería.

—Así es.

—Tú también me heriste.

—Entonces estamos empatados.

—Sí, claro. Estamos empatados —la arrinconó contra la pared junto a la puerta—. Te tiembla el labio superior, como solía pasarte cuando algo te afectaba.

—No es un temblor. Es un tic.

—Me gusta tu boca. ¿Te lo dije alguna vez?

—Sí —carraspeó—, lo hiciste. Hace mucho —«dile que se aparte, que te deje vía libre para poder irte».

—Es tan bonita, ancha y amistosa… y los hoyuelos que se te forman cuando sonríes.

—Ahora no sonrío.

—Lo sé —suspiró. Jenna sintió su aliento, dulce y cálido, sobre la mejilla—. Y quieres que me aparte, ¿verdad?

—Exacto.

—Porque te vas a ir.

—Sí.

—Porque ya has cenado y no quieres una copa.

—Sí.

—Porque las dos semanas no empiezan hasta el lunes —ella asintió—. Y no crees en partir con ventaja.

Tenía la boca muy cerca. Ella la miraba con fijeza, recordando su contacto, recordando de repente el primer beso.

También entonces habían estado junto a una puerta. La de su apartamento en Los Ángeles. Fue después de haber ido a cenar al restaurante italiano, cuando regresó a su casa para una última taza de café.

Le había dicho que tenía que irse. Y él la había acompañado hasta la puerta. Y comentó algo de llevarse a Byron con ella.

Y entonces él le tomó la cara entre las manos, alzándole la barbilla para que tuviera que mirarlo.

—No quiero que te vayas —susurró Mack.

Y la besó. Jenna emitió un grito al sentir el primer contacto de sus labios, un grito bajo y urgente. Abrió la boca bajo la suya. Fue como si abriera el alma. A partir de aquel instante, supo que era el hombre para ella.

—Quédate —susurró Mack sobre sus labios entreabiertos…

Jenna parpadeó.

No se hallaba en su viejo apartamento de Los Ángeles. Estaba en el *Bungalow* del Este del Northern Empire Inn. Y se marchaba.

—¿Estás segura de que no quieres…? —musitó él.

—Estoy segura.

Mack giró el picaporte y el sonido de los grillos en el exterior se tornó más alto y la brisa fresca los envolvió.

—Te llamaré en cuanto haga las reservas —anunció ella.

—Aquí estaré —aún le miraba la boca.

Las dos palabras le provocaron un entusiasmo peligroso. «Estaré aquí». Cuánto habría dado por oírlas hace muchos años.

Mack notó la melancolía en su rostro y eso le dio esperanzas… las suficientes como para sugerir una última vez:

—¿Qué ocurre? ¿Has cambiado de parecer? ¿Te vas a quedar?

Jenna sacudió la cabeza y salió a la noche, para avanzar entre los robles a lo largo del sendero salpicado de farolas que conducía de vuelta al patio del Northern Empire Inn.

Capítulo 5

El sábado decidió adónde iban a ir Mack y ella. Reservó los billetes del vuelo y realizó algunas llamadas más. También puso al día a sus ayudantes sobre las responsabilidades que les esperaban en la tienda.

Lacey aceptó quedarse en la ciudad dos semanas. Vigilaría la tienda, cuidaría de la casa y se ocuparía de Byron. Dijo que no podía creer que Jenna hubiera aceptado huir con Mack McGarrity.

—Intento no pensar en ello en esos términos.

—Pobre Logan. —Lacey suspiró—, aunque creo que es lo mejor, sin importar lo que suceda con Mack. Tú eras la mujer adecuada para Logan, pero él jamás terminó de ser el hombre idóneo para ti. Espero que lo supere. Y ojalá tuviera más amigos… un hermano o algo así, alguien con quien realmente pudiera hablar.

—Habría sido agradable que le mostraras tanta simpatía cuando estábamos prometidos.

—¿Por qué? Entonces no la necesitaba. Es un hombre muy irritante. Pero en este momento, bueno, me preocupa, ya sabes. Supongo que debo reconocer que he desarrollado un cierto afecto por él a lo largo de los años.

Jenna también estaba preocupada por Logan, razón por la que sugirió:

—Quizá dentro de unos días podrías ir a verlo. Para cerciorarte de que le va bien.

—Oh, estupenda idea. Es exactamente lo que necesita, que tu hermana pequeña aparezca ante su puerta.

—Creo que significaría mucho para él. Me parece que también se preocupa por ti.

—¿Sí? —preguntó Lacey pensativa.

—Sí. Sé que te pone los nervios de punta con su insistencia en que sientes la cabeza, pero lo hace porque le importas, estoy segura.

—Bueno, lo pensaré. Me refiero a visitarlo.

Jenna llamó a Mack el sábado por la noche para informarle de que tenían reserva en un vuelo de Sacramento a Den —ver. El avión salía el lunes a las diez de la mañana.

—¿Qué hay en Denver? —exigió saber él.

—En Denver es donde nos recogerá mi primo Cash. Tiene un avión pequeño y nos llevará a Medicine Creek, Wyoming. Nos alojaremos en el Rising Sun, quizá recuerdes que es el rancho de la familia Bravo.

—¿Tienes un primo que se llama Cash?

—Su nombre verdadero es John, pero todo el mundo lo llama Cash. En realidad es mi primo segundo. Su abuelo era hermano de mi abuelo, por parte de padre. Hace tiempo que quiero ir a Wyoming, Mack. Incluso una o dos veces te pedí que fueras conmigo.

Visitar Wyoming había sido uno de sus sueños desde aquel terrible segundo año de su matrimonio, después de que se trasladaran a Nueva York. Se había sentido muy sola, lejos de casa, una chica de una ciudad pequeña en una ciudad muy grande, con un marido que no tenía tiempo para ella.

Por su madre se había enterado de que tenía familia incluso en Nueva York. Austin Bravo, un primo con hijos adultos.

Mack se puso a gruñir.

—En cualquier caso, ¿qué hay en Wyoming en septiembre? Apuesto que hace mucho frío. Por lo que he oído, sólo hay viento, praderas y ganado.

—Mack, vamos a pasar mi semana al pie de las montañas Bighorn, conociendo a la rama de mi familia que vive en Wyoming. Otro primo segundo, Zach Bravo, cuyo padre, a propósito, es Austin Bravo, aquel que se suponía que tendríamos que haber visitado…

—¿Podemos saltarnos todo lo que se suponía que tendría que haber hecho hace muchos años, por favor?

—Desde luego. Como iba diciendo, Zach dirige el rancho. Está

casado, tiene dos hijas y espera un bebé para dentro de tres meses. Aguardan con entusiasmo nuestra visita.

—Jenna, el objetivo de estas dos semanas es que pasemos tiempo a solas. Tú y yo, nada más. ¿Cómo vamos a estar solos con tu primo segundo, su esposa, sus hijas y…?

—Tendremos tiempo a solas. Lo prometo.

—¿Cómo de grande es la casa en la que viven tu primo y su familia?

—No lo bastante como para que tengamos cuartos separados, me temo.

—Qué pena —comentó satisfecho—. ¿De modo que vamos a compartir habitación, después de todo?

—No. Resulta que hay una casa más pequeña a cierta distancia de la principal. La mujer que vive allí se ha ido de viaje, de manera que nos hospedaremos en ella. Tess, la esposa de Zach, me explicó que tenía más de un dormitorio, así que estamos de suerte. Lo tengo todo arreglado —le pareció oír un juramento.

—Sí, ya lo veo… y supongo que será mejor que pase a recogerte el lunes a las ocho de la mañana, ¿no? Dispondremos de tiempo suficiente para llegar al aeropuerto de Sacramento.

—Perfecto.

Jenna colgó sintiéndose bien. Tenía el mando de la situación y Mack iría a un lugar que ella siempre había deseado visitar.

* * *

Pero el lunes a las ocho y media, mientras iba de un lado a otro del vestíbulo con las maletas en el suelo, no se sentía nada bien.

De pronto apareció Byron y la miró. Se agachó, lo tomó en brazos y el gato ronroneó. Ella echaba chispas.

—Dijo a las ocho. Bueno, como de costumbre con Mack McGarrity, han pasado las ocho y no se lo ve por ninguna parte —en ese momento sonó el teléfono—. Estupendo. Ahora nos soltará las excusas —se acomodó a Byron sobre el hombro y se dirigió a la extensión del vestíbulo—. ¿Qué? —Ladró.

—Estás furiosa.

—Exacto.

—Mira. Ha surgido algo completamente inesperado y…

—¿Inesperado? —Intentó no gritar—. Hay un trayecto de una hora hasta el aeropuerto. Nuestro avión despega dentro de… —Miró el reloj— ochenta y tres minutos. Ahora mismo no tenemos tiempo para lo inesperado.

—Escucha, estoy de camino.

—¿Tenías que llamar para decir eso?

—Sé que llego tarde. Lo siento. Quería que supieras que iba de camino. De hecho, estoy aquí. Mira por la ventana.

Lo hizo y vio un Lexus gris que se detenía ante la casa. Mack se hallaba al volante con un teléfono móvil en la oreja. La saludó con la mano.

Cortó y se dirigió hacia la puerta, donde Byron comenzó a moverse para que lo bajara. Cuando se marchó por el pasillo, Jenna abrió.

Mack subió los escalones a toda velocidad, con unos vaqueros viejos, una camiseta negra y una cazadora de piel de piloto; se parecía a Steve McQueen en La Gran Evasión, listo para cualquier cosa y tan guapo que dolía. «Es gracioso», pensó ella. «Cuando vivíamos juntos jamás solía ponerse vaqueros». Siempre llevaba trajes y corbatas caros, incluso al principio, cuando no se los podía permitir. Al parecer, conseguido el éxito, ya no sentía la necesidad apremiante de vestirse en consonancia.

Se apartó y le indicó que pasara.

—Vamos, llevemos las maletas al coche y…

—Jenna…

No le gustó el modo en que pronunció su nombre. Se volvió despacio. Tenía las manos metidas en los bolsillos de la cazadora y una expresión de culpabilidad en el rostro. Fue en ese momento cuando supo lo que iba a decirle.

—Das marcha atrás —se adelantó.

—Jenna, yo…

Ella fue a la puerta y la cerró. Luego plantó las manos en las caderas.

—Dilo. No vas a venir.

—Hay una… crisis. Lo siento. No me gusta. Pero voy a tener que postergar nuestras dos semanas juntos.

—Una crisis.

—Sí —musitó—. Una crisis, algo que no puedo delegar.

—Una reunión, ¿verdad? Una reunión terrible e inevitablemente importante. ¿Me equivoco?

—Sí —alzó un poco la voz—. No es una maldita reunión.

—Deja de gritar. Despertarás a mi hermana.

—Lo siento.

—Bueno —no intentó ocultar el sarcasmo—, supongo que debo considerarlo como un progreso. Al menos me dices a la cara que no puedes hacer lo que dijiste que harías. El viejo Mack me lo habría contado por teléfono.

—Puede que no me creas, pero esto es importante. Volaré a Long Beach de inmediato y…

—¿Long Beach? ¿California?

—Sí. Y…

—¿Qué hay en Long Beach?

Él no respondió, pero continuó con lo que decía:

—… En cuanto solucione la situación, te llamaré y podremos…

—¿Qué situación?

—Esta situación.

—Mack, realizo un gran esfuerzo para no empezar a gritarte. Podrías ayudarme un poco y contarme qué problema hay, explicarme por qué me dejas plantada.

—No te dejo plantada…

—¿Cuál es el problema?

La miró con ojos furiosos, luego respiró hondo y se pasó la mano por el pelo.

—No creo que sea una buena idea entrar en ello ahora. Si esperas hasta que haya…

—¿Esperar? ¿Quieres que espere?

—Sí, pero sólo hasta que me haya ocupado de esto y tengamos un poco de tiempo para…

—Alto. Alto ahí —alzó la mano y movió los dedos—. Mira. No tengo anillo de compromiso. Por ti he roto con un hombre maravilloso que me amaba con todo su corazón.

—¿Qué? —Mack emitió un sonido estrangulado—. ¿Esperas que me sienta culpable por eso? Pues no. Fue un acto inteligente por tu parte, no estás preparada para casarte con el buen doctor ahora. No sería bueno para ti, y bajo ningún concepto sería bueno para él

casarse con la mujer de otro hombre. Tú necesitas…

—No me digas lo que necesito, Mack McGarrity. Escucha bien lo que yo voy a decirte a ti. Querías dos semanas, te las estoy dando. Y esas dos semanas empiezan ahora mismo.

—Jenna, intento explicarte que yo…

—Deja de hablar y escucha. Si las dos semanas no empiezan ahora, jamás empezarán, porque haré lo que amenacé con hacer la primera vez que planteaste este plan demencial: iniciaré de nuevo el trámite de divorcio.

—Jenna, eso es una tontería. No quieres llevarlo a cabo.

—Ésa es otra cosa que no puedo soportar… el modo en que siempre creíste saber lo que yo quería. Bueno, pues no sabes lo que quiero. Yo sí lo sé. Y si me escuchas, te lo diré. Quiero que nuestras dos semanas comiencen ahora mismo, estoy lista para ello. No quiero esperar hasta que tú decidas que estás listo, ya conozco eso de cuando vivía contigo.

—Esto es inútil —afirmó él—. No deseas escuchar, intento explicarte que hacerlo ahora no es posible.

—Sí, es posible. Porque estoy dispuesta a ceder un poco.

—No me gusta esa palabra.

—Porque se trata de algo que jamás has hecho, pero ahora se te presenta la oportunidad. Ésta es mi oferta: tu semana va primero. Podemos dedicarla a hacer lo que sea que tengas que hacer en el sur de California.

—Es una mala idea.

—Lo tomas o lo dejas.

—No, Jenna. Lo que tengo que hacer ahora no tiene nada que ver con lo que quería para mi semana. Deseaba que nos fuéramos juntos, estar solos en un lugar íntimo, hermoso. Esperaba…

—Deja de intentar ablandarme, no puedes. Ya lo he vivido. Iremos a Long Beach para esta emergencia que te ha surgido… o no iremos a ninguna parte —él volvió a pasarse la mano por el pelo, bajó la vista a sus botas y meneó la cabeza—. Hablo en serio, Mack. Empezamos hoy o nunca.

—Jenna…

—Y antes de que empecemos, vas a contarme de qué emergencia se trata.

—Maldita sea, Jenna.

—Ahora.

—De acuerdo —aceptó, y apartó la vista.

—Mack —esperó hasta contar diez—, habla.

—Mi madre está enferma —soltó con mirada furiosa—. Los médicos creen que se está muriendo.

Jenna creyó que había oído mal.

—¿Qué? Habría jurado que acabas de decir…

—Es lo que he dicho —repitió—. Mi madre se muere.

—Pero ¿cómo puede ser? Si no tienes madre… ¿o sí?

Capítulo 6

Mack se sintió como un idiota al verse obligado a confesar.

—Sí, Jenna, tengo madre.

—Pero siempre dijiste… siempre me hiciste creer que no tenías familia, que te habían criado en hogares adoptivos.

—Fui educado en hogares adoptivos… en su mayor parte —maldita fuera, no quería entrar en eso en ese momento—. Mira, es complicado. Es una de las cosas que pensé que hablaríamos durante nuestras dos semanas juntos.

—Bueno, imagino que no te equivocabas. Vamos a hablar de esa madre que jamás mencionaste que tenías durante nuestras dos semanas… que empiezan ahora. ¿Ya has reservado billetes?

—Un avión me espera en el aeropuerto de Sacramento. Y tenemos que llegar lo antes posible —recogió las dos maletas de ella, dejándole el neceser.

Sin discutir, ella lo siguió porche abajo.

En el trayecto a Sacramento, Jenna usó el móvil de Mack para informar a su familia de Wyoming de que la visita se postergaba. También llamó a las líneas aéreas para cancelar las reservas a Denver.

El avión privado, con doce plazas, estaba listo para despegar en cuanto llegaron al aeropuerto. El piloto cargó el equipaje mientras ellos se acomodaban en la cabina de los pasajeros, vacía salvo por ellos dos.

En cuanto estuvieron en el aire, se volvió hacia Mack.

—Muy bien. Háblame de esa madre que jamás mencionaste.

Apartó la vista de la ventanilla y miró el rostro que nunca había podido olvidar y que aparecía más veces de lo que le gustaba reconocer en sus sueños.

—No te mentí, no exactamente.

—Sólo mentiste por omisión.

—Así es.

—Bien, éste es el momento de contar lo que te reservaste.

—No sabía por dónde empezar.

—Me dijiste que tu padre había muerto cuando tenías seis años —insistió ella con la voz de la antigua y gentil Jenna.

—Era verdad.

—De algún modo, no sé por qué, me hice a la idea de que también tu madre había muerto.

—Quizá porque era lo que deseaba que pensaras. Pero mi madre no falleció. Está viva… o lo estaba hasta hace unas horas. Y… tengo dos hermanas —unos ojos almendrados se abrieron con sor presa ante esas noticias. Sintiéndose un poco culpable, añadió—: Tampoco te hablé de mis hermanas, ¿verdad?

—No. Nunca lo hiciste.

—Bridget y Claire. Tenían ocho y cuatro años cuando mi padre murió.

—Y nunca me dijiste cómo falleció tu padre, qué fue lo que le pasó.

—Lo mataron en un atraco a una tienda, era el pobre desgraciado que estaba detrás del mostrador. Mis padres eran jóvenes y no tenían casi nada.

—Debió ser duro para tu madre.

—Lo fue. No sabía qué hacer. No podía mantenernos ella sola. Nos dejó a los tres al cuidado de hogares adoptivos y consiguió un trabajo como secretaria en una pequeña agencia de empleo. Durante un tiempo, pudo ir a visitarnos con frecuencia.

Jenna le tocó el dorso de la mano. Mack sintió el contacto en lo más hondo de su ser, pero debió de ser un movimiento inconsciente, uno que lamentó de inmediato, porque a los pocos segundos apartó la mano.

—¿Qué quieres decir con que os visitó durante un tiempo? —inquirió ella.

—Que las visitas se fueron espaciando. Bridget, Claire y yo

terminamos en hogares diferentes cuando cumplí los siete años. Y fue por esa época cuando mi madre comenzó a aparecer con menos frecuencia. Recuerdo que la última vez que me vio fue en mi octavo cumpleaños.

—¿Quieres decir que ya no volviste a verla?

La incredulidad que mostraba su rostro le provocó una sonrisa. Recordaba a la madre de Jenna, Margaret, alta y capaz, con una amplia sonrisa, igual que la de Jenna. Su padre había muerto cuando ella tenía… ¿quince o dieciséis años? No estaba seguro. También tenía la certeza de que a la madre de Jenna jamás se le habría pasado por la cabeza colocar a sus hijas en un hogar adoptivo, y menos aún renunciar su custodia.

Pero el padre de Jenna había sido un vendedor de seguros de éxito y su madre había dirigido el despacho de una empresa pequeña. Sin duda habían cobrado un seguro de vida alto, por lo que la madre jamás tuvo que preocuparse mucho de dónde sacaría el dinero para comprar la comida.

Se encogió de hombros.

—Mi madre fue a verme en mi octavo cumpleaños, y ahí se acabó.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué te dejó de esa manera?

—Resultó que quería casarse con su jefe… y jamás llegó a contarle que tenía hijos. Cuando él le propuso matrimonio, nos entregó para ser adoptados, renunciando por completo a nosotros y a cualquier responsabilidad sobre nuestro cuidado.

—¿Te dijeron eso cuando eras niño?

—No. Con toda la suavidad que pudieron, me explicaron que mi madre ya no podía cuidar de mí y que quedaba bajo la custodia del tribunal. Mucho más tarde averigüé la causa.

En ese momento Jenna sufría por él, y quizá lo entendía un poco mejor que antes. ¿Era eso bueno? No estaba segura.

—Toda mi vida quise tener dinero —continuó él—. Mucho dinero. Imagino que se trata de una situación clásica. Pensaba que el dinero me protegería de la clase de pérdidas que había sufrido de niño. Luego conseguí lo que anhelaba, me hice rico… y poco más.

Jenna sintió que el corazón se le encogía. «Y poco más». Supuso que, en cierto sentido, eso era verdad. No tenía familia… ni a su madre ni a sus hermanas. Y ya no tenía esposa.

—De modo que contraté a unos investigadores para que me ayudaran a averiguar qué había sucedido en mi pasado —concluyó.

—¿Localizaron a tu madre?

—Fui a Long Beach —asintió—, donde vive ahora, y me puse en contacto con ella. Aceptó reunirse conmigo en el vestíbulo del hotel donde me alojaba.

—¿Hace cuanto de eso?

—Dos años. Estaba… Me pareció tan pequeña. Y como ajada y agotada. Y tan triste. Lloró, sin dejar de fumar un cigarrillo tras otro. Y yo no paré de pensar que debería rodearle los hombros con el brazo o algo por el estilo, pero no logré convencerme de tocarla. Me contó que nunca había conseguido hablarle a su marido de nosotros, y que tampoco sabía cómo sería capaz de contárselo ya —soltó un suspiro—. Es extraño. En mi mente, a lo largo de los años, la había convertido en una especie de monstruo, una mujer malvada que había abandonado a sus propios hijos. Pero al observarla sólo sentí pena por ella. Dijo que sabía que era terrible, que si todavía no la odiaba, lo haría cuando me pidiera lo que iba a pedirme.

—Seguía sin querer hablarle a su marido de vosotros.

—Eso es.

—¿Y qué le contestaste cuando te pidió que no se lo contaras?

—Que no lo haría.

—Oh, Mack —entonces supo, si es que alguna vez lo había olvidado, por qué había amado a ese hombre.

—Bueno —musitó con voz hosca—. ¿Qué otra cosa iba a decirle? ¿Que la odiaba y que no quería volver a verla?

—Algunos hombres habrían dicho eso.

—No, no tenía sentido. Sabía muy bien cuál era la situación cuando me puse a buscarla.

—¿Y desde entonces?

—Me he mantenido en contacto con ella —esbozó una sonrisa a medias—. Le contraté un apartado de correos para poder escribirle y que no tuviera que preocuparse por su marido. Y ella me envía cosas.

—¿Cosas?

—Ya sabes —pareció abochornado—, corbatas feas para mi cumpleaños, calcetines por Navidad.

Jenna sintió un nudo en la garganta con la súbita presión de las

lágrimas, pero sabía que a Mack McGarrity jamás le había gustado aceptar la compasión de una mujer. Contuvo las lágrimas.

—Intenté ayudarla un poco —indicó él.

—¿Te refieres a darle dinero?

—No lo aceptó. Dijo que a su marido y a ella les iba bien. No necesitaba nada de mí. Sólo quería una carta de vez en cuando y un sitio al que enviarme sus regalos.

—¿Lleva enferma mucho tiempo?

—Nunca me lo contó.

—Pero has dicho que estaba enferma.

—Sufrió un ataque al corazón, de repente. Apenas tiene cincuenta y dos años. Esta mañana escuché los mensajes que tenía y había uno de su marido. Logré contactar con él en el hospital. Me contó que el diagnóstico no es bueno y que ha pedido verme.

Ahí había una nota positiva. Jenna insistió en ella.

—¿Has dicho que fue su marido quien te llamó?

—Sí, se llama Alee. Alee Telford. Me pareció un tipo decente.

—Alee —repitió el nombre—. Y tu madre se llama… Doreen, ¿verdad?

—Lo recuerdas —pareció algo sorprendido.

«¿Cómo iba a poder olvidarlo?», pensó Jenna. Le había hablado tan poco de su familia. Cada detalle que había podido sonsacarle había sido información para atesorar.

—Creo que también me contaste que su apellido de soltera era Henderson.

—Parece que ya estás al tanto de todo —rió sin humor.

—Lo dudo. Y lo que veo aquí es que si fue Alee quien te llamó, parece que Doreen al fin le ha dicho la verdad, ¿no? —Creo que es lógico asumirlo— volvió a mirar por la ventanilla.

—¿Qué me dices de tus hermanas, Bridget y Claire? —prosiguió ella—. ¿También las has encontrado?

—¿Y qué si lo hubiera hecho? —La miró con su mejor expresión de abogado.

—Mack, no seas así. Simplemente, dímelo. ¿Las has encontrado?

—Sí.

—¿Y?

—Jenna. Ya basta.

—No, vamos. Quiero saber cosas sobre ellas.

—Bueno, de acuerdo. Bridget está casada. Su marido y ella tienen tres hijos. Vive en Oregon. Y Claire también está casada. Aunque sin hijos todavía. Es profesora en un instituto de Sacramento. Según me han informado mis fuentes, a las dos les ya bien.

—¿Sacramento? Entonces, ¿pasaste a visitar a Claire camino de Meadow Valley?

—No.

—¿Por qué? —Jenna…

—Vamos, Mack. Sólo quiero saber cómo son tus hermanas.

—Por los informes que recibí, son mujeres de clase media con vidas corrientes. Pero puedo decirte que jamás he hablado con ellas.

—¿Por qué no? —Frunció el ceño confusa—. Te has tomado muchas molestias para encontrarlas. Me parece que reuniros sería el siguiente paso lógico.

—Después de lo sucedido con mi madre, pensé que quizá no apreciaran que apareciera de la nada en sus vidas.

—Pero…

—Jenna, ya basta, ¿de acuerdo? No me he puesto en contacto con mis hermanas, y no lo haré. Sé que les va bien y eso es suficiente para mí —se concentró en las montañas que había debajo de ellos como si eso lo fascinara.

En el hospital preguntaron cuál era la habitación de Doreen Telford. La recepcionista les soltó algo sobre cuidados intensivos y les pidió que se sentaran. Alguien bajaría en breve para hablarles.

A Mack no le gustó nada eso.

—¿Qué sucede? ¿Ha empeorado?

—Señor, si es tan amable de sentarse, como ya dije alguien…

—Sé lo que dijo. Y yo he preguntado si mi madre ha empeorado.

—Señor, yo…

Jenna intervino y tomó a Mack del brazo.

—De acuerdo. Estaremos allí mismo —tiró de él—. Vamos, podemos esperar unos minutos. No es el fin del mundo.

Mack la miró con ojos centelleantes, pero permitió que lo guiara hasta un sofá de cuero negro que había contra una pared.

—Algo debe de ir mal —dijo él con un nudo en el estómago—. No me gustó la expresión de esa mujer.

—Está bien —le palmeó el brazo—, relájate. Sera cuestión de

unos minutos.

A pesar del miedo que sentía, Mack casi logró exhibir una sonrisa. Desde que entrara en la tienda de ella diez días atrás, Jenna había dejado dolorosamente claro que no debía tocarla. Y jamás lo había hecho de forma consciente. De modo que quizá daban un paso en la dirección correcta. Tenía el brazo enlazado con el suyo y con la otra mano se aferraba a él.

Soportó los siguientes diez minutos principalmente gracias ella. Incluso le tomó la mano… algo que Jenna permitió, aunque al principio se puso un poco rígida y lo miró con suspicacia.

Pero luego se relajó. Después de todo, era el tipo de situación sombría en la que un hombre más necesitaba a una mujer.

Al mirar hacia la zona de recepción, Mack vio a un hombre alto y encorvado que salía de los ascensores. Llevaba una camisa de manga corta arrugada y pantalones y zapatos negros. Tenía el pelo canoso y ralo y una determinada expresión en la cara, la de un hombre con los ojos vidriosos que acababa de recibir un golpe insoportable con el que tendría que empezar a convivir.

Supo que se trataba de su padrastro, Alee Telford. Y supo lo que significaba la expresión que tenía en la cara.

Ya no iba a recibir más corbatas ni calcetines por correo. Su madre había muerto.

Capítulo 7

El hombre que Mack sabía que era Alee Telford se dirigió a la recepción y habló brevemente con la enfermera de admisión, quien desvió la vista hacia ellos.

Ese hombre alto y aturdido se volvió y avanzó hacia los dos.

—¿Crees que puede ser…? —susurró la voz cautelosa de Jenna.

—Sí —le soltó la mano. Se pusieron de pie al mismo tiempo.

El hombre se detuvo a unos pasos.

—Yo… Hola, soy… —Parpadeó, y sus amables ojos castaños parecían vacíos, como si no fuera capaz de pronunciar siquiera su propio nombre—. Alee —dijo al fin—. Llamadme Alee —realizó un valiente esfuerzo por sonreír, pero únicamente consiguió exhibir una mueca dolida.

—Señor… eh… Alee… quizá debería sentarse —indicó Jenna.

—¿Sentarme? —Parpadeó otra vez—. No, creo que no —se dirigió con decisión a Mack y extendió la mano—. Tú eres Mack —tragó saliva—, el hijo de Dory… de Doreen.

—Sí, soy Mack McGarrity —le estrechó la mano.

—Lamento decirte esto, pero Doreen… ha fallecido. Sucedió… —Volvió a parpadear y desvió la mirada vacía hacia otro lado. Finalmente encontró lo que buscaba, un reloj en la pared detrás del mostrador de admisión— hace sólo una hora. En realidad, una hora y cinco minutos. Yo estaba sentado con ella, abrió los ojos y me dijo: «Me duele el brazo, Al. Me duele de verdad», y todos los aparatos a los que la tenían enganchada, todos, dejaron de parpadear. En seguida entraron enfermeras y médicos. Hicieron

todo lo que pudieron, pero no consiguieron salvarla. Ella… ya no está.

—Vamos —musitó Jenna—. Vamos, Alee. Siéntese aquí —tomó al hombre mayor por los hombros y lo guió hacia el sofá.

Mack experimentó un momento de absoluta gratitud porque lo hubiera obligado a traerla.

Alee Telford apoyó la cabeza contra la pared y los miró a los dos.

—Lo… lo siento —frunció el ceño—. ¿Tú eres…?

Le regaló una de esas sonrisas que acosaban a Mack en sueños, generosa, tierna y dulce.

—Jenna. Jenna Bravo. Soy la, hmm, amiga de Mack.

Él experimentó el impulso de intervenir, de corregirla, de insistir en que era Jenna McGarrity, su esposa. Aunque esa puntualización, después de que hubiera perdido a la suya, a Alee Telford poco le importaría.

—Bueno —comentó Alee—, es un placer conocerte, Jenna —intentó erguirse un poco—. Quería… resistir mejor esto. Quería… —no concluyó la frase.

—Está bien —susurró ella—. Lo hace muy bien, de verdad.

—Sí —convino Mack—. Gracias por venir a decírmelo en persona.

—Yo… bueno, era lo mínimo que podía hacer —cerró los ojos y se humedeció los labios.

Jenna comenzó a alejarse. Mack le lanzó una mirada desesperada.

—Vuelvo en seguida —cruzó la sala.

—Hay… tantas cosas de las que ocuparse —continuó Alee Telford—. No creo que lo esté haciendo demasiado bien.

—Lo haces bien —repuso Mack de forma automática, observando a Jenna llenar un vaso de cartón con agua—. Es un gran impacto.

—Te pareces a ella —indicó Alee, que lo miraba con una intensidad que a Mack le resultó perturbadora—. No en tamaño desde luego, ella era bajita, sino… en la forma de la cara. Y en los ojos. Esos ojos azul grisáceos…

«Mi madre», pensó Mack. «Dice que me parezco a mi madre. ¿Qué se supone que debo responder?».

—Sí, yo… bueno, yo… —Dios, Jenna tenía que regresar de inmediato.

Y como por milagro apareció con el vaso de agua en la mano.

—Tome, Alee. Un poco de agua quizá…

—Oh, gracias —lo aceptó y se lo bebió de un trago.

Ella fue a llenárselo de nuevo, pero, por suerte, Alee no sintió la necesidad de recordar el parecido que tenía con su madre.

En cuanto bebió el segundo vaso, se levantó.

—Bueno, no puedo quedarme sentado para siempre, ¿verdad? He estado sentado arriba desde que se la llevaron, pensando que tenía que ponerme a hacer cosas. Y entonces me informaron de que habías llegado, Mack. Y por eso… —calló, cerró los ojos y respiró hondo—. Creo que estoy divagando.

—Alee. —Jenna apoyó la mano en su brazo flaco y venoso—. Alee, ¿hay alguien con usted para ayudarlo?

—¿Ayudarme? No, no. Siempre hemos sido Dory y yo solos. Pero soy… capaz de llevar la situación, de verdad. Puedo arreglármelas, no hay problema —parpadeó y miró a Mack—. ¿Crees que esta noche podrás venir a casa? Hay algunas cosas que Dory quería que tuvieras. ¿Sabes la dirección? —Mack asintió—. ¿Y el teléfono?

—Sí.

—¿A eso de las ocho?

—Muy bien.

—Bueno, entonces… Oh, espera. ¿Dónde te alojas? Probablemente debería saberlo, por si hay algo que…

—Alee, podemos ocuparnos de todo eso más tarde —intervino Jenna—. Mack y yo no vamos a ir a ninguna parte ahora. Nos quedaremos aquí con usted, para ayudarlo.

Alee parpadeó otra vez.

—Oh, no, no puedo aceptarlo. Puedo arreglármelas. En serio, yo…

—Claro que puede arreglárselas —convino ella—, pero no hay motivo para ello, para que lo haga solo, en todo caso.

—¿Estás… estás segura?

—Completamente. Nos quedamos con usted.

Mack no creía haber visto nada tan desgarrador como el rostro aliviado de su padrastro ante la contestación de Jenna.

Pasaron el resto del día ocupándose de las mil y una cosas que surgen cuando muere una persona.

Encontraron una funeraria, se pusieron en contacto con el agente de seguros de Doreen y Alee, pagaron la factura del hospital y se llevaron las pocas posesiones personales de ella de su habitación.

Alee tenía una hermana viuda, Lois Nettleby, que vivía en Phoenix.

—Supongo que debería llamarla —comentó con tono distraído —. Dory y ella no eran muy amigas, pero imagino que querrá saberlo.

—Llámela ahora mismo —dijo Jenna. Lois prometió que tomaría el primer avión que pudiera encontrar. Luego fueron a la funeraria en el Lincoln que había alquilado Mack. Allí eligieron un ataúd y establecieron la fecha del funeral: el viernes por la tarde. Alee ya tenía un sitio donde enterrarla.

—Compramos nuestra parcela en el cementerio hace dos años —explicó—. En realidad, era para mí, desde luego. Ella es trece años más joven que yo —tragó saliva—. Perdonad. Era trece años más joven. Jamás… imaginamos que sería la primera en partir.

Jenna le rodeó los hombros estrechos. Mack observó desde unos pasos de distancia, maravillándose por la facilidad y gracia que tenía para mitigar el dolor de un desconocido.

Cuando terminaron con los trámites de la funeraria, regresaron al hospital, donde Alee subió a su coche. Jenna fue con él hasta su casa y Mack los siguió en el Lincoln.

En el interior, las cortinas estaban cerradas y la atmósfera olía a tabaco. Alee se dirigió a la cocina y dejó el correo sobre la mesa, donde había más cartas; en ese instante el teléfono de pared sonó y contestó, saludó y luego dijo:

—Sí, de acuerdo, a las seis y cuarto. Estaremos allí para recibirte —colgó—. Era Lois. Llegará al aeropuerto John Wayne a las seis y cuarto —sobre el mostrador había un cartón de cigarrillos a medias. Lo miró y meneó la cabeza—. Dory… —Sonó muy parecido a un sollozo, pero luego se recuperó y habló con un estricto autocontrol —: Jamás pudo dejarlo —tiró el cartón al cubo de la basura.

Después dio la impresión de no saber qué hacer.

Pero Jenna sí.

—Debemos hacer algunas llamadas, Alee. La gente querrá saber lo que ha pasado, dónde enviar flores, a qué hora será el funeral.

Al principio, Alee protestó, diciendo que no había que llamar a nadie. Pero Jenna le pidió que sacara la agenda de Doreen. Mientras repasaba los nombres y las direcciones, descubrió que había varias personas a las que les gustaría saber lo ocurrido.

—¿Quiere que las llame yo? —se ofreció ella.

—No, no. Creo que es algo que debería hacer yo.

Mientras realizaba las llamadas, Mack decidió que empezaba a cansarse de sentirse inútil. Buscó en la alacena y encontró ingredientes para preparar unos refrigerios. De pie ante el mostrador, Jenna y él los hicieron.

«Es la cocina de mi madre», pensó mientras untaba mostaza sobre unas rebanadas de pan. «La cocina de mi madre. ¿Quién habría pensado que alguna vez estaría aquí?».

Cerró los ojos y respiró hondo. Jenna lavaba lechuga bajo el chorro de agua. La miró y ella le regaló una de sus magníficas sonrisas.

—¿Estás bien? —preguntó en voz baja.

—Sí, me siento mejor.

Comieron los sándwiches. Luego se hizo la hora de ir al aeropuerto del condado de Orange. El vuelo de Lois Nettleby llegó sin retraso. Alee la vio y agitó la mano, ella le devolvió el gesto. Se trataba de una mujer de una robustez agradable con un profundo bronceado y unas arrugas amistosas en torno a sus ojos oscuros.

Llevaron a Lois y a Alee de vuelta a la casa. Por ese entonces, eran las ocho pasadas. Alee volvió a mencionar los recuerdos que tenía para Mack, luego añadió:

—Aunque supongo que no hay prisa, podemos ocuparnos de ellos mañana. ¿Podrías venir por la mañana?, ¿te parece bien a las diez?

Mack respondió que allí estaría. Pensó que recibirlos al día siguiente, fueran los que fueren, era una gran idea. Alee parecía extenuado y el propio Mack deseaba tomar una copa, darse una ducha caliente y meterse en la cama… preferiblemente con Jenna.

Durante el vuelo, había llamado por teléfono para reservar habitaciones en un buen hotel de Ocean Avenue. El hecho de que fuera lunes y finales de septiembre, jugó a su favor. No había tenido

problema en conseguir una *suite* de dos dormitorios y dos cuartos de baño con un amplio salón en medio.

Jenna entró con gran cautela y luego lo miró con ojos entrecerrados.

Él se quitó la chaqueta y la arrojó sobre una silla cercana.

—Esa expresión que me diriges muestra una falta total de confianza —se esforzó por sonar dolido.

—Acordamos habitaciones separadas.

—Mira —se dirigió a un extremo del salón y abrió una puerta—, un dormitorio, con su propio cuarto de baño. ¿Ves esa puerta? Descubrirás otro igual si la abres.

Antes de que ella pudiera comentar nada, llamaron a la puerta.

El botones. Esperaron mientras distribuía las maletas y luego les mostraba el bar y la nevera llena de refrigerios y bebidas frías. Al final descorrió las cortinas y apareció una terraza y una vista espléndida del puerto de Long Beach por la noche.

—Si hay algo más en lo que pueda ayudarlos, llamen a la conserjería —indicó.

Mack le dio una propina generosa y el botones se marchó con una sonrisa radiante.

Se quedaron solos, contemplándose.

—Hoy has estado magnífica —musitó él—. Gracias.

Jenna asintió con la cabeza y luego se acercó a las puertas de cristal que daban al océano oscuro.

—Creo que es importante, cuando pierdes a alguien que quieres, tener gente a tu alrededor, gente que ayude. Me alegro de haber podido hacerlo por Alee —apartó la vista de la noche y lo miró—. Es un hombre muy agradable.

—Sí —le pareció una respuesta inadecuada, pero no tenía otra.

—¿Mack?

—¿Qué?

—Siento que haya fallecido. Por algún motivo, él tuvo que desviar los ojos. Ella se le acercó hasta una distancia de unos centímetros. La fragancia de Jenna lo atrajo… Durante todos esos años jamás la había olvidado.

—Mack —susurró otra vez.

Cerró la mano sobre su brazo con suavidad. Él se la cubrió con la suya. Jenna tiró y él la siguió, de vuelta a la puerta de la terraza.

Permanecieron contemplando el océano y la noche.

—Cuando mi madre murió —comenzó ella—, lo más duro, lo que me parecía imposible, era que ya no dispondría de más recuerdos de ella. Lo que tenía hasta ese momento era todo. No existía la posibilidad de que entre las dos hubiera algo más de lo que ya había. Los abrazos y las sonrisas que me había dado…

Mack calló, no podía hablar. Lo que acababa de decir era exactamente lo que él había sentido en la casa de su madre al mirar las macetas de cerámica en la ventana, de la cocina y recordar la suave voz de su madre en su oído, llamándolo Mackie, mostrándole sus tesoros, advirtiéndole de su fragilidad.

Quiso darse la vuelta, abrazarla y bajar la boca para besarla. Pero no lo hizo, sabía muy bien que en ese momento ella sólo le ofrecía consuelo. Y que lo estropearía si hacía algo.

—Hay una cosa que creo que jamás entenderé —se oyó decir.

—¿Qué?

—Cómo pudo estar casada tantos años con un hombre sin decirle la verdad.

—Tú jamás me contaste la verdad sobre ella —susurró—. Me hiciste creer que había muerto hacía años.

—Quería decírtelo. Has sido la única a la que alguna vez quise contárselo.

—Pero no lo hiciste.

—Porque también quería olvidar.

—¿Y lo lograste? ¿Olvidaste?

—No —repuso, a pesar de que ambos conocían la respuesta—. Con el tiempo tuve que encararlo. Diablos, aún lo hago.

—Hoy has estado muy bien.

—Gracias —todavía quería besarla. Lo anhelaba con todas sus fuerzas, pero no lo intentó.

Incluso para un hombre al que no le importaba correr riesgos, había algunas cosas demasiado preciadas para arriesgarlas… como lo mucho que se habían acercado durante el doloroso día que habían pasado.

Ella había enlazado su brazo con el de él y tenía la cabeza apoyada en el hombro de Mack.

De momento, era más que suficiente.

Capítulo 8

Cuando Jenna se retiró a su parte de la *suite*, llamó a Lacey. Quería comprobar cómo marchaban las cosas en la tienda y decirle a su hermana dónde se hallaba. Pero resultó que no tuvo que explicar nada. Lacey no se encontraba en casa. Le dejó un mensaje breve, sólo la dirección y el teléfono del hotel.

A la mañana siguiente, Mack pidió que les subieran el desayuno. Soplaba demasiado viento para disfrutar de la terraza, de modo que lo tomaron en el salón.

Mientras Jenna movía los huevos revueltos y daba unos pequeños mordiscos a la tostada, recordó otros desayunos que habían compartido. Vio que él la observaba, a la espera de lo que pudiera decir.

—No es nada —mintió. Por la sonrisa que exhibió, supo que no la creía. Pero no insistió.

—¿Más café? —Él alzó la cafetera.

—Me encantaría —y acercó la taza.

Cuando llegaron a la casa de Alee, Lois se había ido al supermercado.

—Ha hecho una lista de un kilómetro de largo —indicó Alee—. Es un torbellino. Siempre ha sido así, el tipo de mujer que se encarga de todo. Por lo general eso me irrita, pero en este instante, se lo agradezco. Necesito que alguien se ocupe de todo.

Jenna miró en torno a la cocina. Daba la impresión de que Lois había estado ocupada. El montón de cartas sin abrir había desaparecido de la mesa y el aire olía más a productos de limpieza

que a cigarrillos. Parecía que habían limpiado el suelo. Y el fregadero se hallaba libre de platos sucios.

—¿Café? —ofreció Alee y señaló en dirección a la cafetera—. Ya está preparado —tanto Jenna como Mack declinaron—. Bueno —indicó el salón—, id a sentaros mientras voy a buscar las cosas que mencioné ayer.

Se dirigieron al salón, aunque ninguno tenía ganas de sentarse. Se quedaron de pie en el centro de la estancia, entre el televisor y la mesita de centro.

—Sentaos, sentaos. —Alee apareció por el pasillo que conducía a la parte de atrás de la casa. Llevaba una caja de cartón grande y se había puesto unas gafas de leer sobre el puente de la nariz—. Mack, ¿quieres apartar esas revistas de la mesa, por favor?

Mack no se movió. Jenna lo observó. Tenía una expresión en los ojos que no pudo descifrar.

—Alee, escucha, no tenemos por qué abrirlo ahora. Me la llevaré y…

—Por favor —la voz del hombre mayor fue como un graznido, tosió—, hay tantas cosas que desconozco, tantas cosas que me gustaría entender. Te estaría muy agradecido si me dejaras… —calló, luego suspiró—. Lo siento. Desde luego no tengo derecho a pedirte eso. Esta caja es tuya, no mía —se acercó para entregársela.

Mack titubeó sólo una fracción de segundo. Luego se volvió, recogió las revistas y las apartó.

—Ponía aquí, Alee.

—¿Estás seguro? —El otro se aferró a la caja.

—Sí, vamos.

Alee depositó la caja en la mesa. Luego Mack y él se sentaron cada uno en un extremo del sofá. Jenna acercó una silla.

La caja estaba cerrada con cinta. Alee sacó de su bolsillo una navaja que le entregó a Mack. Éste cortó la cinta y sacó primero unos álbumes de fotos. Había tres, numerados a mano en los cantos. Mack abrió el primero.

Jenna no podía ver donde estaba sentada, al otro lado de la mesa. Se adelantó un poco, Mack se dio cuenta y se deslizó hacia el centro del sofá, dejándole un espacio a su derecha. Aceptó el asiento que le ofrecía y vio que él le sonreía. Sin siquiera pensarlo, se acercó más.

Dedicaron una hora a pasar páginas. Mack pudo ver a Bridget y a Claire. Y a sí mismo muy joven. También reconoció a sus padres. Su madre, menuda y bonita, se hallaba delante de una casa un poco vieja de estilo *bungalow* en California, agarrada al brazo de su padre y sonriendo con valentía al sol.

Después de mirar todos los álbumes, encontraron informes de progresos escolares, tres para Bridget y uno para Mack, donde prevalecían las buenas calificaciones.

Luego descubrieron algunos dibujos hechos por manos muy jóvenes. También había unos mechones de pelo y tres diminutos dientes de leche envueltos en trozos de seda blanca. Había unos sonajeros, dos muñecas pequeñas y un osito de peluche viejo.

—Todos esos años que estuvimos juntos… —Alee meneó la cabeza—. Jamás me dijo una palabra, pero tenía lo que solíamos llamar sus momentos tristes, cuando casi no sonreía y sus ojos exhibían una expresión distante. Al principio le preguntaba qué le pasaba. Pero ella sólo me acariciaba la mejilla y me respondía: «Es uno de mis momentos tristes, Al, eso es todo…» —se ajustó las gafas —. Después de los primeros años, acepté que esos momentos formaban parte de ella. Sabía que aparecerían y que también se marcharían. Pero nunca supe por qué. No hasta unas horas antes de que muriera. Yo… —Los miró a los dos—. Quizá preferiríais no oírlo.

Jenna aguardó la respuesta de Mack, pero el silencio se extendió demasiado. Al final no pudo soportarlo.

—No —musitó—. De verdad, por favor…

—Sí —para alivio de Jenna, Mack también habló—. Está bien, continúa.

—De acuerdo. Yo…, ¿no es extraño? No recuerdo exactamente qué iba a…

—Decía que jamás entendió los momentos tristes de su esposa — recordó Jenna con suavidad—, hasta unas horas antes de su fallecimiento.

—Oh, sí, desde luego. Todos esos años, jamás lo imaginé. Y ayer, me hallaba sentado junto a su cama, sosteniéndole la mano y… me lo contó —observó a Mack—. Me habló de las chicas y de ti. Dijo que casi no sabía nada de Bridget y Claire. Que no las había visto ni oído de ellas en todos los años desde que las había entregado en

adopción. Pero que tú la habías buscado, que te habías convertido en un gran adulto, que eras rico y con éxito, abogado. Hablaba de ti con mucho orgullo. Mencionó que le habías dicho que a sus hijas les iba bien y me pidió que te llamara, que necesitaba verte. Entonces me habló de la existencia de esta caja, dijo que, sin importar lo que pasara, debía cerciorarme de que la recibías. Le prometí que me ocuparía de ello.

Me hablaba de algo increíble e imposible. Que tenía una familia entera de la que yo nada sabía. Tendría que haberle formulado mil preguntas. Tengo mil preguntas. Ahora. Pero en ese momento… nada. Me sentía asustado, sólo quería darle lo que necesitaba, hacerle cualquier promesa que deseara oír. Sabía que se avecinaba lo peor, que la iba a perder, y también ella lo sabía, ¿verdad? —Miró a Mack en busca de una respuesta, pero éste guardó silencio. De modo que el hombre mayor posó los ojos en Jenna—. ¿No crees que debía saber que no le quedaba mucho tiempo?

Jenna tampoco tenía una respuesta. Ofreció lo que pudo, una mirada triste y un encogimiento de hombros.

Entonces, con gran cuidado, Alee recogió un trozo de seda. Lo abrió y contempló el diminuto diente de leche que había dentro.

—Desde el principio le dije que no quería niños. Le dije que lo tenía claro, que quería que disfrutáramos de nuestra libertad. La quería sólo para mí —tragó saliva y meneó la cabeza—. Luego, pasados unos años, comencé a ver las cosas de forma diferente. Le dije que quizá sería agradable… un hijo, o una hija —se frotó los ojos por debajo de las gafas—. Pero jamás se quedó embarazada. Ahora siempre me preguntaré… si fue adrede. O porque no era capaz de perdonarse ni de tener otro bebé después de los que había abandonado. Es tan triste. No entendía lo mucho que la amaba, lo mucho que hubiera podido aceptar. Cómo me habría gustado ir a buscaros, si me lo hubiera contado, si lo hubiera sabido…

Eran las dos pasadas cuando Jenna y Mack guardaron todos los recuerdos en el maletero del Lincoln y se dirigieron al hotel. Mack había querido irse antes, pero Lois había regresado e insistido en que se quedaran a comer. De modo que todos se sentaron a la mesa de la cocina mientras Lois preparaba el almuerzo. Después de la comida, tomaron café.

Mack no dijo mucho durante el trayecto al hotel, y a Jenna le

pareció normal. Mirar la caja de recuerdos de Doreen había sido difícil incluso para ella… y ni siquiera era el marido al que le había ocultado ese secreto ni el hijo al que había entregado.

Al subir a la *suite*, Jenna miró el teléfono. No había ningún mensaje. Mack sacó su móvil y tecleó un número.

Dejó el bolso, se sentó a la mesa y comenzó a hojear el periódico de la mañana, soslayando la conversación de él.

Pero entonces le oyó decir:

—Sí, a Miami, el siguiente vuelo que pueda encontrar.

Dejó el periódico y prestó atención, desconcertada y a punto de enfadarse al oír que hacía reservas para dos.

Cuando colgó, se puso de pie. Él comenzó a marcar otro número, pero llegó hasta la mitad antes de que Jenna dijera:

—Aguarda un minuto, Mack.

—¿Qué? —desconectó el teléfono y la miró con impaciencia.

—¿Qué haces? —Él emitió uno de esos sonidos que tanto la habían enfurecido en el pasado: bajo, intolerante y desdeñoso.

—¿Qué te parece?

—Que haces preparativos para marcharte.

—Qué perspicaz.

—Esto no me gusta, Mack —su irritación iba en aumento—. Se parece demasiado a los viejos tiempos —la observó con ojos centelleantes. Menos mal que ya era una mujer de treinta años, demasiado madura para dejarse intimidar por la expresión de un hombre—. Sí —repitió—, como en los viejos tiempos. Tienes el teléfono en la mano, haces reservas, crees que vas a volar a Florida de inmediato y piensas que te voy a acompañar. ¿Es correcto?

Mack emitió un gruñido que ella decidió considerar como una afirmación. Jenna continuó:

—Piensas que vamos a volar a Florida. ¿Me has consultado? ¿Me has preguntado qué pienso al respecto, si quiero ir, si estoy dispuesta a ir? No, no lo has hecho. Como he dicho, es igual que en los viejos tiempos —le regaló una sonrisa amarga—. ¿Sabes, Mack? Si no me hubiera importado no ser consultada en las decisiones importantes, quizá hubiera seguido casada contigo.

—Estás casada conmigo.

—No paras de repetirlo.

—Porque es la verdad.

—Cuando te comportas de esta manera, me acuerdo de que si consigo sobrevivir a los siguientes doce días, jamás podrás volver a afirmar eso.

Él arrojó el teléfono sobre la mesa cercana y ella hizo una mueca al oír el ruido del impacto.

—Es mi maldita semana, ¿recuerdas? Se supone que soy yo quien elige adónde vamos.

Eso la frenó, tenía razón. No le había consultado cuando eligió ir a Wyoming durante su semana.

—Aquí he terminado, Jenna. Tengo esa maldita caja que mi madre me dejó y lamento no haber llegado a tiempo para oír lo que quisiera decirme. Dedicamos el día de ayer a hacer lo que podíamos por Alee. Ahora ya tiene a su hermana. Se arreglará bien. A mí me quedan cinco días de mi semana, y quiero pasarlo a mi manera. Quiero mostrarte mi casa, sacarte a navegar en mi barco. Quiero lo que pedí en primer lugar: tiempo juntos, solos tú y yo.

En ese momento, Jenna casi deseó poder darle lo que él decía que anhelaba. Pero sabía que no estaría bien.

—Bueno, lo siento —se esforzó por hacer que la voz sonara amable otra vez—. Debemos quedarnos para el funeral.

—Mi madre está muerta, Jenna. No va a molestarle que no asista al funeral.

—Oh, Mack. ¿No te has enterado? Los funerales no son para los muertos. Son para el resto de nosotros. Y tu padrastro necesita que estés presente.

—Maldita sea, si acabo de conocerlo. Puedo llamarlo ahora mismo e informarle de que debemos irnos, no se va a morir si no me quedo hasta el final.

—Puede que no, pero le dolerá. Y ya ha recibido suficiente dolor. Mack, creo que para él significaría mucho tenerte en el funeral, de verdad. Le demostrará que eres capaz de hacer lo que es necesario, que te has convertido en un gran adulto, en el tipo de hombre que sabe perdonar.

—Maldita sea. Yo la he perdonado, y creo que Alee lo sabe.

—Entonces demuéstralo. Porque a ese hombre le caes bien, Mack, quiere tener contacto contigo. En cierto sentido, si lo analizas, eres lo más cercano a un hijo que tendrá jamás.

—Es demasiado tarde para eso —apretó los labios—. No soy el

hijo de nadie.

—Claro que no, pero sabes lo que quiero decir. Y sabes lo que debes hacer. Lamento que te duela, pero no puedes eludirlo. Hablas de cómo has perdonado a tu madre, ¿crees que serás capaz de perdonarte a ti mismo si nos vamos ahora a Florida?

No respondió de inmediato, pero cuando lo hizo, el corazón de Jenna rebosó de júbilo.

—De acuerdo, maldita sea. Nos quedaremos.

Ella deseó tocar al hombre que tenía al lado, de modo que cedió al impulso. Le tomó el brazo igual que la noche anterior, e igual que entonces apoyó la cabeza en su hombro.

—Es un hotel precioso. Mira la playa. Cayo Oeste debe ser fabuloso, pero esto no se queda muy atrás. Long Beach se ha convertido en una zona de gran atractivo —de pronto se le ocurrió una idea, un modo de hacer que la estancia le resultara más soportable a Mack. Alzó la cabeza y sus ojos se encontraron—. Te diré lo que vamos a hacer, ya que te muestras tan amable con todo esto…

—¿Amable? —fingió desdén—. Apuesto que es una palabra que jamás soñaste que ibas a emplear conmigo.

Jenna rió. Se sentía bien de pie a su lado, mirando el Pacífico, experimentando una sensación de haber conseguido algo en su interior. En los viejos tiempos, llegados a ese punto, habría estado llorando y Mack haciendo las maletas para marcharse.

Pero no eran los viejos tiempos. Ella era más fuerte que entonces y él, más… gentil, más dispuesto a escucharla.

—Es cierto. Jamás habría recurrido a la palabra «amable» para describirte, pero ahora la uso. Y como estás siendo amable, yo también puedo serlo.

—¿Significa eso que vas a descartar estas malditas habitaciones separadas? —la sonrisa que le dio le puso la piel de gallina.

—Sigue soñando —chasqueó la lengua.

—Perdona. No considero que hacer el amor contigo sea un sueño, sino una posibilidad muy real.

—Considéralo lo que quieras. Dije cuartos separados y hablaba en serio.

Él había dejado de sonreír. La expresión de sus ojos le derritió las piernas. Se acercó a tanta velocidad que la sobresaltó, podría

haber retrocedido, pero no le dio oportunidad. Alargó las manos y la pegó a su cuerpo. Con un jadeo de sorpresa, Jenna extendió las manos sobre su pecho.

—Mack —fue una advertencia, que él omitió.

Antes de que pudiera ordenarle que la soltara, bajó la cabeza y le cubrió la boca con los labios.

Capítulo 9

Al parecer, algunas cosas jamás cambiaban.

Fue igual que aquel momento ante la puerta del apartamento de Mack en Los Ángeles, pero muchos años más tarde.

Jenna oyó su propio jadeo cuando la boca de él se abrió sobre la suya. Dejó de empujarlo y alzó las manos hacia sus hombros grandes y fuertes. Sus lenguas se encontraron y realizaron una danza.

Ella no pudo evitarlo. Le acarició el cuello. Siempre le había encantado su piel en la nuca, la textura del pelo que el barbero le cortaba con una máquina eléctrica, sedoso y áspero al mismo tiempo. Lo atrajo más, y él hizo lo mismo, acomodando las caderas de Jenna contra sus muslos, para que pudiera sentir cuanto la deseaba.

Ella se derretía, era toda suavidad y aceptación.

Aunque no debería.

Esa maravilla, esa gloria…

Las manos de Mack le acariciaron la espalda, pasando por sus caderas un minuto para coronarle los glúteos al siguiente y aproximarla aún más.

Mientras tanto, la lengua de él no dejó de jugar con la suya.

Y Jenna también jugó.

Cuán fácil sería caer en la tentación…

Cuan delicioso y hermoso…

Pero no podía. De verdad.

Con un suspiro que era en parte pesar y en parte determinación,

volvió a apoyar las manos contra su pecho y rompió el beso.

—No, Mack.

Él abrió los ojos y la contempló. No parecía feliz. Jenna se movió en sus brazos, dándole a entender que quería que la soltara.

Lo hizo, aunque también preguntó:

—¿Por qué no?

Le habría gustado darle una respuesta insolente, pero ambos merecían algo más, tanta sinceridad como pudieran soportar.

—Porque hacer el amor siempre fue fantástico entre los dos. A veces creo que demasiado. En ocasiones me pregunto si era lo único que teníamos. Una vida sexual estupenda, como tú mismo dijiste el otro día.

—No —meneó la cabeza—. Había más, tú lo sabes.

—¿Sí? Tú ibas camino de ser grande a toda costa. Y yo iba camino de sacar una licenciatura en Ciencias Empresariales y ver mundo antes de regresar a casa, abrir la tienda, casarme con Logan y criar una familia. Nos… cruzamos por Byron. Y teníamos esa atracción. Quizá sólo fue físico… ¿te has detenido a meditarlo alguna vez? Quizá lo único bueno era el sexo y por eso no duró.

—Jenna, ¿cómo puedes afirmar que no duró? Ambos estamos aquí, ¿no?

—Terminó —insistió—. Los dos aceptamos el acuerdo de divorcio. —Pero no lo concluimos.

—Yo sí. Fuiste tú quien no firmó los papeles.

—Y tú nunca preguntaste nada.

—Lo hice. Hace dos semanas. Te pedí…

—Aguarda un minuto.

—¿Qué? —Cruzó los brazos y emitió un sonido irritado.

—¿Hace falta que volvamos otra vez a esto?

Ella se mordió el labio, luego lo soltó.

—No. Tienes razón. Lo único que intento decir es que no voy a permitir que la parte sexual de nuestra relación se imponga de nuevo. Quiero cerciorarme de que tenemos algo más en común que lo maravilloso que es hacer el amor.

—Entonces, ¿reconoces que tenemos algo?

—Sí. Y como intentaba decirte antes de que me distrajeras, estoy dispuesta a ceder un poco.

—Bromeas —se mostró dubitativo—. ¿Tú? ¿Ceder?

—Sí. Como has sido tan amable de quedarte al funeral de tu madre, una vez acabe, podemos ir a Cayo Oeste… y quedarnos hasta que concluyan las dos semanas.

—¿Y qué me dices de Wyoming y de todos los Bravo que quieres que conozca? —bromeó con una sonrisa.

—Imagino que Wyoming y todos mis primos tendrán que esperar —volvió a mirar por el balcón—. Creo que sería agradable dar un paseo por la playa.

—¿Ahora mismo?

—¿Tienes algo mejor que hacer?

—Lo tenía, pero me rechazaste.

—¿Y?

—Vamos.

La luz roja en el teléfono del hotel parpadeaba cuando regresaron a la *suite* una hora después. Un mensaje de Alee. Mack lo llamó.

Alee los invitaba a cenar a su casa aquella noche.

Mack quiso declinar la invitación. La noche anterior la habían dedicado a cuidar de su padrastro. Para ésa había imaginado una velada prolongada e íntima con Jenna.

Pero antes de que pudiera presentar sus excusas, ella intervino.

—¿Es Alee? ¿Qué sucede?

Le pidió que esperara mientras le explicaba que los había invitado y, desde luego, Jenna pensó que debían ir.

Diablos, también él.

Colgó después de aceptar y se volvió. Ella se hallaba de pie delante del espejo dorado cerca de la puerta, cepillándose el pelo que el viento había revuelto. Se aproximó y se detuvo detrás. Sus ojos se encontraron en el espejo.

—A las seis y media —anunció—. Para tomar unos cócteles. Lois va a preparar un plato llamado Chicken Fiesta.

—Suena interesante —apoyó el cepillo contra su mentón—. Sin embargo, no imaginaba a Alee el tipo de hombre que servía cócteles… y encima una noche de jueves.

—Quizá es para impresionarnos —lo dijo en broma, pero ella lo reflexionó.

—Quizá, pero apuesto que desea hacer que te sientas como en casa. Tu madre le indicó que eras rico y que tenías éxito.

Probablemente piensa que tomas cócteles todas las noches, ¿no es eso lo que hacen todos los millonarios?

Se encogió de hombros. En realidad, no pensaba en Alee. Con un dedo, muy despacio, le apartó parte de su lustroso cabello de la mejilla.

—Mack…

—Shh.

Bajó la cabeza y apoyó los labios sobre el cuello de Jenna, probó la dulzura de su piel y el sabor acre que el viento marino había dejado allí. Ella le permitió la caricia, hasta se entregó lo suficiente como para emitir un suspiro.

Pero él jugó limpio y no lo alargó. Respetaría el acuerdo sobre el sexo.

Al menos por el momento.

Volvió a mirarla a través del espejo.

—¿Y bien? Antes de salir tenemos aproximadamente una hora.

—Me ha entrado arena en los zapatos.

Pensaba en darme una ducha y cambiarme de ropa.

—Me ofrecería a frotarte la espalda, pero por desgracia…

—Tendría que responder que no.

—No tiene por qué ser así.

—Oh, claro que sí.

Lo dejó y desapareció en su parte de la *suite*. Mack llamó para cambiar las reservas de avión al sábado por la mañana. Luego se dedicó a pasear durante un rato por el salón mientras intentaba no imaginar a Jenna en la ducha, con el agua cayendo por sus pechos plenos, creando remolinos por su vientre liso para perderse en los rizos dorados entre sus piernas esbeltas.

Al final fue a su propia habitación a darse una ducha fría.

Alee había preparado una jarra grande de Margaritas. Se sentaron en el patio de atrás en torno a una mesa de cristal.

—A Dory siempre le gustó sentarse aquí —comentó.

Jenna podía entender por qué. El patio era acogedor y estaba bien cuidado, con un césped verde y una buganvilla que cubría la totalidad de la alta valla.

Alee habló de su agencia de empleo, donde Doreen y él se habían conocido. Había vendido el negocio el año anterior. Los dos habían planeado dedicarse a viajar.

—El invierno pasado hicimos un crucero —comentó con expresión distante— por el Mediterráneo. De Lisboa a Barcelona en diez días. Paseamos por la casbah en Tánger, fuimos al Mercado Central en Casablanca, visitamos la catedral medieval en Palma de Mallorca y… —Pareció despertar—. Bueno, dejad que os diga que lo pasamos muy bien —luego se interesó por la vida que llevaba Mack—. Dory mencionó que vives en Florida. ¿Estás con algún bufete importante de allí?

Mack repuso que ya no ejercía el derecho y explicó cómo había podido llegar a vivir de sus inversiones.

En ese momento habló Lois.

—Y bien, Jenna, ¿tú también vives en Florida?

—No. Vivo al Norte. En Meadow Valley. Es una pequeña ciudad…

—Oh, sí, al pie de las montañas. Una de las ciudades de la fiebre del oro, ¿verdad? Tengo entendido que es muy bonita.

—Me gusta.

—Mi hermano me ha contado que Mack y tú sois… amigos.

—Sí —en ese punto Jenna comenzó a sentirse un poco incómoda —, así es.

—¿Y cómo os conocisteis?

Miró rápidamente a Mack. No obtendría ayuda ahí. Bebía su Margarita con una ceja enarcada. Sabía lo que pensaba: «Adelante, cuéntaselo».

¿Y por qué no iba a hacerlo? No había nada de qué sentirse avergonzada.

—Mack y yo estuvimos casados. Nos divorciamos, pero resultó que el trámite jamás se concluyó. De modo que ahora…

—Lo intentáis de nuevo —finalizó Lois con una sonrisa.

«No, no exactamente», estuvo a punto de decir. Pero se lo pensó mejor. Intentarlo de nuevo no sonaba tan mal. ¿Por qué estropear las cosas con detalles confusos que ni Alee ni Lois necesitaban saber?

—¿Lo ves? —Lois se había vuelto hacia su hermano—. ¿No te dije que tenían que ser mucho más que amigos?

—Es verdad, Lois —asintió él.

Jenna bebió de su Margarita y resistió el impulso de mirar a Mack. De todos modos, sabía lo que vería: burla en sus ojos y una

amplia sonrisa en su boca *sexy*.

—¿Otra copa? —inquirió Alee.

—Sí, por favor. Está excelente.

Cuando Lois sirvió el pollo, Jenna empezaba a sentirse un poco achispada. Con educación rechazó el siguiente cóctel que le ofreció Alee.

Deseó no haber tomado el segundo, porque durante la cena Alee comentó algo sobre la posibilidad de que Mack le comunicara a sus hermanas la noticia del fallecimiento de su madre.

Mack logró evitar responderle. Lo hizo con gran habilidad, diciendo que lo pensaría, pero que en ese momento debían concentrarse en el funeral.

El bueno de Alee dejó el tema de inmediato. Lois le palmeó la mano y afirmó que Mack tenía razón.

Todo el intercambio se acabó antes de que Jenna, en su nebulosa creada por las Margaritas, pudiera intervenir. Le habría gustado volver a sacar el tema, pero no pareció surgir el momento apropiado. Se marcharon al hotel poco después de las diez. En el coche, Jenna no fue capaz de resistir la tentación de reclinar la cabeza en el respaldo y cerrar los ojos.

Despertó al sentir los labios de Mack que le rozaban la oreja.

—¿Piensas dormir en el coche?

Resultaba tan natural girar la boca hacia la de él y…

Se detuvo justo a tiempo.

—Entremos.

Su boca le rozó los labios una vez, luego susurró:

—¿Hicimos alguna vez el amor en el coche? No lo recuerdo. Dudo de que sea algo que pudiera olvidar.

No lo habían hecho, pero no se lo confirmó. Probablemente lo tomaría como una invitación para intentarlo en ese momento.

—Mack… —Fue lo único que dijo, y meneó la cabeza.

Luego abrió la puerta de su lado.

Al día siguiente, durante el desayuno, Jenna le dijo que creía que debía pensar lo de ponerse en contacto con sus hermanas.

—Creo que es una decisión que debo tomar yo.

—Pero…

—Déjalo, Jenna. No depende de ti.

Al terminar, sugirió que esa noche invitaran a Alee y a Lois a

cenar fuera.

Mack intentó negarse. Pensó que ya era hora de que disfrutaran de una velada a solas.

Pero Jenna no lo permitió.

—Llámalo. Anoche nos invitó a su casa y estoy convencida de que le sentará bien salir un poco y distraerse.

—¿Se te ha ocurrido pensar que quizá no le apetezca?

Ella tomó el teléfono y se lo alargó.

—Pregúntaselo. Deja que sea él quien responda. Y permite que elija el restaurante. Algún sitio donde se sienta cómodo.

Suspiró, cedió y realizó la maldita llamada. Alee respondió que a su hermana y a él les encantaría salir a cenar con ellos.

—¿Y ahora qué? —preguntó después de llamar al restaurante que había elegido Alee y enterarse de que no hacía falta realizar ninguna reserva—. Supongo que tienes planeado algo constructivo para hoy.

—¿Tienes algún problema con las actividades constructivas? —Frunció los labios.

—Demonios, no. Pero preferiría tomármelo con calma, disfrutar, tú y yo solos.

—Bueno, en realidad estaba pensando…

—Para.

—Muy gracioso. ¿Recuerdas aquel día que fuimos a Seal Beach?

—Creo que era un domingo. De junio.

—Teníamos un día libre y nada de dinero, así que nos subimos al coche y fuimos al sur. Teníamos los bañadores y nos cambiamos en un callejón, en aquel viejo Chrysler, ¿recuerdas? Hiciste que montara guardia mientras tú te cambiabas.

—Cielos, ahora me acuerdo —rió ella.

Había sido un buen día; de hecho, uno de los últimos. Poco después, Mack había aceptado aquel trabajo en Nueva York.

—Es muy fácil llegar a Seal Beach desde aquí —indicó él.

—Era lo mismo que pensaba yo.

El trayecto les llevó menos de media hora. Aparcaron en un callejón y bajaron por la calle principal a la sombra de los árboles. Jenna compró algunos recuerdos, entre ellos una camiseta de color melón para Lacey y un ratón de juguete para Byron. Cuando se cansaron de hacer compras, se sentaron un rato en el parque

Eisenhower, luego eligieron unos de los restaurantes próximos al muelle para almorzar.

Cuando regresaron al hotel para prepararse para la cena, Jenna se dirigió al teléfono. Ningún mensaje.

Mack dejó las bolsas sobre una silla.

—¿Esperas una llamada importante?

—No. Empiezo a preocuparme por Lacey. El lunes le dejé el número del hotel. Pensé que al menos llamaría para comprobar cómo estaba y para comunicarme que había recibido el mensaje.

—¿Crees que habrá vuelto a sus viejos trucos?

—¿Qué viejos trucos? —Lo miró fijamente.

—Tal como lo recuerdo yo, mientras estuvimos casados se fugó de casa una media docena de veces.

—Entonces era una adolescente —saltó en defensa de su hermana—. Y tenía problemas.

—Eso no responde a mi pregunta.

—De acuerdo. No, no creo que se haya fugado. Ahora es muy responsable, respeta sus promesas. Además, ¿de qué le serviría huir de Meadow Valley? Si ya ni siquiera vive allí.

Mack musitó algo sobre la lógica femenina, luego añadió:

—Si te preocupa, vuelve a llamarla.

Jenna alzó el auricular, marcó… y escuchó su propia voz en el contestador. En esa ocasión dejó un mensaje en el que le pedía que, por favor, la llamara al hotel en cuanto llegara. Cortó imaginando a Byron vagando por las habitaciones de la casa de su madre, muerto de hambre y de compañía.

Luego llamó a Linen & Lace. María, su ayudante, le informó de que Lacey había ido los dos días anteriores para ocuparse de las facturas. Colgó sintiéndose algo más aliviada.

—Tenemos que recoger a Alee y a Lois a las siete —indicó Mack —. Si quieres darte una de esas duchas de media hora, será mejor que lo hagas ya.

—No me doy duchas de media hora.

—¿Quieres apostar algo? —sonrió despacio.

En ese momento sintió unas ganas enormes de abrazarlo. De no haber puesto tanto cuidado en evitar el contacto físico, le habría

dado un beso apasionado y posesivo en la boca.

Lacey llamó justo cuando Jenna y Mack salían hacia la casa de Alee.

—Hola —rió sin aliento—. Escucha, te prometo que el gato y la tienda están bien. Y sé que tendría que haberte llamado antes, pero cada vez que lo pensaba, era medianoche o las cuatro de la madrugada.

—Lace, ¿te encuentras bien? —Le pareció que sonaba un poco nerviosa.

—Desde luego. ¿Cómo va todo? Pensaba que esta semana ibas a estar en las montañas de Wyoming.

Mack se hallaba junto a la puerta.

—La madre de Mack murió. Estamos en el sur de California, hasta el funeral el viernes Luego iremos a la casa de Mack en Cayo Oeste. Nos vamos a saltar Wyoming. Pero te llamaré desde Florida en cuanto lleguemos allí.

—Aguarda un minuto. ¿No me habías dicho que era huérfano?

—Es una larga historia —volvió a mirarlo—. Te lo explicaré cuando regrese a casa.

—¿Va… bien todo entre vosotros dos?

—¿Sabes? —sonrió—, creo que sí.

—Bien, estupendo.

¿Era alivio lo que captaba en la voz de Lacey?, ¿satisfacción? Por desgracia, no disponía de tiempo para preguntárselo.

—Escucha, estábamos a punto de salir… Vamos a llevar a cenar al padrastro de Mack.

—De acuerdo, que os divirtáis. Llámame desde Florida.

—Lo haré.

Fueron a un restaurante que a Alee le gustaba, situado en Huntington Beach, donde el menú ofrecía una docena de variedades de pescado del día. Alee estuvo muy callado durante la cena. De camino a casa reconoció que quizá aún no estaba preparado para volver a los sitios que solía visitar con Doreen.

Al llegar a la casa les preguntó si querían pasar a tomar un café. Jenna habría dicho que sí, pero Mack apoyó una mano en su brazo. Experimentó un escalofrío de placer, que la distrajo lo suficiente como para no poner objeción cuando Mack contestó:

—Gracias, Alee. Pero creo que será mejor que nos vayamos al

hotel.

En la *suite*, Mack encontró dos botellitas de *brandy* en el bar, que estaba bien equipado. Sirvió una copa a cada uno. Luego, se sentó en uno de los sofás y apoyó los pies en un taburete. Jenna se acercó al ventanal que conducía a la terraza y contempló las luces del puerto. Bebió un sorbo y pensó en Alee.

—¿Por qué frunces el ceño?

Se volvió. Mack la observaba.

Palmeó el sofá a su lado. A punto de ir a sentarse, se lo pensó mejor. Meneó la cabeza y murmuró con pesar:

—Mejor no.

Mack apretó la mandíbula. Al final, apoyó el brazo en el respaldo del sofá y continuó mirándola.

Jenna decidió hacer como si ese momento incómodo no hubiera tenido lugar.

—Pensaba… en Alee. En lo duro que debe de ser para él. Estuvieron un montón de años juntos, y parece que en su mayor parte fueron años felices.

Mack guardó silencio.

Jenna podía sentir su irritación, aunque intentó descartarla con un encogimiento de hombros. Se volvió para mirar otra vez el puerto.

Fue en ese momento cuando él se dignó hablar.

—¿Quieres que coincida contigo en que debe estar pasándolo mal ahora?

—No tienes por qué coincidir conmigo —lo miró de nuevo—. Es un hecho.

—Sí, es un hecho. Y creo que hemos hecho todo lo que personalmente podíamos hacer al respecto.

—No era mi intención dar a entender que debíamos hacer algo más.

—Oh, vamos —bebió un trago de *brandy*—. Date algo de tiempo. Se te ocurrirán cinco o seis maneras en que podemos ayudarle a mitigar su dolor… lo que nos dará buenos motivos para no estar a solas —estudio su rostro durante varios segundos antes de añadir—: Tienes muchos modos creativos de evitarme.

Quiso rebatírselo, pero no pudo. Lo estaba evitando… Evitaba acercarse demasiado, física o emocionalmente. ¿Y por qué no habría

de hacerlo? Había especificado habitaciones separadas para cuando iniciaran su aventura de dos semanas. Y él había aceptado sus términos. No había motivo para que él se pusiera a la defensiva si ella quería ceñirse a las condiciones que habían fijado.

—¿Te sientes irritado porque no he querido sentarme a tu lado ahora? ¿Es eso?

—En parte. Constantemente estableces espacio físico entre nosotros. Y no te limitas a eso. También colocas a Alee, y a mis hermanas.

—¿Cómo? —exigió, sintiéndose ofendida.

—Si consiguieras que aceptara, pasaríamos la segunda mitad de nuestras dos semanas en una pequeña reunión familiar con Bridget y Claire —dio otro trago de *brandy*—. Adelante, dime que no es verdad.

No podía. Carraspeó.

—Bueno, Mack, sí creo que deberías…

—Jenna. Sé lo que piensas, lo has dejado bien claro. ¿Quieres olvidarlo ahora?

—Pero yo…

Apoyó la copa sobre la mesita con fuerza.

—Maldita sea, Jenna. No voy a ir a buscar a mis hermanas. Mira lo que pasó cuando encontré a mi madre. Me pidió que no le dijera a su marido que existía. Y luego se murió.

—Oh, por favor. Como si hubiera muerto para fastidiarte a ti.

—No me refería a eso. Lo que quiero recalcar es que ha muerto. La encontré solo para perderla otra vez. En esta ocasión, para siempre… Y tus ojos me indican lo que piensas. Sí, al final le habló a Alee de mí. Y aquí estoy, aguantando hasta el funeral porque tú has insistido. Pero cuando acabe, me largo. Ya he tenido suficientes reuniones familiares para que me duren toda una vida —tomó otra vez la copa de *brandy* y bebió lo último que quedaba. Luego dejó la copa vacía—. Y en cuanto a Alee, ha perdido a su esposa. Duele. Y tú personalmente no conseguirás que deje de dolerle. Sólo el tiempo lo logrará. Si tiene suerte —se levantó—. Me voy a la cama.

Dejó que atravesara medio salón antes de detenerlo.

—Mack.

—¿Qué? —Se volvió.

—Tienes razón —reconoció—. Al menos en lo referente a Alee.

Él no sonrió, pero su expresión se relajó un poco.

—Lo sé. Buenas noches —entró en el dormitorio.

—Buenas noches, Mack —susurró ella después de que hubiera cerrado la puerta.

Al día siguiente fueron a Los Ángeles. Visitaron Westwood Village, incluso pasaron ante el apartamento donde se habían conocido y donde habían sido tan felices.

—Parece un poco descuidado.

—Mack, ya parecía descuidado cuando vivíamos en él.

—Supongo. Quizá lo recuerdo a través de una neblina rosada.

—¿Sí? —Sus palabras le produjeron una satisfacción inexplicable.

—Fue una buena época, Jenna.

—Sí, lo fue.

El pequeño restaurante italiano donde cenaron la primera vez seguía allí. No pudieron resistir entrar. Decidieron seguir adelante y pedir la cena que habían compartido aquella primera noche: ensaladas, linguini con salsa de almejas y Chianti de la casa.

Cuando llegaron los linguini, Mack los probó y meneó la cabeza.

—No están tan buenos como los recuerdo.

—Siempre es así —repuso con ligereza.

La observó desde el otro lado de la mesa con ojos tiernos.

—No estoy de acuerdo, algunas cosas son igual de buenas. De hecho, incluso mejor… o podrían serlo, si les dieras una oportunidad.

—Creo que lo hago.

A regañadientes él reconoció que así era. Pero deseó que les diera más que una oportunidad.

Jenna giró el tenedor sobre los linguini y decidió que era mejor no contestar.

Después de comer caminaron por Sunset y luego bajaron hasta el Hollywood Boulevard, que seguía tan vulgar como ambos recordaban.

Eran las tres pasadas cuando regresaron a Long Beach. El tráfico era terrible. Tardaron una hora y media en llegar al hotel. Cuando entraron en la *suite* Mack vio que Jenna dirigía la vista hacia la luz del contestador.

—Hmm —musitó—. No hay mensajes. Nadie nos llama y no

tenemos que llamar a nadie. Esta noche estamos solos tú y yo.

Jenna pensó en el dulce Alee y esperó que se encontrara bien. Y recordó a su hermana, con esa extraña entonación jadeante en la voz. Pero no mencionó ni al marido de Doreen ni a Lacey. No le pareció que fuera el momento idóneo.

Al día siguiente sería el funeral de Doreen. Se presentarían pronto, por si Alee necesitaba algo. Pero esa tarde era para Mack y ella. Y había llegado el momento en que debía admitir que lo deseaba.

—¿Nadamos? —sugirió él.

Le pareció una idea maravillosa.

La temperatura era deliciosa. Lo bastante calurosa para echarse en las tumbonas a tomar el sol después de zambullirse en la piscina olímpica. Juntaron dos tumbonas respaldo contra respaldo, se echaron boca abajo y hablaron en susurros mientras el agua se secaba en su piel. Pasado un rato, Mack apoyó la mejilla sobre los brazos abiertos y cerró los ojos.

Jenna apoyó el mentón sobre las manos y pensó en lo atractivo que era, tan bronceado y en forma. Intentó que la vista no se demorara en esos brazos fuertes, con su vello dorado. Siempre le había encantado el contacto de su vello. Contempló la cabeza rubia, los hombros poderosos. La añoranza en su interior fue tan intensa entonces… que tuvo ganas de alargar una mano para tocarlo, para decir que sí cuando la mirara con una determinada pregunta en los ojos.

Cada día, cada hora y cada momento que pasaban juntos, le resultaba un poco más difícil resistir la atracción que había entre ellos.

Mack levantó la cabeza y a Jenna se le paró el corazón.

Pero él giró la mejilla sin llegar a mirarla. Lo oyó suspirar.

Y algo en su interior cambió.

O quizá se desvaneció… un obstáculo. Un dolor antiguo y profundo desapareció para que pudiera ver la verdad.

Se alegraba de que hubiera ido a buscarla. Y de, que compartieran ese tiempo. ¿Aún lo amaba?

Oh, cielos, probablemente. Lo más probable era que, en realidad, nunca hubiera dejado de amarlo.

Pero en ese punto poco importaba qué clase de etiqueta le

pusiera. Que lo llamara amor o, simplemente, deseo, o la esperanza de volver a intentarlo.

Lo que importaba era que hasta ese momento había dedicado bastante esfuerzo a levantar barreras entre ellos.

A partir de entonces eso cambiaría.

A partir de entonces pensaba dedicar corazón, cuerpo y alma a derribar esas barreras.

Capítulo 10

Mack sentía que lo miraba. Alzó la cabeza.

Un vistazo a esos ojos brillantes y lo supo.

Al cuerno las habitaciones separadas.

—Volvamos a meternos en el agua. —Jenna esbozó una sonrisa trémula.

En ese momento a Mack le habría resultado imposible. Todo el mundo sabría en qué estaba pensando.

—Ve tú.

—¿Seguro?

Asintió. La observó dirigirse al borde de la piscina. Era esbelta, alta y tenía un porte que irradiaba una dignidad serena que siempre había admirado. Llevaba un bañador sencillo de dos piezas que no revelaba más de lo que debía. Pero al mismo tiempo era dolorosamente *sexy*.

Pero no era sólo el aspecto que tenía. Había otra cosa. Algo indefinible. Una dulzura que nunca antes ni después había encontrado.

En los años que había estado sin ella había habido otras mujeres.

Algunas habían sido amables, cálidas y divertidas, como Jenna. Otras no. Y ninguna había durado mucho. Pasado un tiempo le habían recordado lo mucho que echaba de menos lo que había tenido con ella.

La vio emerger del agua y nadar hasta el borde, donde se puso a charlar con una mujer mayor. Para ese entonces, Mack tenía la erección bajo control, como para levantarse de la tumbona.

Jenna lo miró y agitó la mano.

Fue a reunirse con ella en el agua.

Regresaron a la *suite* poco después de las siete, ambos aún mojados. Antes de salir habían cerrado las cortinas para evitar el resplandor del sol, de modo que el salón se hallaba en sombras y fresco. Quizá demasiado. Jenna se pasó la toalla por los hombros con un escalofrío.

Él se acercó al termostato.

—Se calentará un poco en unos minutos —se volvió y descubrió que Jenna había reducido la distancia que los separaba.

Aún temblaba. Mack hizo lo natural y la abrazó. Experimentó la sensación de siempre: perfección.

—Brrr —encorvó los hombros, intentando acercarse más. Él ciñó los brazos con más fuerza a su alrededor, disfrutando de la suavidad de su cuerpo bajo la toalla, y esperó a que los temblores decrecieran.

Mack ya no experimentó la necesidad de tentarla o seducirla. Eso ya había ocurrido de modo natural, fuera, junto a la piscina.

En ese momento era suya.

No hacía falta precipitarse.

Los temblores cesaron. Él se apartó y le frotó los brazos por encima de la toalla.

—¿Mejor?

—Hmm.

Su boca era demasiado tentadora. Bajó la cabeza y titubeó, a punto de darle el beso que ambos anhelaban.

—Mack —susurró Jenna.

La besó.

Tenía la boca fría. La dulzura que había más allá de los labios era igual que la del otro día, tal como la había recordado durante años. Incomparable, perfecta. Lo que él necesitaba.

Permanecieron ante la puerta, junto al termostato y el espejo dorado, besándose apasionadamente.

Dio la impresión de durar una eternidad.

Fue él quien se apartó, con suavidad y a regañadientes. Le tomó la barbilla con ambas manos y los dedos se le enredaron en los mechones mojados. La vio abrir los ojos. Lo miró, aturdida y con expresión soñadora, muy relajada y llena de confianza.

Acercó otra vez la boca a la suya.

—Entonces, ¿se ha acabado eso de habitaciones separadas? —murmuró sobre los labios suaves, convirtiendo el acto en otro beso.

—¿Tienes que preguntarlo? —Esbozó una sonrisa.

—Puede que no, pero me gustaría oírtelo decir.

—¿Te gustaría… —Cada palabra fue un beso—… oírmelo decir?

—Me gustaría. Mucho.

—Entonces, sí. Se han terminado las habitaciones separadas.

Cuando él le besó el cuello soltó un gemido que calentó el mismo aire que los rodeaba, al tiempo que le asía el pelo y le echaba la cabeza hacia atrás para exponer la blanca garganta.

Bajó hasta las clavículas y se detuvo brevemente para sacar la lengua y probar el cloro y la maravillosa dulzura que era su piel.

Con ambas manos le quitó la toalla de los hombros. Cayó con un ruido sordo sobre la alfombra a sus pies. Mack siguió bajando entre las exuberantes curvas de sus pechos. Tiró de la parte superior del bañador.

Ella captó su deseo y se llevó las manos atrás para desengancharlo. Se desprendió y él tomó sus pechos en las manos. Estaban fríos y húmedos, con la piel de gallina. Enterró la cara entre ellos y aspiró hondo, recordando… todos los momentos en que habían estado juntos. Sus manos en el cuerpo de ella, tocándola, besándola, pensando que le pertenecía, que jamás podría perderla, que siempre, siempre, sería así.

Que estarían juntos para siempre, como en aquel instante.

Introdujo el pezón en la boca y succionó. Ella se arqueó hacia Mack, tomando su cabeza entre las manos, acercándolo, emitiendo sonidos hambrientos, de necesidad, de deseo, los mismos que él recordaba.

Los sonidos que había anhelado durante tantos años.

Con las manos siguió sus curvas deliciosas hasta la banda elástica de la parte inferior del biquini. Jenna tembló. Y entonces las manos de ella lo ayudaron a quitárselo.

Al fin estaba desnuda en sus brazos.

Con el dedo trazó un círculo en torno al ombligo. Jenna gimió y adelantó las caderas. El dedo descendió hacia los suaves rizos del triángulo que había entre sus muslos. La tocó de manera íntima, sintiendo que el calor y la humedad crecían bajo su mano.

Se pegó a él. Mack le besó el otro pecho, probó el pezón y sintió que se endurecía y florecía. Luego bajó más. Jenna apoyó las manos en sus hombros para prepararse mientras él se ponía de rodillas.

—Mack —él alzó la vista y vio que se echaba el pelo mojado hacia atrás y que sus pechos plenos y dulces se elevaban unos momentos—. Mack… —No apartaba la vista de él.

—Shh…

—No, no, escúchame. Afuera, en la piscina, fue cuando me di cuenta…

Apoyó las manos en sus caderas y las bajó para que los dedos pulgares encontraran el cálido refugio que había entre los muslos.

Ella jadeó. Las separó despacio, con suavidad, y pasó los dedos por los pliegues femeninos bajo esos rizos dorados.

—Me alegro de que regresaras… —suspiró—. Es tan grato… estar contigo… —jadeó—. Mack, pensaba que se había terminado. No creía… que tuviéramos otra oportunidad…

—Aún la hay, Jenna.

—Yo… yo también lo creo. Pero hasta ahora no estaba segura.

—Bien —se acercó más, oliéndola. Ella gimió y abandonó todo intento de hablar. Cerró los ojos y se aferró con más fuerza a sus hombros.

Y Mack la probó.

Era algo que había temido que nunca más volvería a hacer.

La besó profundamente mientras con los dedos la separaba. Jenna soltó un grito y entonces comenzó a moverse, y sus caderas encontraron el ritmo que más placer le daba. Él la mantuvo firme mientras continuaba besándola, acariciándola tanto con la boca como con los dedos.

—Mack —gimió—. Oh, Mack… no puedo… —Dio un paso atrás, pero él la siguió, sin soltarla. Jenna encontró la pared, donde se apoyó.

Mack no paró de probarla, de besarla, de acariciarla. Y Jenna al fin se entregó por completo, con el cuerpo que se movía por voluntad propia en busca de la dulce explosión que la liberara.

Cuando llegó hasta el borde de un precipicio volvió a gritar con la cabeza echada hacia atrás. El sintió el pequeño capullo de su sexo palpitando contra su lengua.

En ese momento se puso rígida y adelantó las caderas.

Entonces, despacio, con una risa ronca acumulada en su garganta, dejó que las rodillas le cedieran.

Mack se incorporó y la atrapó antes de que llegara al suelo. Jenna cayó en sus brazos, suave y laxa, sin temblar ya, totalmente suya. La giró sin esfuerzo, apoyó un brazo en su espalda y otro detrás de sus rodillas y la alzó en vilo contra su pecho.

Le rodeó el cuello con los brazos y le mordisqueó la oreja.

—¿Adonde me llevas?

—A mi cama.

Capítulo 11

Las paredes de la habitación de Mack eran de un marrón profundo y la cama grande, con una colcha negra y dorada. Había una ventana que daba a la playa y al puerto. Las cortinas estaban abiertas y permitían ver cómo el sol poniente, una bola de rojo fuego, flotaba sobre el mar azul en calma. El cuarto parecía arder de luz.

Depositó a Jenna en la cama y se volvió para cerrar las cortinas.

—No —lo sujetó por la muñeca—, déjalas. Me gusta. Es como estar en un incendio.

La miró y ella sintió que se acaloraba y que los pezones se le contraían en respuesta al ardor que había en sus ojos.

—Como en un incendio… —repitió él, como si las palabras le resultaran excitantes.

Ella se incorporó en el lecho sin soltarle la muñeca, hasta quedar de rodillas ante él.

Llevó la mano de Mack a su boca y le besó los nudillos. Luego subió los dedos con lentitud por su brazo, casi sin rozarlo, erizándole el vello.

Él se inclinó y la besó con un contacto fugaz.

Jenna siguió acariciándolo, por los bíceps, por los hombros… y luego bajo por los costados. Sonrió al tocarle la piel sensible de su vientre y él no logró contener un jadeo. Despacio, tomándose su tiempo, deslizó un dedo por la banda elástica del bañador. Mack volvió a jadear.

Bajó más la mano hasta establecer contacto.

Dejó escapar un tercer jadeo cuando se cerró en torno a él. Era tan sedoso, grueso y duro. Sonrió para sí misma. Se sentía poderosa al sostenerlo de esa manera.

El musitó un juramento y se quitó el bañador.

Entonces Jenna pudo tocarlo con libertad. Lo acarició despacio, disfrutando del contacto, del modo en que cerraba los ojos y echaba la cabeza atrás con un gemido ronco.

Se acercó más y lo tomó con la boca. Mack tembló. Siempre le había gustado cómo su cuerpo grande temblaba con su contacto.

Él le dio unos minutos para ese tipo de juego. Luego le enmarcó la cara con las manos y la obligó a mirarlo.

—Basta —pidió con voz entrecortada—. O me perderé.

Jenna no fue capaz de resistirlo. Se inclinó una vez más y le dio un último y prolongado beso, que él soportó con un silencio contenido y agónico.

—Ven a mí —pidió cuando volvió a mirarlo.

El no se movió, sólo la observó con mirada ardiente como el sol, una expresión, que la reclamaba. Ella experimentó un leve escalofrío.

Le tomó la mano derecha y tiró de él.

—Mack…

Con la izquierda abrió el cajón de la mesita de noche y sacó un envoltorio.

En cuanto lo vio Jenna se acordó.

Mack siempre había utilizado protección, porque no quería tener un bebé.

Ella cerró los ojos con dolor.

—Jenna —susurró su nombre.

Mantuvo los ojos cerrados, despreciándose un poco por su propia reacción. Ya no era la mujer perdida y confusa que había sido, la mujer que le había suplicado un hijo para llenar el vacío de su vida.

Era apropiado que empleara protección. Apropiado y correcto.

Abrió los ojos y le sonrió.

—Veo que estás preparado.

—¿Pensabas que no lo estaría?

—Creo que no pensaba nada, hasta ahora.

—No oculté que te deseaba, Jenna.

—No, no, claro que no. Hiciste lo adecuado, lo que pasa es que reacciono a momentos ya pasados.

Él entrecerró un poco los ojos. Jenna sabía que comprendía a qué se refería, pero Mack no dijo nada.

La miraba, esperando, aún excitado, pero conteniéndose.

—¿Quieres parar? —preguntó con voz ronca, peligrosa.

Ella apretó los labios, respiró hondo y meneó la cabeza.

Otra llamarada de calor surgió en los ojos de Mack. Y entonces su cara cambió, la tensión se mitigó y sus rasgos se suavizaron.

Abrió el envoltorio del preservativo.

—Déjame a mí —ella alargó la mano.

Lo depositó en su palma. Jenna lo extrajo y despacio, con amor, lo desenrolló sobre él.

Volvió a extenderle la mano. En esa ocasión él la aceptó y se sentó a horcajadas sobre ella; le alzó el otro brazo y le elevó ambos por encima de la cabeza.

La mantuvo en esa posición vulnerable, se levantó lo suficiente para deslizar las piernas entre las de Jenna y luego se arrodilló delante de la unión de sus muslos abiertos.

Se inclinó para besar la suave blancura de la parte anterior de cada brazo. Pasado un momento de la más dulce agonía, le dio lo que ella quería y cerró la boca encendida en torno a un pezón. Jenna gimió otra vez y se impulsó hacia su boca.

Mack continuó inmovilizándole los brazos por encima de la cabeza y besándole el pecho, introduciéndolo tanto en la boca que ella creyó que podría desmayarse por esa succión erótica.

No fue capaz de soportarlo.

Pero resistió, incluso cuando se concentró en el otro pecho.

Al final, cayó sobre ella y sus bocas se encontraron.

Jenna se abrió para recibirlo y permitir que la llenara. Los dos gritaron juntos.

Fue perfecto, incluso después de tantos años.

Comenzaron a moverse y de forma instintiva redescubrieron los viejos ritmos. Lo rodeó con las piernas y fueron una persona a la luz roja del crepúsculo.

Jenna sintió que el placer de Mack iba en aumento y su propia culminación salió a su encuentro. Con un beso interminable alcanzaron juntos la cumbre.

Ella se dio cuenta de que debía de haberse quedado dormida.

Hacía rato que el sol se había puesto. Alzó la cabeza; por la ventana, el cielo nocturno parecía neblinoso.

Mack yacía casi encima de ella, con la mejilla sobre su pecho y un brazo a la cintura. Lo miró y sonrió.

Se movió, como si sintiera que lo observaba. Quiso tocarlo. Quizá debería haberlo dejado dormir un poco más, pero la realidad de tenerlo ahí, donde podía apoyar la mano en él, era demasiado tentadora.

De modo que le paso un dedo por la oreja.

Alzó la cabeza y abrió unos ojos somnolientos.

Entonces sonrió, y ella le devolvió el gesto, igual que nueve años atrás, la primera noche que se conocieron, cuando terminaron justo donde se hallaban en ese momento: juntos en la cama. Recordó que aquella noche Byron había saltado sobre el colchón entre ellos, para ronronear con tanta fuerza que ambos rieron.

De pronto se le ocurrió una pregunta, y después de haber aceptado esas dos semanas, no tuvo reparos en formularla.

—¿Mack?

—¿Qué? —Se puso de espaldas y giró la cabeza para mirarla con una ceja enarcada.

—¿Por qué luchaste tanto por Byron… y, de repente, decidiste ceder?

—Tenía verdadera debilidad por aquel gato, y lo consideraba tan mío como tuyo.

—Lo sé, pero ésos no son los verdaderos motivos por los que intentaste quitármelo, ¿verdad?

Él se puso a contemplar las sombras del techo. Pasó un momento de silencio antes de que respondiera.

—Los «verdaderos» motivos no son tan sencillos, son motivos furiosos y de venganza. No me enorgullece reconocerlos.

—Por favor, quiero entenderlos.

—No sé. A veces creo que la sinceridad entre los sexos está sobrevalorada.

Se dio cuenta de que bromeaba. Le dio un golpe en el costado.

—Vamos, cuéntamelo.

Mack se puso boca abajo, se apoyó en los codos y clavó la vista en el cabecero de la cama.

—No quería dejarte ir —comenzó—, pero sabía que no ibas a volver conmigo. Y me sentí insultado porque no aceptaras una pensión. Me había dejado la piel para conseguir una buena vida… y comencé a darme cuenta de que el precio había sido perderte. Me pareció que lo mínimo que podías hacer era aceptar parte del dinero, aliviar un poco mi orgullo. De esa manera podría haberme hecho a mí mismo que, al menos, había sido positivo para ti económicamente. Pero no quisiste aceptarlo. Sólo querías el gato.

—De modo que decidiste que no me lo dejarías tener —le acarició la espalda.

—Así es. Pero después de un año de tiras y aflojas, de demandas y contrademandas de tu abogado y el mío, comencé a ver las cosas de forma un poco diferente.

—¿Quieres decir que te diste cuenta de que te comportabas como un burro? —sugirió.

—Exacto —se acercó y le besó la punta de la nariz—. Y le dije a mi abogado que le pusiera fin, que podías quedarte con el gato.

—Entonces —se atrevió a preguntar—, si querías que se terminara, ¿por qué no firmaste los papeles?

—Pensé que ya habíamos pasado por eso —suspiró—. No los firmé porque, en realidad, no quería divorciarme de ti, al menos no subconscientemente. Tu abogado redactó el acuerdo y se lo mandó al mío… que, no debes olvidar, era un colega que trabajaba en mi bufete, el cual abandoné poco después de que tú y yo llegáramos a un acuerdo.

—¿Por aquella demanda contra el fabricante de coches?

—Sí. El bufete no quería aceptarla, pero yo sabía que podía ganarla y que sería millonaria. Así que dejé la firma. Y cuando llegaron los papeles del divorcio, mi abogado me llamó y me pidió que los firmara. Me hallaba demasiado ocupado con el juicio, a punto de convertirme en lo que siempre había querido ser, millonario… al menos es lo que me dije a mí mismo. Pagué la minuta de mi abogado y, de vez en cuando, su asistente me llamaba para recordarme que debía ir a firmar. Al final, fui a recoger los documentos, pensando que yo mismo me ocuparía de ellos, pero no lo hice. Los metí en un cajón y me convencí de que los había olvidado —la miró y ante su expresión de incredulidad, añadió—: Del mismo modo que tú te convenciste de no percatarte de que

jamás recibiste la resolución final. Pero como ya he señalado antes, creo que sí lo notaste y tampoco hiciste nada al respecto. No durante muchos años.

—Quizá tengas razón —concedió.

—Vaya —fingió secarse la frente—. Creo que vamos progresando.

—Y yo, y quiero que sigamos haciéndolo. Tengo otra pregunta —le acarició la cara—. En realidad, se trata de una petición y, antes de que la haga, quiero confesarte que prometo quedarme contigo lo que queda de las dos semanas. Ahora quiero estas dos semanas, espero que me creas —en sus ojos vio que él sabía lo que se avecinaba. Regresó a su propia almohada.

—Maldita sea, Jenna.

—Mack…

—Deseas los papeles del divorcio, ¿verdad? —preguntó con expresión cauta.

Jenna se acercó y le dio un beso en la mejilla.

—Sí, y los quiero ahora.

Capítulo 12

Se levantó y quedó de pie ante ella.

—¿Porqué?

Jenna se sentó y acomodó la almohada contra el cabecero. Luego se cubrió con la sábana.

—Quiero que empecemos de cero, Mack. Ya no hace falta que me amenaces con los papeles para que esté contigo. Por favor, entrégalos.

La miró con su expresión de abogado, calculadora y distante.

—No los necesitas hasta que hayan terminado nuestras dos semanas.

En ese momento añoró esa parte de él que aún no era capaz de confiar en sus buenas intenciones, esa parte que, lo comprendió en ese momento, siempre tendría el temor de ser abandonado.

—Tienes razón —convino—, no los necesito ahora. Pero necesito, por ti, que me los entregues ahora.

—¿Porqué? —repitió.

—Aceptaste algunas cosas, Mack —repuso con mesura—. Primero, que firmarías esos papeles hace cinco años y medio. Y luego, hace unas semanas, que los firmarías y me los enviarías. Ésas fueron… promesas, Mack, promesas que rompiste. Creo que me debes cumplirlas, creo que te lo debes a ti mismo.

—¿Y qué me dices de la primera promesa? —Un músculo se movió en su mandíbula—. La que nos hicimos el uno al otro de permanecer unidos.

—Llegó un momento en que ambos acordamos que ya no

podíamos mantenerla.

—Yo no, fuiste tú quien se marchó.

«Paciencia», pensó ella. Se apartó el pelo de la cara y mantuvo la voz baja y serena.

—Sí, Mack. Yo me marché, y es posible que tengas razón en que ambos sabíamos… que no habíamos terminado. Pero también creo que hubo una época en que los dos aceptamos que nuestro matrimonio había acabado.

—Yo no —afirmó—. En realidad, jamás lo acepté.

Le tomó la mano, él no se apartó, y decidió tomarlo por una buena señal.

—Vuelve a la cama. No quería que esto terminara en una batalla, de verdad que no —alzó la sábana con la mano libre—. Por favor —aunque mantuvo una expresión cauta, permitió que lo hiciera volver. Jenna los tapó a ambos con la sábana—. Se había acabado, Mack. Tú lo sabes.

Él contempló sus manos unidas.

—¿De qué se trata? Es obligatorio que tengas razón, ¿no?

—No, sólo intento convencerte de que hagas lo que en tu corazón sabes que es lo mejor y más justo.

—No intentes decirme lo que hay en mi maldito corazón —le apretó la mano, y no con gentileza.

—Mack, analicémoslo de otra manera.

—¿De qué otra manera? —La observó con suspicacia.

Respiró hondo y dio otro salto importante a un terreno incluso más peligroso.

—Dime una cosa. ¿Has hecho el amor con alguna otra mujer desde que nos separamos?

—¿Adonde quieres llegar? —La miró con ojos brillantes y un poco inquietantes.

—Quiero dejar claro que sé que te tomaste los votos del matrimonio en serio. No te habrías acostado con nadie más a menos que en aquel momento hubieras creído que ya no estabas casado conmigo.

Se observaron. El corazón de Jenna palpitaba con fuerza.

—¿Y tú? —preguntó él con suavidad—. ¿Has hecho el amor con alguien más?

Entonces ella supo que había habido otras mujeres. Aunque le

pareció extraño, saberlo apenas le produjo un destello de pesar. Con quién se hubiera acostado durante su separación era asunto de él. Jenna creía de verdad lo que intentaba hacerle comprender: habían estado divorciados… al menos en sus corazones.

—No, Mack. No hice el amor con nadie más, pero no porque considerara que todavía estaba casada. Lo que pasa es que… jamás encontré a alguien a quien deseara de esa manera.

—¿Ni siquiera el buen doctor?

—No, ni siquiera Logan —esperó, deseando que no hubiera llevado la discusión en esa dirección.

—Haces que me sienta avergonzado —clavó la vista al frente.

—Juro que no era esa mi intención.

Se apretaron las manos.

—Tendrás que soltarme —indicó él al fin—, si quieres que saque esos malditos papeles de mi maletín.

Lo soltó. Mack se dirigió al vestidor que había en un rincón de la habitación. Cuando volvió a salir, llevaba un sobre grande en la mano. Se sentó en el borde de la cama lo abrió, luego extrajo los papeles.

—Léelos, están firmados y registrados.

—Confío en ti.

Al oír eso, él rió entre dientes y meneó la cabeza con pesar. Guardó todo en el sobre y se lo entregó.

—Adelante, guárdalos.

—Gracias —le dio un beso.

—Vamos, hazlo.

Apartó la sábana y salió de la cama, dirigiéndose desnuda hacia la puerta, que atravesó para ir a su habitación. Allí guardó el sobre en un bolsillo lateral de una de sus maletas.

Cuando regresó a su lado, Mack estaba acostado con la cabeza sobre el cabecero. La observó ir hacia él.

—Tienes un aspecto estupendo, Jenna —ella demostró el placer que le causaba el cumplido con una sonrisa al tiempo que se acostaba a su lado—. ¿Tienes hambre? Son las nueve pasadas.

—No —meneó la cabeza—. ¿Y tú?

—Tampoco.

Sintió que la mano de él le rozaba el muslo. Se acercó y apoyó la cabeza en su pecho.

—Ha pasado mucho tiempo.

—Demasiado —con los dedos bajo su barbilla alzó su cabeza para que los labios pudieran encontrarse.

* * *

La pequeña capilla estaba llena de flores.

—Es maravillosa la fragancia de esas rosas —comentó Lois.

—Dory estaría encantada —añadió Alee con voz ronca.

Dentro del ataúd abierto, Doreen Henderson McGarrity Telford yacía sobre un lecho de satén blanco, sus manos pequeñas y delgadas cruzadas sobre el estómago. Llevaba un traje azul con una falda hasta las rodillas. Un sombrero azul con velo le cubría el pelo castaño entrecano.

Jenna se hallaba sentada con Mack, Lois y Alee en la primera fila. La capilla era pequeña y estaba llena hasta un tercio de su capacidad.

—Casi todos los asistentes son de la agencia —susurró Alee—, la gente con la que trabajábamos. Y algunos vecinos, desde luego…

Antes de que comenzara el servicio, los presentes se acercaron a ofrecer sus respetos. Alee asintió y les dio las gracias porque hubieran ido.

La ceremonia fue breve, con unos pocos himnos, versos sacados de la Biblia y unas palabras amables pronunciadas por un reverendo robusto de cara rubicunda. Dicha la última oración, los invitó a todos a dirigirse al cementerio.

Una vez allí, los portaféretros llevaron el ataúd desde la limusina al lugar preparado para recibirlo bajo las hojas verdes de una Jacaranda. En junio y julio las ramas se hallarían a rebosar de flores violetas. Jenna cerró los ojos y lo imaginó. La visión la reconfortó.

Cuando el ataúd estuvo en su sitio, el reverendo recitó unos versículos sacados de las Sagradas Escrituras y pronunció otra oración. Alee depositó una rosa blanca sobre la tapa cerrada.

Y entonces se terminó.

—Vamos a ir todos a casa —susurró Lois.

Jenna asintió. Mack le tomó la mano y se dirigieron hacia el coche.

En la casa de Alee, había unas galletas, tarta y ponche sobre una mesa. La gente se reunió en grupos pequeños y habló en voz baja de lo agradable y conmovedor que había sido el servicio. Dijeron cosas cariñosas sobre Doreen, lo serena que había sido siempre y el corazón bondadoso que tenía. Alee se encargó de presentar a Mack y de explicar lo complacido y agradecido que se sentía de que el hijo de Dory lo hubiera ayudado en un momento tan difícil.

Jenna fue en busca de Mack y lo encontró en el otro extremo del salón hablando con Lois. Alzó la vista y sus ojos se encontraron. Consciente de la noche que habían pasado juntos, observó la leve sonrisa de él.

Se sintió viva, con un hormigueo en la piel. ¿Estaba mal sentirse tan bien el día que enterraban a la madre de Mack?

No lo creía, ni pensaba que a Doreen le hubiera importado.

La gente comenzó a marcharse alrededor de las seis. Los dos se quedaron hasta que todo el mundo se hubo ido.

Luego también ellos se despidieron. Mack explicó que por la mañana les esperaba un vuelo a Miami.

Lois comentó que permanecería allí una o dos semanas más, y que luego intentaría convencer a Alee de ir a visitarla una temporada a Phoenix.

—Mack —indicó Alee—, cuando hables con tus hermanas, por favor, diles que espero conocerlas algún día.

—Puede que pase algún tiempo antes de eso, Alee.

—Cuando lo consideres oportuno —le apretó el brazo.

—Me parece justo. Sabes cómo ponerte en contacto conmigo si alguna vez me necesitas para algo.

—Sí, desde luego. Tengo el teléfono y la dirección que le diste a Dory.

—Muy bien.

—¿Mack?

—¿Sí?

—Ha significado mucho… que estuvieras aquí.

Mack carraspeó y asintió. Los dos se miraron, al parecer con más cosas que decir, pero sin llegar a poder expresarlas en palabras.

—Adelante. —Lois le dio un empujoncito a su hermano—. Abrázalo, sabes que deseas hacerlo.

Fue todo lo que necesitó Alee. Extendió los brazos y rodeó a

Mack con ellos. Éste le devolvió el gesto, pero algo incómodo, como si no supiera muy bien si debía participar.

Al final Alee se apartó con las manos en los brazos de Mack.

—Eres un buen hombre, hijo. Dory estaba tan orgullosa de ti… y yo también.

Mack musitó algo que pudo ser un agradecimiento.

Los ojos de Alee brillaban con lágrimas contenidas al volverse hacia Jenna. Ella le dio un abrazo fuerte.

—Espero que las cosas salgan bien, entre vosotros dos —susurró él.

Ella asintió, sonrió y abrazó a Lois.

—No os perdáis de vista. Manteneos en contacto —pidió al acompañarla a la puerta.

* * *

-¿Estás bien? —musitó Jenna cuando ambos se hallaban en el Lincoln de regreso al hotel.

—Sí —buscó su mano y la apretó—. Listo para largarme de aquí, tomar el sol y observar un crepúsculo de Cayo Oeste desde la cubierta del The Shady Deal.

—¿Es el nombre de tu barco?

—Sí.

Ella alzó sus manos unidas y besó el dorso de la de Mack.

—Jamás te imaginé viviendo en un sitio como Cayo Oeste.

—Me encanta, es tropical. Y es inmoral, posee muy poca dignidad. Pero tiene estilo, es el lugar perfecto para mí.

—Mack McGarrity, tú nunca eres inmoral. Imposible.

—Ja, pero al menos admites que me falta dignidad.

—No he dicho eso.

—Pero lo pensaste.

—No —él tuvo que apartar la mano para girar. Jenna observó su perfil y vio que se ponía serio.

—¿En qué piensas?

—Es tan extraño, la gente que se acercó a ofrecerme sus condolencias. ¿Por qué? No la conocía de verdad.

—Es lo que las personas hacen en los funerales, es una muestra

de apoyo, de informarte de que se preocupan.

—Eso lo comprendo, pero me resultó extraño. No dejé de pensar quién era ella. ¿Qué diablos pasaba por su cabeza?

—Creo que… era una buena mujer.

Que tuvo que tomar una decisión dura, le contó una gran mentira a alguien a quien amaba mucho y luego nunca supo cómo revelarle la verdad.

Mack rió sin humor.

—Supongo que ahora podemos pensar lo que nos dé la gana, ¿verdad? No está aquí para demostrarnos que nos equivocamos.

—Era una buena mujer, Mack. Lo sé. Después de todo, Alee la amaba. Un hombre como él sólo podría amar a alguien bueno… y sé que ella te quería. No me cabe ninguna duda.

La miró con expresión de duda y pesar. Pero guardó silencio. Poco después llegaron al hotel.

En cuanto entraron en la *suite*, la abrazó y enterró la cabeza en la curva de su cuello. Ella lo rodeó con los brazos. Los labios de Mack se deslizaron por su piel mientras tanteaba en busca de los pocos pasadores con los que se sujetaba el pelo. Se los quitó, haciendo que le cayera sobre los hombros.

—Ya —susurró—. Sí…

Jenna echó la cabeza hacia atrás y le ofreció los labios. Él reclamó su boca.

Ella se entregó al beso, entendiendo la necesidad de él en ese momento… de tocar, de sentir, de buscar vida. Gimió cuando su lengua se unió con la suya.

Comenzó a desvestirla, sin romper el beso mientras la conducía hacia su dormitorio. Dejaron un rastro de ropa hasta el borde de la cama. Tuvieron que separarse para quitarse lo demás: los zapatos, los calcetines y los calzoncillos Mack, y las braguitas y el sujetador Jenna.

Él sacó un preservativo del cajón de la mesita de noche. Ella se lo colocó. Cayeron juntos sobre la cama.

Jenna terminó arriba. Cuando lo guió hacia su interior, ambos mantuvieron los ojos abiertos. Las cortinas estaban cerradas, la habitación en penumbra y fresca. Se movió encima de él, deseando poder transformar las viejas heridas en puro júbilo.

Lo sintió palpitar y encontrar liberación dentro de ella. Jenna no

trató de alcanzar un clímax propio, simplemente se relajó sobre su cuerpo, acomodando la cabeza en el hueco de su hombro, sonriendo mientras Mack la abrazaba.

Giró la cabeza y pegó los labios contra su mejilla.

—Ha sido un día duro —él mostró su acuerdo con un sonido perezoso mientras le acariciaba el pelo—. Y mañana estaremos en Florida —le recordó con ternura pasaremos el resto de nuestras dos semanas haciendo lo que tú quieras.

—Hmm. ¿Lo que yo quiera?

—No tientes a la suerte —le mordisqueó el sitio que acababa de besarle.

Una hora más tarde aún seguían en la cama cuando sonó el teléfono. Mack contestó, luego le pasó el auricular a ella.

—Es tu hermana.

—¿Lacey?

—Oh, Dios, Jenna —sonaba como si fuera a estallar en sollozos —. Por favor, no me odies…

—¿Odiarte? Lacey, ¿de qué hablas?

—Es Byron —repuso su hermana—. Se escapó. No tengo ni idea de adonde ha ido.

Capítulo 13

—¿Que Byron no está? —preguntó consternada. Pensó en lo extraña que había sonado su hermana la última vez que hablaron—. ¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

—El miércoles, te juro que entonces estaba aquí.

—¿Y desapareció…?

—Ayer. Vine a casa para darle de comer y no pude encontrarlo.

—¿Te has fijado en todos los armarios? ¿Y en la alacena? A veces…

—Te lo juro, Jenna. He mirado por todas partas. De algún modo debió salir, aunque no sé cómo lo logró. En ningún momento he dejado una puerta abierta —soltó un gemido—. Sé lo que estás pensando, y tienes razón. No le presté suficiente atención. He estado… bueno, los últimos días han sido… digamos que no he estado mucho tiempo en la casa.

—¿Qué pasa? ¿Dónde has estado?

—Oh, Jen. Es… Creo que será mejor que hablemos de ello luego. Ahora mismo, hay más cosas que debes saber.

—¿Cuáles? —Se apoyó en el cabecero.

—Hmm. Verás, hoy… pensé que lo oí en el desván… —hizo una pausa y soltó otro gemido.

—¿Te pareció que habías oído a Byron en el desván? —Se irguió.

—Sí.

—¿Y?

—Subí.

—¿Y?

—Pensé que había vuelto a oírlo, en el rincón, ya sabes, encima del dormitorio de la primera planta, el de la parte delantera de la casa.

—Sí, conozco el sitio.

—Ahí el desván no tiene suelo, sólo esas vigas grandes y el techo del dormitorio de abajo y…

—¿No te habrás…? —Imaginó a situación.

—Sí. Mi pie atravesó el suelo. El médico dijo que el hueso se astilló. Y además dejé un buen agujero en el techo. Tendrías que verlo. Es un lío.

—Olvídate del techo. ¿Cómo estás tú? ¿Cómo conseguiste salir del desván?

—No fue agradable, pero lo logré.

—¿Y luego?

—Llamé al hospital, vinieron y me llevaron al Meadow Valley Memorial. Me sacaron unas radiografías, me vendaron el pie y me dieron unas muletas. Me mandaron a pasar la noche a casa, pero mañana a las dos debo volver para que me operen —gimió un poco más—. No quería llamarte, pero pensé que sería lo mejor. Me va a costar ir a la tienda para cerrar la caja; y luego está Byron…

—¿Dices que ahora te encuentras en casa?

—Sí. Hasta mañana.

—¿Hay alguien para ayudarte?

—Estuvieron Mira y Maud. Me prepararon la cena y la cama en la planta baja. Mira prometió volver mañana para llevarme al hospital.

—Entonces, ¿para esta noche estás bien?

—Sí, sí, estoy bien. Puedo moverme con las muletas si es necesario, y me han dado unos analgésicos, así que no me duele mucho.

—Mañana estaré allí, en cuanto pueda tomar un avión.

—Oh, Dios, lo he estropeado todo, Jenna. Lamento tanto el lío que he armado. Y el pobre Byron… Sé que volverá pronto, lo sé. Me siento tan culpable, me siento como una idiota…

—No te preocupes. Te veré mañana, lo prometo.

—Mack McGarrity probablemente contrate un asesino para librarse de mí.

Lo miró y lo vio tumbado de costado mirándola. Tenía el ceño fruncido desde que oyó que Byron no estaba… gesto que se acentuó al oír que Jenna iba a regresar en el primer vuelo.

—¿Qué diablos sucede? —quiso saber.

Jenna le indicó que se callara y volvió a hablar con su hermana.

—Hablo en serio. Deja de preocuparte, estaré allí. No creo que esta noche, ya que es demasiado tarde, pero mañana, lo más pronto que pueda.

—De acuerdo. Lo siento mucho.

—Relájate, nos veremos pronto.

Lacey musitó un adiós compungido y colgaron.

Mack se sentó y cruzó los brazos.

—¿Y bien?

—Byron ha desaparecido y Lacey se ha roto el pie. He de regresar de inmediato.

Mack guardó silencio.

Pensaba que el maldito gato terminaría por regresar solo a casa. Bub sabía cómo cuidar de sí mismo.

¿Y Lacey no estaba con unas amigas que iban hacerse cargo de ella?

Pero la expresión de Jenna le indicó que pensaba volver. No tenía sentido que se enfadaran por intentar convencerla de lo contrario.

—Mack —dijo contrita—, lo siento mucho. Tus dos semanas en el paraíso parece que no van a salir según lo habías planeado.

—Me voy contigo.

—¿Estás seguro? Podríamos…

—He dicho que voy contigo —ni la dejó sugerir una alternativa.

—De acuerdo. Si estás convencido de que es lo que quieres hacer.

Llegaron al aeropuerto de Sacramento a las diez de la mañana siguiente. Mack tenía otro coche de alquiler listo.

Eran las once pasadas cuando arribaron a la casa que había en lo alto de West Broad Street, en Meadow Valley. Mack aparcó detrás de un Cadillac azul oscuro.

—Parece que tu hermana tiene compañía —miró a Jenna.

—Sí —tragó saliva—. Es el coche de Logan.

—¿Qué hace aquí? —Apagó el motor.

—No lo sé. Supongo que se enteraría de que Lacey se lastimó. Siempre se ha considerado una especie de hermano mayor de ella, imagino que quería comprobar que se encontraba bien.

Mack no se mostró satisfecho con la explicación.

—¿Crees que sabe que volvías esta mañana?

—No tengo ni la más remota idea de lo que sabe Logan sobre toda la situación.

—No me gusta.

—¿Podemos entrar, por favor? Sentados aquí no nos enteraremos de nada.

—Perfecto.

Con las maletas en la mano se dirigieron hasta el porche delantero.

Una vez allí, ella dejó las cosas en el suelo, sacó las llaves del bolso y abrió. Luego asomó la cabeza y llamó en voz alta:

—¡Hola! ¿Lacey?

—¡Estamos aquí atrás! —respondió ella tras unos momentos de silencio.

Jenna se volvió hacia Mack, de pie en el porche detrás de ella.

—Están en el salón de atrás.

Él se encogió de hombros.

Jenna abrió la puerta del todo, recogió sus maletas y entró en la casa.

—Hmm, deja todo aquí.

Depositaron las maletas a la izquierda de la puerta. Luego no quedó nada más que hacer salvo ir a buscar a su hermana y a Logan a la parte de atrás de la casa.

—Por aquí.

Encontraron a Lacey sentada en la vieja mecedora con la pierna rota apoyada sobre el sofá, encima de unos cojines. En el suelo había un par de muletas. Logan se hallaba junto a la chimenea. Apretaba con fuerza la mandíbula y sus ojos oscuros centelleaban con lo que parecía ira. También Lacey daba la impresión de estar agitada. Tenía las mejillas sonrojadas.

Nadie habló durante tres larguísimos segundos. El silencio rebotó en las paredes. Jenna miró a Mack, quien a su vez estudiaba a su hermana y a Logan.

—¡Has llegado muy pronto! —exclamó Lacey con demasiada

viveza.

—En realidad, no tanto —frunció el ceño. La había llamado desde el aeropuerto para decirle que tardaría aproximadamente una hora.

—Bueno, quiero decir, no te esperaba… Es que… —Movió una mano—. Oh, no importa. Hmm, hola, Mack. ¿Cómo estás?

—Bien.

—¿Os acordáis… el uno del otro? —Lacey abarcó a Mack y a Logan.

Los dos intercambiaron unas sonrisas secas.

—Hmm, Logan se enteró de que me había lesionado. Vino a ver cómo estaba —la sonrisa se tornó más amplia y se ruborizó aún más —. ¿No es verdad, Logan?

—Es verdad —titubeó antes de reconocerlo con hosquedad. Se dirigió a Jenna—. La va a operar Jeb Leventhal. Es el mejor cirujano. Se pondrá bien.

Jenna esbozó una sonrisa que probablemente era tan falsa como la de Lacey.

—Me alegro.

—Bueno. —Logan carraspeó—. Creo que será mejor que me vaya.

—Sí —la ansiedad de Lacey era manifiesta—. Será mejor que te vayas.

Logan le hizo un gesto con la cabeza a Mack y le sonrió a Jenna.

Dios, qué situación incómoda. Los cuatro sonriendo y asintiendo en un pesado silencio.

Al final Logan dio media vuelta y se fue.

Nadie habló hasta oír cómo se cerraba la puerta de entrada. Por ese entonces Lacey ya no sonreía. Suspiró.

Jenna se acercó a su lado, le apartó el pelo de la cara y le dio un beso en la sien.

—¿Te duele? ¿Puedo traerte algo?

—No, me encuentro bien. Me duele, pero hace media hora tomé codeína. Me encuentro bien —se mordió el labio—. Byron aún no ha aparecido.

—Lo hará pronto. Ya lo verás.

—Soy una…

—Lace, relájate, ¿quieres?

—He dormido aquí —indicó el sofá cama con las sábanas revueltas, testimonio de una noche inquieta—. Me cuesta mucho subir y bajar.

—Lo mejor será trasladarte a mi habitación. —Jenna tenía el dormitorio principal de la planta baja.

—No. Aquí estoy bien. Me sentiría peor si te saco de tu habitación.

—Lacey, no pasa nada, de verdad. Arriba hay tres dormitorios. Puedo ocupar uno, no hay problema.

—Sí, quizá el que tiene el agujero en el techo.

—Para ya. Un agujero en el techo no es nada.

—Quédate en tu cuarto. Lo digo en serio. ¿Y quieres dejar de atenderme? —Miró a Mack, que esperaba con los brazos cruzados cerca de las escaleras que conducían a la primera planta—. ¿Te vas a quedar, Mack?

—Sí.

—Entonces indícale a mi hermana que debería ayudarte a meter las maletas o algo así, ¿quieres?

—Jenna deberías ayudarme a meter nuestras maletas. O algo así.

—Adelante. —Lacey movió otra vez la mano—. Id a meter las maletas. Estoy bien —alzó el teléfono de la bandeja que tenía al lado—. Llamaré a Mira para decirle que ya no es necesario que me lleve al hospital.

—Llama si…

—Lo haré, lo haré. —Lacey marcaba el número—. Y ahora marchaos, por favor.

Jenna condujo a Mack a la puerta de entrada. Pero una vez tuvo las maletas en las manos, permaneció quieta, indecisa.

—Compartiré tu cuarto y tu cama —repuso Mack—. Dudo de que tu hermana se sorprenda si se entera.

Ella se volvió y lo guió hacia donde quería ir.

—Me gusta —comentó al dejar la maleta sobre la alfombra de color azafrán. Miró en derredor con expresión de aprobación ante los muebles oscuros, las paredes claras y la colcha de terciopelo rojo sobre la cama con dosel.

A Jenna el corazón le latía demasiado deprisa. De algún modo, se sentía tan… vulnerable con él en su dormitorio, que una vez

había sido el de sus padres y luego sólo de su madre.

Era extraño, pero había desfilado desnuda delante de él en la *suite* del hotel de Long Beach y le había resultado tan fácil y natural como respirar. Pero estar allí de pie, completamente vestida, con las maletas entre los dos, hacía que se sintiera desnuda y muy incómoda.

—Te… vaciaré un par de cajones de la cómoda. Y en el armario hay espacio para lo que puedas querer colgar. ¿Por qué no vas a buscar el resto de las maletas y…?

—Jenna —su voz era como la seda. Sus ojos sabían demasiado.

—Yo… ¿Qué?

Rodeó las maletas y se acercó. Mucho. Alzó una mano y la tocó.

—Te tiembla el labio superior. ¿Estás nerviosa?

—Sí. Por algún motivo, lo estoy.

—Jamás pensaste que iba a estar contigo en tu dormitorio, ¿verdad?

Era cierto, nunca lo había pensado.

Pero había soñado con él. Sueños como aquél en que flotaban en una cama blanca, desnudos…

Él bajó la mano por la mandíbula hasta abrir un surco sobre su cuello.

—Mack…

—¿Qué? ¿Temes que te eche sobre esa cama grande y te haga el amor ahora?

Ella le tomó la mano antes de que pudiera ir más lejos; luego la besó en un gesto que ambos reconocieron como apaciguador.

—Es que… me resulta extraño tenerte aquí. Cuando estábamos juntos viniste solo una vez, ¿lo recuerdas?

—Las primeras navidades que pasamos juntos. Dormimos en aquel cuarto de arriba, al fondo del pasillo.

—Mi habitación. O lo era hasta que mi madre murió —le soltó la mano—. Odiabas Meadow Valley.

—Temía que intentaras atraparme aquí… No pongas esa expresión. En aquella época, para mí trasladarnos aquí habría sido una trampa. Y tú no parabas de insinuarlo, ¿lo has olvidado? Y no era lo que yo tenía en mente.

—Lo sé. Buscabas ser socio en un gran bufete.

—Y lo único que tú deseabas era volver a tu ciudad natal.

—Es verdad.

—Y al final terminaste por regresar, ¿eh?

—Sí.

—Y hay algo más que te molesta, aparte de que me encuentre en tu habitación y de los recuerdos desdichados de cómo éramos. ¿De qué se trata?

Se apoyó en el extremo de la cama y descansó la mejilla contra uno de los postes altos y tallados.

—Imagino que toda esta situación te resulta rara. Volver a casa en vez de ir a Cayo Oeste. Encontrarme otra vez con Logan. Y algo sucede con Lacey, ¿lo has notado? Algo más aparte del pie roto y la desaparición de Byron —él se encogió de hombros y esbozó el fantasma de una sonrisa—. ¿Qué? —Lo miró con el ceño fruncido —. ¿Sabes algo que yo desconozco?

—Es sólo una conjetura.

—Dímela.

—Me da la impresión de que tu ex novio ha ido más allá del papel de hermano mayor con tu hermana pequeña.

—¿Ha ido más allá…? —Se quedó boquiabierta. Luego la cerró —. ¿Quieres decir…? No. Ellos dos no. Ni en un millón de años. Lacey comentó que quizá lo llamara después de que tú y yo nos marcháramos de la ciudad, para ver si se encontraba bien, pero…

—Pues parece que lo ha hecho. Y he de decirte que es estupendo. Cualquier cosa que distraiga al buen doctor de su devoción por ti la apruebo.

—Pero Mack… ¿Logan y Lacey? No lo imagino.

—Hay dos maletas más en el coche —se encogió de hombros—. Iré a buscarlas.

Jenna lo miró mientras salía al pasillo.

Tendría que preguntárselo a Lacey… cuando se presentara la oportunidad, desde luego. Después de que la operaran, cuando estuvieran solas.

Aún seguía de pie en el mismo sitio cuando Mack regresó con el resto de las maletas. Al verlo decidió ponerse en marcha y le vació unos cajones de la cómoda.

La operación de Lacey fue bien. Aquella noche tuvo que quedarse en el hospital, pero el doctor Leventhal prometió que el domingo por la mañana podría volver a casa.

Mack y Jenna se marcharon poco después de las siete. Al llegar a casa, ella preparó una cena de pasta y ensalada. Incluso abrió una botella de buen vino tinto que había estado reservando.

Juntos recogieron la mesa. Y luego fueron al dormitorio.

Por ese entonces ya se le había pasado la sensación de extrañeza de tener a Mack en la casa en la que había crecido. Todo había vuelto a ser natural entre los dos. Natural, normal y más hermoso que nunca. Hicieron el amor despacio, alargando el placer.

Luego se dieron un baño. Ella se sentó entre sus piernas y se apoyó contra su pecho.

—Esto es el cielo —suspiró Jenna.

Él mostró su acuerdo, con un murmullo y las manos bajo el agua, haciendo cosas que no tardaron en provocarle gemidos.

Al rato regresaron a la cama y se quedaron dormidos alrededor de la medianoche.

Jenna despertó pasadas las dos. Miró el techo, convencida de que había oído el sonido bajo y ronco del maullido peculiar de Byron.

Ningún otro gato maullaba como el suyo. Lo hacía en tan contadas ocasiones, que siempre le salía áspero, como si sus cuerdas vocales ya hubieran olvidado cómo emitir el sonido adecuado.

Volvió a sonar.

Se sentó en la cama.

—¿Hmm? —Mack se volvió y la miró con los ojos entrecerrados en la oscuridad.

—Me pareció oír a Byron.

—¿Dónde? —Se sentó a su lado, despierto.

—No estoy segura —apartó la colcha—. Creo que fuera de la puerta de la habitación. En el pasillo.

La camisa que Mack se había puesto el día anterior yacía sobre la silla. La recogió. La cubría hasta la mitad de los muslos.

Mack tardó un minuto en ponerse los calzoncillos. Luego la siguió al pasillo.

Jenna encendió la luz. Nada.

—¿Podríamos echar un vistazo? —preguntó.

—¿Por qué no?

Buscaron en los dos salones, en la cocina y en el cuarto de la lavadora, incluso en el office bajo la escalera.

—Vamos a ver arriba —sugirió ella al agotar todas las posibilidades de la planta baja. Mack no se opuso.

Al llegar a la primera planta, Jenna cruzó el rellano y entró en el primer dormitorio seguida por él.

Encendió la luz y durante un momento contemplaron el agujero en el techo por el que había pasado el pie de Lacey. Tomó nota mental de llamar a alguien el lunes para que lo reparara.

Miraron bajo la cama, en el armario, bajo el escritorio y las mesitas de noche. Incluso en los cajones de la cómoda. Nada.

—¿Crees que podría estar ahí arriba? —Mack se hallaba en el centro de la habitación mirando hacia el techo—. Quizá es verdad que Lacey lo oyó.

Decidieron comprobarlo. Jenna buscó una linterna y subieron al desván. Apartaron cajas y muebles antiguos, pero no descubrieron rastro de Byron.

Al bajar a la primera planta, repasaron el resto de los cuartos por si acaso. Cuando ya no quedó nada por revisar, regresaron al cuarto de baño del dormitorio de Jenna. Ella se sentó en la bañera quitándose el polvo del desván de los pies y las manos. Luego se lavó la cara. Mack aguardó hasta que terminó, después se lavó él.

Luego volvieron a meterse en la cama y Mack la abrazó.

Ella apoyó la cabeza en su pecho. Pasado un rato, le susurró una confesión.

—No creo que lo haya oído de verdad. Me parece que era lo que deseaba —sintió los labios de Mack en su pelo y preguntó—: ¿Crees que lo encontraremos alguna vez?

—Diablos, Jenna. ¿Cómo voy a saberlo?

—No importa que lo sepas —alzó la cabeza para mirarlo en la oscuridad—, di que sí.

—De acuerdo. Sí —con el dedo pulgar le secó las dos lágrimas que caían por sus mejillas.

—Creo que ya puedo volver a dormir.

—Te amo, Jenna —susurró con voz infinitamente tierna—, siempre te he amado.

—Lo sé, Mack. Yo también te amo.

—El amor no bastó antes, ¿verdad?

—No.

—¿Sería suficiente ahora? —Algo en la voz de él le indicó que

sonreía—. Éste es tu turno de decir que sí, aunque no conozcas la respuesta.

—Sí —volvió a alzar la cabeza, él le besó la punta de la nariz. Jenna preguntó con cautela—: ¿Estás listo… para hablar de ello ahora? ¿De las cosas que quiere cada uno de nosotros? ¿Si podemos hacer que nuestras vidas vuelvan a encajar?

—Ahora no —volvió a acomodarle la cabeza sobre el pecho—. Nos queda una semana y un día de nuestro acuerdo original. Aprovechémoslos al máximo. Al final ya podremos hablar de todo.

Capítulo 14

Al día siguiente, domingo, llevaron a Lacey a casa. El médico dijo que pasarían varias semanas antes de que pudiera moverse sin la ayuda de las muletas.

Mack la llevó en brazos a casa. Se hallaba atontada por los analgésicos y se quedó dormida en cuanto él la depositó en el sofá-cama
. Jenna y él salieron de puntillas y cerraron las puertas.

Lacey durmió mucho los siguientes dos días. Jenna se cercioró en todo momento de que se hallaba cómoda, de que tenía todo lo que necesitaba.

Pero su hermana no dejaba de insistir en que se encontraba bien. Sabía cómo usar las muletas en caso necesario. Podía ir al cuarto de baño y a la cocina con bastante facilidad.

Trataba de mostrarse ecuánime, pero Jenna podía ver la preocupación en sus ojos. Sus planes habían sido tomarse un par de semanas libres, para luego volver al sur de California y buscar trabajo. Pero daba la impresión de que ese tiempo podía alargarse algunos meses. Tuvo que llamar a su compañera de piso de Los Ángeles e indicarle que buscara a alguien que la ayudara a pagar el alquiler.

Además, Lacey había dejado que se venciera su seguro médico después de perder su último trabajo de camarera. Para pagar la operación tuvo que recurrir al dinero que le había dejado su madre. Jenna se ofreció a ayudarla, pero su hermana no quiso saber nada del asunto.

Intentó no preocuparse, pero la fachada alegre que exhibía no era muy convincente. Lacey tenía ojeras. Y tampoco dedicaba mucho esfuerzo a la higiene personal. Su magnífico pelo rubio lo llevaba sucio y descuidado.

En dos ocasiones Jenna intentó sacar el tema de Logan. Las dos veces su hermana meneó la cabeza.

—Déjalo estar, Jenna. Simplemente… déjalo estar.

—Si alguna vez quieres hablar de ello, sabes que me tienes aquí.

—Gracias, pero no hay nada de qué hablar.

Hizo que arreglaran el agujero del techo y ella misma se encargó de pintarlo. Mack tenía asuntos propios de los que ocuparse. El lunes salió para comprar un ordenador completo. Lo montó en uno de los cuartos libres de la primera planta. Dedicaba algunas horas del día a estar allí conectado a Internet, sin duda siguiendo el desarrollo de sus acciones.

Aunque la mayor parte del tiempo Jenna y Mack consiguieron estar juntos, y una parte lo dedicaron a buscar a Byron.

Llamaron al refugio municipal de animales perdidos. Hicieron imprimir carteles con la foto de Byron, la dirección y el teléfono en que ofrecían una recompensa. Pegaron los carteles por todo el vecindario, e incluso llamaron a muchas puertas para preguntar si habían visto algún gato negro. Sin éxito.

Después de hacer todo aquello, se dijeron que Byron aparecería en cualquier momento.

Y se concentraron en pasarlo bien, en aprovechar al máximo los momentos de que disponían. Fueron a pasar algunas noches a Sacramento, donde comieron en buenos restaurantes, fueron al teatro una noche y al cine la siguiente. Luego regresaron al pie de las montañas pasada la medianoche para disfrutar de lo que quedaba de oscuridad en la cama de Jenna.

Se ciñeron al acuerdo que habían establecido de hablar sobre su relación pasadas las dos semanas. En ocasiones Jenna meditó sobre la reticencia mutua que mostraban para discutir sobre su futuro. Pero no se permitió pensar mucho en ello. Los momentos adorables que compartían eran finitos. No quería perder ni un minuto en reflexionar sobre las diferencias que podían separarlos.

A la mañana siguiente, cuando Jenna y Mack se movían con sigilo por la cocina tratando de prepararse el desayuno sin despertar

a Lacey, ésta llamó desde el otro lado de la puerta.

—Podéis dejar de susurrar y reír en voz baja. Estoy despierta.

—¿Quieres café? —preguntó él.

—Sí. Solo, por favor.

Jenna se lo llevó.

Lacey estaba sentada apoyada en el respaldo del sofá.

—Gracias, me vendrá bien —bebió un sorbo—. Hmm —rodeó la taza con ambas manos—. He tenido una idea…

—Cuéntamela —se quitó los zapatos y se sentó en la cama.

—¿Te acuerdas de aquellos viejos biombos, que hay en el desván, de madera de teca y papel de arroz con motivos botánicos en el centro de cada panel?

—¿Qué pasa con ellos?

—¿Crees que entre Mack y tú me los podríais bajar?

—¿Qué piensas hacer con ellos?

Lacey desvió la vista hacia un rincón de la estancia, donde el sol penetraba por los ventanales junto a la chimenea.

—La luz no está mal en ese rincón. Quiero formar una especie de estudio ahí. Montar el caballete que me compró Mack y colocar dos sillas, una para sentarme y la otra para apoyar la pierna. Usaré los biombos para dividir el espacio. Ya sabes cómo soy cuando trabajo en algo. No me gusta que nadie se asome la cabeza.

Jenna apoyó la mano en la de su hermana.

—Te los bajaremos inmediatamente después de desayunar.

Lacey dejó la taza en la mesita que tenía a la izquierda de la cama y apoyó la cabeza en el hombro de Jenna.

—Debo aprovechar todo el tiempo del que dispondré.

—Sí.

—¿Sabes? Mack ha cambiado —musitó—. Cuando estuvo aquí hace tantos años, creo que en ningún momento me dedicó más de dos palabras. Hola y adiós, eso fue todo. No estaba interesado… en una cría problemática, aunque esa cría fuera tu hermana. Pero ahora ya no es el mismo bastardo que recuerdo con tanto cariño.

—Sí, ha cambiado —rió entre dientes.

—Y bien. —Lacey alzó la cabeza—. ¿Os vais a casar… o permaneceréis casados… o lo que sea?

—Todavía no lo sé.

—¿Cuándo lo sabrás?

—El domingo o el lunes. Entonces hablaremos. Y hasta ese momento, vamos a estar juntos y a disfrutar de cada minuto.

—La gente debería hacer eso más a menudo… me refiero a estar junta y disfrutar —apartó la vista. Luego suspiró y volvió a apoyar la cabeza en el hombro de su hermana—. Hueles bien —se apartó y se tocó el pelo con gesto crítico—. No me lo he lavado en unos cuantos días, ¿verdad?

—¿Tanto? —preguntó Jenna con tono ligero.

—Eres insoportablemente considerada. —Lacey esbozó una mueca.

—¿Ha sido un cumplido?

—Sí, supongo que sí.

Después de desayunar, Lacey desapareció en el cuarto de baño que había bajo la escalera. Al salir olía a sales de baño y el cabello había recuperado su antiguo lustre. Mientras tanto, Jenna y Mack habían bajado los biombos, que emplearon para aislar la zona que Lacey iba a utilizar como estudio.

Después de indicarles cómo quería las sillas, les dijo que se largaran.

—Y no os asoméis —les pidió a los dos, aunque mirando a Mack —. Quiero tener la certeza de que nadie va a mirar lo que hago hasta que me encuentre lista para mostrarlo.

—¿Qué es lo que quieres, un juramento firmado con sangre? —Gruñó él.

—Vamos, largaos, los dos. Dadme algo de espacio y silencio para trabajar. Ellos obedecieron gustosos.

El viernes pasó muy deprisa. Lacey dibujó en la mecedora y luego desapareció durante horas detrás de los biombos.

El sábado amaneció brillante y cálido, casi podría haber sido un día de verano.

Jenna preparó un picnic. Mack y ella se pusieron unos vaqueros y unas botas y volvieron a dirigirse hacia las montañas. Encontraron un camino comarcal y lo siguieron hasta que el pavimento cedió ante la tierra. Entonces bajaron la cesta y una manta y empezaron a caminar entre los pinos. El sendero que eligieron serpenteaba ladera arriba.

Encontraron un pequeño claro con un arroyo borboteante a unos metros de distancia. Extendieron la manta y almorzaron. De postre,

ella había llevado unas galletitas de chocolate.

—Tienes azúcar en la boca —indicó él cuando terminó de comerse una galleta.

Jenna le ofreció una sonrisa tentadora que hizo que Mack la tumbara sobre la manta. La besó y le pasó la lengua sobre los labios para lamerle el azúcar.

—Es el beso más dulce que me han dado —rió entre dientes.

Volvió a besarla y ella cerró los ojos. Sintió como si flotara, de forma parecida al sueño. Si pudieran flotar de esa manera para siempre…

Al rato Mack se apartó. Posó la mano en la mejilla de Jenna, que giró la cabeza y le besó la palma.

—Un día más —susurró él.

Ella suspiró y el sonido dio la impresión de que también salía de los árboles que los rodeaban.

—Sí. Un día… —Le tocó la cara y se preguntó por qué se sentía tan triste al pensar que las dos semanas se acababan.

Después de todo, en ese momento ambos sabían que había amor. Y durante los últimos y gloriosos días, eso había sido suficiente.

Y ambos habían cambiado durante los últimos años, de manera positiva. Sin duda podrían conseguir que funcionara.

Mack la besó un poco más. Ella lo rodeó con los brazos. Se tumbaron sobre la manta y lo besó con más pasión para desterrar sus dudas tontas.

Poco después el viento se tornó más fresco. Las nubes hicieron acto de presencia. Recogieron y comenzaron a bajar por la colina.

La lluvia empezó a caer justo al llegar al coche… y terminó poco después de arribar a la casa. Las puertas de Lacey estaban cerradas, lo que significaba que no quería que la molestaran. Se retiraron al dormitorio, se descalzaron y se tumbaron en la cama para continuar lo que había interrumpido la tormenta.

Se besaron y desearon que el día siguiente no llegara nunca. Que eso continuara para siempre, con ellos dos juntos durante días largos y ociosos, hablando y riendo y haciendo el amor despacio, con ternura.

Cuando sonó el timbre, aún tenían puesta la mayor parte de la ropa.

—¿Quién será? —Mack alzó la cabeza.

—No lo sé. Quizá Lacey espera a alguien.

Jenna se sentó y alargó la mano hacia la blusa que Mack había tirado al pie de la cama. Se la puso y comenzó a abotonarla. Él se tumbó de espaldas y se quedó mirándola con las manos apoyadas bajo la cabeza. Ella contempló con mirada soñadora su torso desnudo, los músculos poderosos de sus brazos doblados.

—Vuelve pronto —él sonrió.

—Sabes que sí.

Abrochado el último botón, se la metió por debajo de los vaqueros. Se inclinó para darle un último beso antes de ir descalza hasta la puerta.

El visitante era un niño que nunca antes había visto.

Parecía tener diez años y sostenía un monopatín viejo bajo el brazo. Lucía una gorra de béisbol sucia y unos pantalones cinco tallas más grande, cortados a la altura de las rodillas. La camiseta también era muy grande. Los pies, sin calcetines, estaban enfundados en unas zapatillas de color negro sin atar.

Jenna miró más allá de él. No había nadie más. El niño parecía estar solo.

—¿Sí? —inquirió con cautela.

Tenía un papel en la mano libre. Lo alzó y Jenna comprobó que se trataba de uno de los carteles que Mack y ella habían pegado por todo el barrio.

—Aquí pone que hay una recompensa por el gato.

Capítulo 15

—¿Tienes mi gato? —La esperanza hizo que el corazón le palpitara más deprisa.

—Primero quiero saber de cuánto es la recompensa.

—Pero ¿lo tienes?

—Tal vez.

Jenna respiró hondo para serenarse y sosegar las palpitaciones. No conocía a ese chico. No parecía muy de confianza.

—O lo tienes o no lo tienes. ¿Qué eliges?

—Depende —el chico doblaba el cartel—. ¿De cuánto es la recompensa?

—¿Qué sucede? —Era Mack. Se había puesto la camisa, pero los pies, igual que los de Jenna, seguían descalzos—. ¿Tienes al gato? —Inmovilizó al niño con mirada acusadora.

El chico se guardó el papel en el bolsillo y comenzó a retroceder.

—Espera —pidió ella—. Sólo queremos saber…

Pero Mack lo había asustado. El niño dio media vuelta y salió corriendo.

—¡Páralo! —gritó Jenna—. ¡Tiene a Byron!

Mack no titubeó. Pasó a su lado y bajó los escalones, Jenna lo siguió. El chico ya había saltado la cancela.

Mack la saltó en el momento en que el otro se subía al monopatín. Antes de que pudiera largarse, logró asirlo por aquella camiseta demasiado grande. Tiró con fuerza, haciéndole perder el equilibrio. El monopatín salió volando y el niño trastabilló hacia atrás y cayó en brazos de Mack.

—¡Eh, suélteme! ¡Suélteme! —El monopatín se deslizó por la acera cuesta abajo—. ¡Será mejor que me suelte ahora mismo!

Mack se lo pasó bajo el brazo y dio la vuelta hacia la cancela en el momento en que el monopatín se desviaba hacia el césped a varias casas de distancia.

—¡Mi monopatín! —gritó el chico, agitando los brazos y las piernas, que eran más bien flacos—. Suélteme. ¡He de recuperar mi monopatín!

Para entonces, Jenna había empezado a reconsiderar la sensatez de enviar a Mack en pos del chico.

—Mack, quizá deberías soltarlo. No creo…

—¡Ayuda! —gritó el niño—. ¡Secuestradores! ¡Violadores! ¡Qué alguien me ayude!

—Mack. —Jenna hizo una mueca—. Creo que será mejor…

—¡Me han atrapado! ¡Me van a matar!

Mack soltó un juramento, pero bajó al chico al suelo. En cuanto sus pies se posaron en la acera, emprendió la carrera.

—¿Qué me dices de la recompensa? —gritó Mack—. Es de diez mil dólares.

Jenna se quedó boquiabierta. Era mucho dinero, incluso para un gato tan maravilloso como Byron.

El otro frenó en seco y se volvió despacio.

—La recompensa —repitió Mack—: diez mil dólares por el gato.

El joven lo miró durante varios segundos. Luego dio la vuelta y fue a recoger su monopatín. Se lo colocó bajo el brazo y observó otra vez a Mack.

—Nadie paga tanto dinero por un viejo gato negro.

—Yo sí.

—¿Porqué?

—Porque me lo puedo permitir. Y quiero recuperar al gato.

—¿Eres rico?

—Sí. Soy rico.

—Escucha. Yo no lo robé; simplemente apareció y se quedó conmigo. Le di de comer, pero no está prisionero, podría irse si, quisiera.

—Díez mil —repitió Mack—. ¿Dónde está?

El chico se quitó la gorra, la contempló y volvió a ponérsela.

—Espero que sea de verdad.

—Es de verdad —corroboró Mack—. ¿Cómo te llamas? —El niño guardó silencio—. Vamos, tu nombre.

—Riley —musitó.

—Muy bien, Riley. Recibirás diez mil dólares si nos devuelves al gato.

Riley se esforzó por no mostrarse impresionado, aunque el entusiasmo le hacía brillar los ojos.

—De acuerdo —aceptó al final—. Trato hecho.

—Ésta es Jenna. Yo soy Mack. ¿Por qué no pasas dentro mientras nos ponemos las zapatillas?

—Ni de broma —hizo una mueca desdeñosa—. No entro en casa de desconocidos. Esperaré en el porche.

—Me parece justo.

—¿En serio vas a darle diez mil dólares a ese chico? —preguntó ella cuando llegaron al dormitorio—. No puede tener más de diez u once años.

—¿Qué? ¿Quieres que lo engañe?

—Claro que no. Pero es mucho dinero para entregárselo a un niño.

—Supongo que tendrá padres —terminó de atarse las zapatillas —, o alguien que lo cuide. Podemos darle el dinero a ellos… date prisa. ¿Quién sabe cuánto tiempo nos esperará en el porche?

Riley se negó a meterse en el Lexus.

—¿Entrar en el coche de un desconocido? ¿Creéis que estoy loco? Seguidme. Puedo ir bastante deprisa en mi monopatín.

No exageraba. Voló por West Broad Street, y giró por Hill Street a tanta velocidad que Jenna no fue capaz de contener un jadeo. Continuó sin aminorar. En más de una ocasión estuvieron a punto de perderlo de vista.

Terminaron a las afueras de la ciudad entre casas pequeñas y destartaladas. Juguetes rotos llenaban los patios. Las vallas se veían oxidadas.

Riley giró en uno de los callejones más estrechos y Mack tuvo que frenar detrás de un coche abandonado. El chico se hallaba ante la puerta de una casa desvencijada, con el monopatín bajo el brazo.

Los dos bajaron y fueron a su encuentro.

—Id en silencio —advirtió Riley—. Si la niña está durmiendo, a mi madre no le gustará que la despertéis —un grito prolongado

puso fin a esa preocupación. Hizo una mueca—. Olvidadlo. Está despierta.

Los condujo a una cocina pequeña y sucia donde un bebé sentado en una sillita alta aporreaba con las manitas una bandeja. Una mujer delgada con el pelo oscuro y lacio intentaba darle de comer algo de cereal, aunque el bebé no paraba de gritar y de escupirlo.

Se volvió con expresión de sorpresa cuando entraron, luego entrecerró los ojos.

—Riley. ¿Qué es esto?

—Han venido a buscar a Blackie, mamá —anunció él—. Y pagan una gran recompensa.

El bebé siguió gritando.

La mujer entrecerró aún más los ojos.

—¿Qué recompensa?

—Dinero, mamá. Mucho dinero —el chico alzó la voz para competir con los gritos del bebé y el zumbido del televisor que llegaba desde la otra habitación. Sacó el cartel del bolsillo y lo extendió. Su madre lo aceptó y lo observó dubitativa—. Diez mil dólares —indicó con inconfundible orgullo—. Nos van a pagar diez mil dólares por ese gato, mamá.

La mujer abrió la boca. Luego la cerró con fuerza, estrujó el cartel y lo tiró sobre la mesa.

Meneó la cabeza, se levantó, se acercó al fregadero, recogió una toalla empapada y regresó para limpiar con suavidad la boca de la niña. Una vez hecho, dejó la toalla junto al cartel y levantó al bebé de la sillita. La apoyó sobre el hombro y le dio palmaditas en la espalda.

—Vamos, vamos, Lissa, no llores. Ya está. Ya está… —El bebé soltó unos chillidos más, y luego se calló, hipó algunas veces y se aferró a la mujer con manitas rosadas—. ¿Mejor? —preguntó la madre con ternura—. ¿Ya te sientes mejor? —La pequeña hipó de nuevo y la mujer le dio unas palmaditas más, luego miró con recelo a Mack y a Jenna—. ¿Qué es esto? ¿Diez mil dólares por un viejo gato callejero? ¿A quién creen que van a engañar?

—No engañamos a nadie —repuso Mack con su voz ronca—. Señora…

—Vienen de Cuidados Infantiles, ¿verdad? ¿Se trata de algún

engaño nuevo? ¿Contarle mentiras descabelladas a un chico de once años? Lo llevamos lo mejor que podemos aquí. No necesitamos ninguna trampa, ¿me oyen?

—Por favor —entonces Jenna se adelantó—. Me llamo Jenna Bravo y él es Mack McGarrity, no somos de Cuidados Infantiles. Ese gato negro significa mucho para nosotros, sólo queremos recuperarlo.

El bebé empezaba a llorar de nuevo, su madre lo acunó intentando calmarlo.

—Cariño, cariño, está bien… —Miró a Jenna con el ceño fruncido—. El gato está en la otra habitación. Recójalo y váyanse.

—¡Mamá! —Riley aferró el brazo de su madre—. Podemos quedarnos con el dinero, ¿no? Dijeron que iban a pagar, mamá. Tenemos derecho al dinero.

La mujer se desprendió de su mano y continuó meciendo al bebé.

—Shh, asustas a Lissa. Nadie paga ese dinero por un gato. Dales lo que han venido a buscar y deja que se vayan.

—Pero…

—Riley Kettleman, no quiero tener que repetírtelo.

Riley observó a su madre con ojos rebeldes. Ella lo miró por encima de la cabeza de la pequeña. El niño fue el primero en apartar la vista. Encorvó los hombros delgados. Se volvió hacia Mack y Jenna.

—Venid, está aquí.

Los condujo hasta un salón atestado donde otros dos niños, un chico y una chica, se hallaban sobre la deshilachada alfombra mirando un programa de dibujos animados en el televisor. Byron estaba entre los dos. El gato alzó la vista hacia ellos y bostezó.

—Oh. —Jenna sintió que el corazón se le henchía de júbilo—. Veo que te alegras de vernos, ¿verdad?

Como de costumbre, Byron guardó silencio.

Riley lo alzó en brazos y le rascó detrás de las orejas.

—Vamos a echarte de menos, Blackie —se lo entregó a Jenna. El gato ronroneaba en voz alta por entonces. Ella sonrió ante el sonido familiar.

La chica sentada en el suelo, que probablemente tenía seis años, parpadeó y apartó la vista de las imágenes del televisor.

—Eh, ¿se llevan a Blackie?

—Es de ellos —informó Riley—. Están en su derecho.

—¡Quiero a Blackie! —Los ojos de la pequeña se llenaron de lágrimas.

—No seas tonta, Tina —pidió Riley—. Es su gato y se lo van a llevar.

—No soy tonta. No quiero que Blackie se vaya.

—Quizá consigamos otro gato —ofreció Riley.

—¿Lo ha dicho mamá?

—Yo la convenceré. Pero ahora, despídete de Blackie.

La pequeña se levantó y hundió la cara en el pelaje lustroso de Byron. Luego miró a Jenna con ojos tristes.

—¿Podremos ir a visitarlo alguna vez?

Riley no le dio la oportunidad de contestar.

—Es su gato, Tina. Mamá dice que debemos entregárselo y dejar que se vayan.

—Blackie se va. Adiós…

Jenna alzó a Byron sobre el hombro. El ronroneo zumbó en su oído mientras Riley los llevaba otra vez a la cocina, donde el bebé se sentaba otra vez en la sillita, tranquilo y complacido mientras su madre le daba cereales. La mujer ni siquiera los miró cuando pasaron.

Jenna se detuvo en la puerta, dejando que Mack y Riley la adelantaran.

—¿Seriara Kettleman? —La mujer le lanzó una mirada fría—. Le agradezco que se ocupara de mi gato.

La otra irguió los hombros y sus ojos pasaron de fríos a acusadores.

—No tendría que haber mentido, no tendría que haberle dado esperanzas a mi hijo. Eso probablemente sea lo peor del mundo… la esperanza. Te eleva para luego dejarte caer y estrellarte contra la realidad.

—No fue una mentira. Mack está dispuesto a pagar el dinero que ofreció.

La mujer bufó disgustada, luego se concentró otra vez en el bebé. Jenna titubeó, pensando que debería decir algo más. Pero ¿qué? Era evidente que la madre de Riley Kettleman ya había oído suficiente. Abrió la puerta y abandonó la cocina.

En el exterior, Mack se apoyaba en el Lexus mientras rellenaba un cheque.

Riley se hallaba a cierta distancia, con la cabeza ladeada mientras lo observaba con cautela.

—Mi madre dijo que no aceptara tu…

Mack miró al chico directamente a los ojos.

—¿Quieres el dinero o no?

—Pensé que sería en efectivo —se mordió el labio inferior—. Los cheques pueden rechazarlos. Lo sé.

—Éste no.

—Sí, claro.

—Escucha, este cheque es de un banco nacional. Tienen una sucursal aquí mismo en Meadow Valley. Dile a tu madre que lo presente en esa sucursal, se lo pagarán. —Riley tragó saliva, luego asintió—. ¿Crees que podrás convencerla para que vaya a cobrarlo? —preguntó.

—Creo que sí —asintió otra vez—. ¿Qué podemos perder? Las cosas seguirán igual que ahora o tendremos diez mil dólares que antes no teníamos.

—Bien pensado —se concentró en la chequera—. Su apellido es Kettleman, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cómo se escribe? —despacio, Riley se lo deletreó—. También necesito su nombre.

—Erin. E-r-i-n.

—¿O quizá debería ponerlo a nombre de tu padre? —Mack alzó la vista.

—Como si eso le sirviera a alguien. —Riley irguió la cabeza—. Mi padre está muerto.

Lacey se mostró casi tan feliz como Jenna por el regreso de Byron a casa. Lo abrazó y dejó que la lamiera y ronroneara contento como había hecho con todos.

—Has hecho que me sintiera fatal, chico malo —lo reprendió—. Y aquí estás, como si no hubiera pasado nada —miró a su hermana con expresión radiante—. Tiene buen aspecto.

—Sin duda.

—Deberíamos celebrarlo.

—Estoy de acuerdo —convino Jenna, feliz de ver el color en las

mejillas de su hermana.

—Iré a comprar unos chuletones y unas botellas de vino —indicó Mack.

—Te acompañaré —se ofreció ella.

—No, quédate con tu hermana. No tardaré mucho.

Algo en su tono de voz la molestó. Algo distante, retraído.

—Mack, ¿estás seguro de que no quieres qué…?

Pero él ya iba pasillo abajo.

Se encogió de hombros y dejó que se fuera. Después de hacerle algunos mimos más a Byron, Jenna le contó a Lacey sobre la casita a las afueras de la ciudad donde vivía Riley Kettleman.

Cuando Mack regresó, abrieron una botella de vino. Hicieron varios brindis: por Byron, por Riley, por los misterios del destino. Más tarde, Jenna metió tres patatas en el horno y preparó una ensalada verde. Mack asó en el patio los chuletones hasta dejarlos en su punto justo.

Cenaron en el comedor en la vajilla de porcelana fina.

En más de una ocasión durante la velada Jenna notó que Mack parecía preocupado. Pero en cuanto sus ojos se cruzaban o le formulaba una pregunta, la expresión distante se desvanecía. Terminaba por decirse que eran imaginaciones suyas.

Luego, cuando se retiraron al dormitorio, hicieron el amor con lentitud y de forma perfecta, sin que nada los interrumpiera. Jenna consideró que era el mejor broche para un día especial. Se durmió con una sonrisa, rodeada por los brazos de Mack y con el ronroneo de Byron al pie de la cama.

Sin embargo, tuvo sueños inquietantes.

En uno, Riley Kettleman bajaba en su monopatín por una calle llena de coches, esquivando a los vehículos. Los conductores le tocaban la bocina y pisaban los frenos. Algunos incluso se asomaban por la ventanilla y agitaban el puño y maldecían. Riley no les prestaba atención. Continuaba adelante, temerario y veloz como el viento.

La calle desapareció y vio a la madre de Riley de pie en su pequeña y destartalada cocina, rompiendo el cheque de Mack. Las paredes de la casa se derrumbaron y los trozos del cheque volaron impulsados por el viento otoñal.

Y entonces Jenna y Mack aparecieron flotando sobre la cama

blanca. Estaban rodeados de niebla. Pero no hacían el amor. Simplemente se hallaban sentados, mirándose. Jenna extendió una mano hacia él, pero una barrera invisible se interponía entre los dos. No podía tocarlo.

Lo llamó con voz cada vez más alta y desesperada al comprender que no la oía. La miraba con tanta tristeza, a sólo unos centímetros de distancia… pero, al mismo tiempo, a kilómetros de ella.

Comenzó a llorar.

Las lágrimas le caían por la cara y el pelo cuando abrió los ojos.

Yacía de espaldas, con la vista clavada en el techo. Aún reinaba la oscuridad.

Se secó las mejillas y se volvió para ver la hora.

—¿Jenna? —preguntó él con voz tierna.

Sintió un nudo en la garganta. Mack le tocó el hombro. Volvió a ponerse de espaldas y él se apoyó en un codo para mirarla.

—Es nuestro último día —musitó ella.

—Todavía no —vio sus lágrimas y se las secó con gentileza—. Todavía es de noche.

—Son las tres. Técnicamente, ya es mañana.

—Del mismo modo que técnicamente aún estamos casados —sonrió.

—Sí, Mack, lo estamos. Y debemos hablar.

—Lo haremos.

—¿Cuándo?

—Después del desayuno. ¿Te parece bien?

—De acuerdo —suspiró—. He tenido una pesadilla. No podía llegar hasta ti. Tú te encontrabas ahí mismo… pero no podía tocarte. Y ese chico, Riley…

—Shh —la acercó a él y la acunó contra su cuerpo.

—¿Crees que estarán bien? ¿El chico, su madre… los otros tres niños?

Le apartó el pelo de la mejilla y le dio un beso en la oreja.

—Duérmete, Jenna, duérmete.

—Oh, Mack. ¿Por qué es tan cruel el mundo? —La besó otra vez, pero no respondió—. ¿Mack? Pase lo que pase, quiero que sepas que han sido las mejores dos semanas de mi vida.

—Sí —rió entre dientes—. Fuimos a un funeral en Long Beach, Bub se escapó de casa y tu hermana se rompió un pie.

—Conocimos a Alee y a Lois. Y mi hermana va a ponerse bien, y Byron ya está otra vez en casa. Y creo que hicimos algo realmente importante, creo que… averiguamos por qué nos casamos. Descubrimos que había amor entre nosotros, que jamás llegó a morir. Ahora, sin importar lo que suceda, cuando piense en ti, pensaré en las cosas buenas.

—Entonces —susurró él—, ¿sin remordimientos?

—Absolutamente ninguno.

—Bien. Y ahora vuelve a dormirte.

La acercó más. Byron se estiró a su lado.

No pasó mucho tiempo antes de que el sueño volviera a reclamarla.

Capítulo 16

Despertaron juntos al amanecer. Se movieron por la cocina en silencio mientras preparaban el desayuno. Lacey no llamó desde el otro lado de las puertas, de modo que estuvieron sólo ellos dos, con Byron en la pequeña alfombra del rincón.

—Salgamos de la casa —pidió Jenna después de colocar los platos en el lavavajillas—, lejos de la posibilidad de que el teléfono suene o alguien llame a la puerta.

—De acuerdo.

Fuera el aire era fresco y el viento un poco punzante. Mack se puso la cazadora de piel y Jenna el viejo abrigo rojo a cuadros. Subieron al Lexus.

—¿Adónde vamos? —preguntó él.

—¿Qué te parece el mismo sitio donde ayer celebramos el picnic? Creo que allí no nos molestará nadie.

Mack aparcó en el mismo lugar del día anterior. Bajaron y fue al maletero a recoger la manta, que se pasó por encima de los hombros.

—Vamos.

En el pequeño claro hacía bastante más frío, pero iban abrigados y pudieron soportarlo. Extendieron la manta y Jenna encontró cuatro piedras lisas para sujetarla al suelo. Luego se sentó con las piernas dobladas y tembló un poco.

Mack permaneció de pie en el borde de la manta, con las manos en los bolsillos.

Lo miró y se obligó a sonreír, aunque de pronto se sentía muy

nerviosa.

—Siéntate conmigo —palmeó la manta a su lado.

Él no respondió a la sugerencia.

—Te tiemblan los labios —comentó.

—Lo sé.

—No sé… por dónde empezar.

En realidad, ella tampoco. Intentó organizar sus pensamientos, que de repente parecían girar en mil direcciones diferentes.

—Podríamos empezar por el principio —indicó él.

—Suena lógico —asintió Jenna.

Mack se puso en cuclillas y recogió del suelo una ramita que partió en dos.

—Cuando me llamaste y me dijiste que te ibas a casar con el médico, al principio me quedé aturdido. La sola idea de que pudieras pensar en casarte con otro… —calló y tiró la rama—. Me pareció imposible —soltó una risa seca—. Ahí tienes a mi ego en acción. Llevábamos separados siete años y tendríamos que haber estado divorciados cinco. No te había visto en todo ese tiempo. Sin embargo… —Entonces se sentó y pasó los brazos por las rodillas—, no podía olvidarlo. Tenía que verte otra vez, intentar… —Dio la impresión de no saber cómo continuar. Al final probó de nuevo—: Lo que digo es que no lo medité tan bien. Sabía que tenía que conseguir algo de tiempo contigo, de un modo u otro, para averiguar si sentías lo mismo que yo, ver si aún sentías algo cuando pensabas en mí.

—Y ya lo sabes. —Jenna se apartó el pelo, que el viento empujó contra su cara—. Todavía siento algo.

—Sí, ahora lo sé.

—Y la cuestión es… ¿qué hacemos al respecto?

El asintió.

Quiso tocarlo, alargar la mano y apoyarla en su mejilla. Deseó sentir sus labios sobre la palma de la mano. Anheló que la besara, que su cuerpo cubriera el suyo, que la protegiera del frío del viento.

Cuando se tocaban, siempre parecía que las palabras no eran necesarias, entonces podía olvidar el futuro y dejar a un lado el pasado. Sólo existía el momento presente.

Pero no podían soslayar el futuro para siempre, había llegado la hora en que tenían que enfrentarse a lo que harían.

—Me encanta Meadow Valley, Mack. Tú lo sabes. Pero ya no… no necesito vivir aquí. Ya no considero que un lugar defina quién soy. Ahora me doy cuenta de que podría haberme ido mejor cuando vivíamos en Nueva York. Podría haberme esforzado más por establecer una nueva vida allí.

—¿Dices que te trasladarías conmigo a Florida? —La miró con intensidad.

—Lo haría, sí. Lo intentaría. Y esta vez de verdad. Podríamos decorar tu casa… dijiste que le hacía falta, ¿no?

—Sí.

—Y podrías enseñarme a pescar. ¿No es lo que haces en tu barco… pescar?

—Sí, pesco. Y a veces navego a la deriva.

—Yo podría hacerlo también. Hasta cierto punto.

Él se movió y apartó la vista.

—¿Hasta qué punto?

—Quiero hijos, Mack —repuso con toda la firmeza que le permitía el nudo en la garganta—. Siempre los he querido. Creo que lo sabes. Quiero… una familia corriente. Quiero un marido que esté conmigo una cantidad de tiempo razonable.

—Un marido que esté contigo —volvió a mirarla—. Eso ahora puedo hacerlo, puedo estar contigo siempre que me necesites.

—Sí. Lo sé. Y… —Tragó saliva— y casi es suficiente.

—¿Casi?

—Sí. Oh, Mack… Quiero hijos que podamos amar, nuestros propios hijos, si es posible. Pero si por algún motivo no puede ser, entonces me gustaría adoptar.

Lo haría, para ayudar a algunos pequeños a crecer y desarrollar su propia vida.

Para mí, eso es lo más importante que hay. No sentiría que había vivido si no criara a uno o dos hijos —él guardó silencio. Sus ojos se veían tiernos y tristes—. ¿Lo… harías conmigo, tendrías una familia conmigo, Mack? ¿Crees que podrías?

—Jenna —musitó.

Ella se mordió el labio para no suplicarle. En el pasado le había suplicado y no había servido para nada.

Dudó de que en ese momento surtiera algún bien.

Buscó en el bolsillo del abrigo y encontró unos pañuelos de

papel. Se limpió la nariz y las lágrimas de las mejillas.

Mack se levantó y clavó la vista en el sendero por el que habían subido. Al final se volvió hacia ella y regresó al borde de la manta.

—No dejo de pensar en ese chico, Jenna, Riley Kettleman. Y en la pequeña Lissa… y los otros dos niños. No dejo de pensar en que no tienen ninguna oportunidad, que su padre ha muerto y su madre no puede cuidarlos. Es la misma historia una y otra vez. La gente empieza con las mejores intenciones, dos personas se juntan y tienen hijos. Y entonces sucede algo. Un divorcio, una muerte, trabajos perdidos, esperanzas desvanecidas… —calló como si algo lo desgarrara por dentro—. Jenna, no creo que pueda hacerlo. Me refiero a incorporar a un niño al mundo, a mi vida. Los niños… no entienden, sólo confían, creen que te ocuparás de ellos. Pero eso no es lo que pasa siempre. Hay cosas que salen mal, cosas que jamás puedes prever. Y son ellos los que se quedan con menos que nada. No podría hacerle eso a otro ser humano.

No había tenido intención de tocarlo, pero no fue capaz de contenerse. Le tomó la mano.

—Mack…

No se apartó, pero tampoco bajó junto a ella. La observó con ojos desolados y solitarios.

—Lo sé —dijo—, no es racional que lo sienta de esa manera. Tú no eres Erin Kettleman. Tienes un negocio, eres propietaria de una casa, eres una mujer con recursos propios. Y yo ahora tengo dinero, podría proteger a los seres que amo, sin importar lo que me pasara. Podría encargarme de que jamás terminaras como la madre de Riley, viviendo en una casa destartalada, con cuatro hijos y ninguna salida, como mi madre, que sintió que tenía que elegir entre sus hijos y un hombre —le apretó los dedos con fuerza, pero Jenna no hizo ninguna mueca de dolor ni los alejó.

Racionalmente lo comprendo —continuó—. Me doy cuenta de que las posibilidades de que mis hijos terminen de esa manera son mínimas, aunque falleciéramos los dos. Pero luego pienso en cómo fue para mí. Tener una familia y luego quedarme sin nada. Mi padre muerto. Mi madre… que se marchó. Incluso he llegado a mentirme diciéndome que algún día voy a cambiar. Pero, Jenna, eso no ha sucedido. Y la verdad es que no creo que jamás suceda —tiró de su mano—. Ven, ven.

Dejó que la pusiera de pie.

La abrazó y la miró fijamente a los ojos.

—Lo siento, Jenna. No sé en qué diablos pensaba para obligarte a pasar estas dos semanas conmigo, cuando conocía tu deseo de tener una familia… y sabiendo que al respecto yo no había cambiado. Soy un bastardo egoísta, hasta el final, supongo, y…

—Shh —le rodeó el cuello con los brazos y le bajó la cabeza. Con un gemido él enterró la cara en su pelo. El viento frío soplaba a su alrededor—. Anoche te dije —susurró ella— que no lamentaba nada.

Y era verdad.

Salvo, quizá, el pesar que le producía perderlo de nuevo…

Oh, Señor, no podía soportarlo. No lo soportaría.

Sí, anhelaba tener hijos. Pero no los quería con nadie más que no fuera Mack, lo había aprendido de la forma más difícil, y en el proceso había herido a su querido amigo Logan.

Se apartó lo suficiente para secarse las pertinaces lágrimas.

—Mack, escucha. Si consideras que no puedes…

—No lo digas —la aferró con fuerza por los hombros.

—¿Qué? —No entendía.

—No abandones a tus hijos por mí.

—¿Qué hijos? No tengo ninguno.

—Pero los tendrás. Y así ha de ser. Serás una magnífica madre.

—No, no sin ti.

—Con nosotros no va a funcionar, Jenna —le enmarcó el rostro entre las manos.

—No digas eso, no es así. Funcionará, haremos que funcione. Esta vez no vamos a tirar por la borda lo que tenemos. Oh, Mack, por favor. Quédate conmigo, aquí en Meadow Valley, unas semanas más. Deja que se recupere mi hermana y ponga a la venta mi tienda. Luego me iré contigo a Florida. Construiremos una vida juntos, una buena vida. Di que permanecerás casado conmigo, que me quieres como tu esposa.

En vez de contestar, le dio un beso en la boca con un anhelo tan poderoso que le quitó el aliento. Ella se lo devolvió y probó la sal de las lágrimas en sus labios.

«Nos irá bien», pensó. «De algún modo, lo conseguiremos».

Si no era capaz de convencerse de que podía tener hijos, que así

fuera. Ella tampoco los tendría. Después de todo, medio sueño era mejor que ninguno. Se centraría en lo que tenía y olvidaría lo que podría haber sido.

Fue Mack quien puso fin al beso.

Y también a sus esperanzas.

Se apartó y la miró a los ojos.

—No funcionará, Jenna —afirmó—. Me marcharé hoy.

Nada de lo que pudo decir lo disuadió.

Cuando regresaron a la casa, subió a la primera planta para desmontar el ordenador y llevárselo al coche. Jenna no pudo soportar ver cómo se preparaba para dejarla. Contempló la puerta que conducía al salón de atrás… aún seguía cerrada. Lacey quizá durmiera o estuviera trabajando.

No la llamó. Mack se iba y no había nada que Lacey pudiera hacer, no tenía sentido arrastrarla a participar en la última despedida.

Fue al salón próximo a la entrada y se sentó en el sofá. Miró hacia la ventana y con la visión periférica notó un movimiento. Byron, con el rabo en alto, se dirigía a su lado. Se sentó junto a sus pies y la contempló con expresión expectante.

Jenna dio una palmada en sus rodillas y él saltó para aterrizar con ligereza en su regazo. Lo acarició desde la cabeza hasta el rabo. Byron se arqueó y ronroneó de placer, luego se hizo una bola encima de ella. Volvió a clavar la vista en la ventana y siguió acariciándolo con gesto distraído.

Oyó a Mack bajar y subir dos veces mientras llevaba el equipo informático. Luego fue al dormitorio a recoger su ropa.

Demasiado pronto apareció en el umbral. Tenía una maleta en cada mano. Jenna depositó a Byron en el suelo y se levantó.

—Te ayudaré a llevarlas.

—Puedo arreglarme.

—No, de verdad, no me importa —se acercó a él con las piernas entumecidas. Toda ella se sentía entumecida.

—La puerta de Lacey está cerrada —comentó Mack—. No quiero molestarla. ¿Te despedirás por mí?

«Qué considerado», pensó Jenna. «Me rompe el corazón, pero no quiere molestar a mi hermana».

—De acuerdo, lo haré.

Byron se aproximó. Dejó las maletas en el suelo.

—Eh, Bub… —Se agachó y lo alzó en brazos—. Quédate cerca de casa, no vuelvas a escaparte —lo acarició unas cuantas veces—. Adiós, Bub —volvió a dejarlo en el suelo.

Levantó las maletas y ella lo siguió al exterior.

Abrió el maletero, sacó la manta y la cesta que habían usado para el picnic y sé las entregó. Luego introdujo las maletas y cerró. Ya no quedaba otra cosa que subir al coche y alejarse de ella.

Una andanada de preguntas afloró a los labios de Jenna.

«¿Adorne vas a ir ahora? No has reservado ningún vuelo para Florida, ¿verdad? ¿Por qué no te quedas aquí hasta que te lo confirmen? ¿Por qué no te quedas aquí conmigo? ¿Por qué no te quedas para siempre?».

No preguntó nada. Además, ya conocía casi todas las respuestas. Y las demás apenas importaban.

Se quedaron en la acera, mirándose. Vio en sus ojos que Mack quería besarla.

No creyó que en ese momento pudiera soportarlo, aunque supo que más adelante, en el futuro de soledad que la esperaba sin él, anhelaría todos los besos que no habían compartido.

Pero en ese instante no sería capaz de soportar ni un beso más. Eso representaba la línea entre la dignidad y las súplicas.

Necesitaba recuperar su dignidad.

Era lo único que le quedaba.

Agarró la manta y el asa de la cesta con fuerza, una barrera para su contacto.

—Adiós, Mack.

—Adiós, Jenna.

Rodeó el coche. Ella lo siguió y esperó hasta que cerró la puerta y bajó la ventanilla.

—Firma los malditos papeles ahora mismo —dijo—. ¿Lo has entendido?

Lo miró preguntándose a qué se refería. Y entonces lo recordó. Los papeles del divorcio.

—Sí, lo haré. Entendido.

La saludó con un gesto rápido de la mano. Luego ella se echó hacia atrás y él arrancó.

Jenna se quedó allí quieta, mirándolo, hasta mucho después de

que el Lexus hubiera doblado por la esquina y desaparecido de su vista.

Capítulo 17

Media hora después de que se marchara Mack, Lacey salió del salón de atrás para dirigirse a la cocina. Jenna estaba sentada a la mesa ante una hoja de papel; alzó la vista y sonrió.

Su hermana vio el dolor detrás de la sonrisa.

—¿Qué ha pasado? ¿Te encuentras bien?

—Mack se ha marchado —se humedeció los labios—. Me pidió que te dijera adiós de su parte.

Lacey llegó hasta la mesa y se sentó. Dejó las muletas en el suelo mientras Jenna le acercaba otra silla para el pie.

—¿Quieres tomar café o desayunar? —le preguntó a su hermana.

—Olvídate de eso ahora. ¿Hablas en serio? ¿Mack se ha ido?

—No sólo se ha ido —tragó saliva—. Él… nosotros… no funcionó. De modo que sí, se ha marchado —volvió a concentrarse en la hoja de papel, pero la mano de su hermana la tapó.

—Cuéntame qué ha pasado —indicó Lacey.

—Lacey, yo…

—Vamos —insistió con voz amable. Levantó la mano del papel —. ¿Qué es eso?

—Ha… hacía una lista. Pensaba que me ayudaría durante los próximos días. Saber adónde voy y qué debo hacer. Tengo que regresar a la tienda. Estas últimas semanas la he descuidado. Y la casa… —Miró alrededor de la brillante y anticuada cocina—. No le vendría mal una limpieza exhaustiva. Y luego está el divorcio. Mack me entregó los papeles. He de ocuparme de eso, no puedo

postergarlo para siempre. Lo mejor será terminar de una vez.

Lacey la miraba con los brazos abiertos.

Jenna la miró también, desafiante… y consciente de la necedad de su acto. ¿Qué ganaba rechazando el consuelo y el amor de su hermana?

Se levantó y fue a arrodillarse junto a Lacey. Apoyó la cabeza en su regazo y sintió que le acariciaba el pelo.

—¿Todavía lo amas?

—Hmm.

—¿Y él te ama a ti?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué se marchó?

—¿No podemos… dejarlo estar? —suspiró—. No deseo entrar en ello ahora.

—Te comportas como si fuera algo definitivo.

—Lo es —levantó la cabeza y miró a su hermana a los ojos—. Es absolutamente definitivo. Se ha ido y no volverá.

La cajita azul con un lazo blanco esperaba sobre la almohada cuando Jenna regresó a su habitación unos minutos más tarde.

Se sentó en el borde de la cama, recogió la caja y le dio la vuelta en las manos. Había una tarjeta.

> *Jenna*:
>
> *Compré esto hace años en Nueva York. Justo después de ganar el juicio y disponer del dinero que siempre quise, aunque no te tenía a ti. Fui a una tienda de la Quinta Avenida, lo vi y lo deseé para ti. Me lo podía permitir, así que lo compré. Y lo he guardado. Pensé que quizá nunca llegaría a dártelo.*
>
> *Pero, de algún modo, éste parece el momento apropiado.*

La nota finalizaba ahí. No había ni una palabra de cariño, ni siquiera su nombre.

Tiró del extremo del lazo blanco, que cayó sobre su regazo. Alzó la tapa.

Dentro, sobre satén blanco, había un alfiler pequeño y perfecto

con la forma de un gato. Un gato compuesto de diamantes. Los ojos eran dos esmeraldas.

Lo sacó del estuche y se acercó al espejo que había sobre la cómoda. Con sumo cuidado, se lo colocó encima del corazón.

Lo admiró y luego se lo quitó y lo volvió a guardar en el estuche. Envolvió la caja y rehízo el lazo. Después de alisarlo un poco, daba la impresión de que jamás se había abierto.

Puso la tarjeta y la cajita en el último cajón de la cómoda, junto a un sonajero de plata que su tía abuela Matty Riordan Bravo había enviado de Wyoming cuando Jenna nació. Y un anillo con un granate que de niña había atesorado. Y también el pequeño estuche con el anillo de casada.

Eran objetos que quería, aunque se trataba de cosas que nunca más se pondría ni usaría.

Cinco días después, el viernes a las siete de la tarde, Erin Kettleman llamó a la puerta de la casa de Jenna. Tenía el pelo arreglado; lucía una chaqueta marrón descolorida con un bolso pequeño a juego.

—¿Está aquí el señor McGarrity? —preguntó.

—No, se marchó el domingo. Creo que a Florida.

—He dejado a Riley con los niños —se llevó la palma de la mano al corazón—. Es muy responsable. Y Lissa está dormida —esbozó una sonrisa trémula—. Aunque no sé cuánto tiempo permanecerá así…

—Señora Kettleman, pase, por favor —extendió la mano y tomó a la otra mujer del brazo. La condujo al salón delantero—. Siéntese.

—Gracias —ocupó un sillón.

Jenna se sentó en el borde del sofá cerca de su invitada.

—¿Quiere beber algo?

—Hmm, no. No puedo quedarme mucho rato. Tiene una casa hermosa.

—Era de mi madre.

Las dos se miraron y el silencio se alargó, hasta que ambas se pusieron a hablar al unísono.

—No sé cómo…

—¿Cobró el…?

Las dos callaron, sonrieron y se disculparon.

—Sí —contestó Erin Kettleman—. Cobré el cheque del señor

McGarrity. Riley me convenció. Ese chico puede ser muy persuasivo —los ojos le brillaron con cariño—, se parece mucho a su padre.

—Me alegro mucho de que lo cobrara.

—Y yo estoy muy agradecida. Lamento lo grosera que fui el sábado pasado. Últimamente tengo la impresión de que un revés más acabará conmigo. Mi marido, Riley padre, murió hace seis meses. Nosotros… nunca tuvimos mucho, pero cuando Riley estaba vivo, de algún modo siempre salimos adelante. Pero desde su ausencia las cosas no han hecho más que empeorar. Apretó los labios y desvió la vista.

—Pero esta vez no fue un revés, ¿verdad? —Se adelantó y apoyó la mano en su brazo.

—No, no —de nuevo esbozó la sonrisa trémula—. Estaba temblando cuando endosé el cheque. Luego la cajera lo aceptó, junto con mi carné de identidad, e introdujo algunos números en su ordenador. Entonces preguntó: «¿Cómo lo quiere, señora Kettleman? ¿En billetes de cien?» —rió—. El corazón se me paralizó. Y no bromeo. Pensé que nunca más viviría un momento semejante, pero me equivoqué.

—¿Se equivocó? —Jenna frunció el ceño—. ¿Y eso?

Erin Kettleman abrió el bolso y sacó una hoja de papel. Se la entregó a Jenna.

Era una carta de Mack, sin remite.

Estimada señora Kettleman:

He decidido establecer un fideicomiso a su nombre. Durante los próximos veinte años recibirá cinco mil dólares al mes para ayudarla a cubrir los gastos de su familia y suyos. Además, como el coste de la educación no para de subir, he establecido unos fideicomisos para sufragar la universidad de cada uno de sus hijos.

Por favor, póngase en contacto con el despacho de Dennis Archer, abogado, en Meadow Valley, cuando le sea más oportuno para recibir el primer pago. El señor Archer responderá cualquier pregunta que quiera formularle sobre el asunto.

Le deseo lo mejor a usted y a su familia.

—Llegó hoy —musitó Erin con voz asombrada—. Llamé a ese abogado. Me dijo… —Cerró los ojos, respiró hondo y volvió a abrirlos—. Me dijo que había estado esperando mi llamada. Me ha dado una cita para el lunes a las diez de la mañana. No puedo creerlo. ¿Por qué? ¿Por qué haría algo así? Ni siquiera nos conoce. Para él somos desconocidos.

—¿Desconocidos? —Jenna sonreía. «Oh, Mack, Mack», pensó. Había hecho lo mejor y más perfecto…

Erin Kettleman aguardaba que continuara. Intentó explicárselo.

—Creo que, en cierto sentido, Mack se considera… muy próximo a usted y a su familia.

—¿En qué sentido? Por favor, dígamelo. Ayúdeme a entender. Me cuesta tanto creer que esto esté sucediendo de verdad. No dejo de pensar que despertaré en unos minutos para descubrir que se trata de un sueño imposible y loco. Quizá si supiera por qué lo ha hecho… por favor, señorita Bravo. Debe decírmelo.

No había modo de resistir esa súplica. Ni siquiera lo intentó. Le habló de la infancia de Mack, del padre que había perdido y de la madre que lo había entregado a él y a sus hermanas al cuidado del estado. Del funeral al que los dos habían asistido en el sur de California.

Al finalizar los ojos de Erin se hallaban empañados.

—Qué triste —murmuró—. Qué terrible debió de ser para sus hermanas y para él… y para su madre. Pobre mujer. Hubo un momento en que la habría juzgado por lo que hizo. Pero después de los últimos seis meses… creo que es lo peor que le puede pasar a una madre, preguntarte si serás capaz de cuidar de los tuyos. Es muy doloroso, es lo peor del mundo.

—Creo que él desea que su familia disfrute de la oportunidad que no tuvo la suya.

—Bueno —se levantó—. Gracias a él la tendremos.

Jenna se incorporó y le entregó la carta. Erin la guardó en el bolso.

—Pienso escribirle para darle las gracias. Supongo que… podré darle la carta al abogado.

Jenna entendió la pregunta silenciosa de la otra: «¿Debería

dársela a usted?»

—Sí, entrégueselа al abogado —afirmó—. Sabrá dónde enviarla para que Mack la reciba.

—Bien. Será mejor que vuelva a casa.

Jenna la acompañó a la puerta.

—Vuelva cuando quiera, en serio.

Con timidez, Erin prometió que lo haría.

Esperó hasta que subió a su destartalado vehículo y luego cerró la puerta. Entonces se apoyó en el marco, cruzó los brazos y se quedó mirando los zapatos.

Se dio cuenta de que sentía júbilo por la familia Kettleman. Y orgullo. Mack había hecho algo maravilloso.

Y también experimentaba tristeza, lo echaba de menos.

La casa parecía tan tranquila… No le sentaría mal un poco de compañía. Pero la puerta del salón de atrás estaba cerrada. Al parecer Lacey trabajaba con ahínco y no quería que la molestaran.

Suspiró y se dirigió a la cocina. Se prepararía un té para mitigar el frío de la noche. Y quizá en un rato Lacey saliera de su estudio. Podrían compartir el té y Jenna le contaría lo que Mack había hecho por Erin y sus hijos.

Pero una hora más tarde la puerta seguía cerrada. Lavó la tetera y fue a su dormitorio.

A la mañana siguiente, cuando Jenna entró en la cocina para desayunar, el café ya estaba hecho y su hermana completamente vestida, apoyada en la muleta mientras freía unos huevos.

—¿Lace? Son las siete de la mañana. ¿Te sientes bien?

Su hermana la miró por encima del hombro con cara ilusionada.

—Estoy preparando el desayuno. Comeremos y luego creo que es hora de que veas en qué trabajo —se apartó un mechón de pelo de la cara y añadió—, creo que es bastante bueno, pero… —calló y se encogió de hombros con gesto nervioso—, bueno, sin importar lo que pienses del cuadro, en algún momento tienes que verlo. Imagino que cuanto antes, mejor.

Veinte minutos más tarde, Jenna la siguió al salón de atrás.

El cuadro esperaba donde Lacey había conseguido colocarlo, junto al sofá.

—Ahí lo tienes —indicó. Luego se hizo a un costado y aguardó la reacción de Jenna. Al principio, ésta sólo pudo mirarlo fijamente

—. Y bien… —demandó su hermana—. Adelante, ¿qué te parece?

Jenna no sabía qué pensar. Era un desnudo, una figura masculina, y resultaba arrebatadora en su sensualidad y poder. Una máscara le cubría el rostro, una máscara sencilla, negra y al parecer tallada en piedra negra. A pesar de ello, Jenna sabía quién había sido el modelo de su hermana. Había algo en el modo en que ladeaba la cabeza, la forma de los hombros… aunque, desde luego, ella misma jamás había visto así al modelo de Lacey. Y nunca había percibido la asombrosa sensualidad que su hermana debía ver al mirarlo.

—No te gusta —aseveró Lacey.

—No —musitó—, no. Es… increíble. Bello. Perfecto.

—Oh. —Lacey soltó el aire despacio—. ¿Te parece? ¿De verdad?

—No tengo palabras —asintió—. Pero es bueno, Lace. Más que bueno.

—No sabes lo maravilloso que es oírlo de otra persona —volvió a soltar el aire por la boca—, aunque esa persona sea mi hermana, que piensa que todo lo que hago es fabuloso.

—Es algo más que lealtad de hermana, Lace. Te lo juro.

—Creo que hablas en serio.

—Sabes que sí… pero he de preguntarte…

—Desearía que no lo hicieras —cerró los ojos.

—Por favor —pidió Jenna—, mírame.

Las hermanas se observaron.

—Necesito sentarme —anunció Lacey.

—El cuadro… —preguntó cuando Lacey ocupó la mecedora—. Es Logan, ¿verdad?

—Te advertí de que podría llamarlo para saber cómo le iba después de que te marcharas —asintió y soltó una carcajada.

—Doy por hecho que lo hiciste.

—Sigo sin saber cómo sucedió. Supongo que iba a consolarlo. Sabía que tenía el corazón roto por haberte perdido por segunda vez. Cómo terminamos juntos en la cama… bueno, cosas más extrañas han pasado, aunque no a mí. Fue una absoluta locura. Duró cinco días increíbles, hasta que perdí al pobre Byron y atravesé el techo con el pie, lo cual hizo que fuera necesario que Mack y tú regresarais.

—Lace, ¿sientes algo por él?

—Creo que sí —susurró con los ojos cerrados—. ¿Puedes creerlo? Me parece que amo a Logan Severance. A veces me da la impresión de que lo he amado siempre, sin saberlo —abrió los ojos y miró a su hermana—. Era la última persona a la que pensé que amaría, te lo juro. Jamás albergué… ninguna intención hacia él. Hasta después de llamar a su puerta, después de que Mack y tú os fuerais. Espero que no creas…

—Eh. —Jenna alzó ambas manos—, está bien. No tienes que convencerme, te creo. Y los dos sois buenas personas. Nada habría pasado entre Logan y tú si los dos hubiéramos seguido juntos, lo sé.

Entonces apareció Byron. Se acercó a Lacey y saltó a su regazo. Ella lo acarició detrás de las orejas.

—Logan aún te ama, Jenna —ésta abrió la boca para protestar, pero Lacey meneó la cabeza—. Para él ha sido la clásica situación de rebote, eso es todo.

—No, Lacey —se arrodilló junto a su hermana—. Escucha. De verdad que entre él y yo todo ha terminado. Además, jamás habría funcionado.

—Díselo a él.

—Lo haré, si tú quieres.

—No.

—Pero…

—No, por favor, no le digas nada. Déjalo estar.

—Pero si tú lo amas…

—Si lo amo, ¿qué? —Se puso rígida y los ojos le ardieron con un fuego azul.

—Bueno, entonces… podéis arreglar las cosas.

—¿Arreglar las cosas? —bufó—. ¿Cómo hicisteis Mack y tú? —Jenna carecía de respuesta para eso. Se levantó y retrocedió un paso. Byron, incómodo con la súbita agitación de Lacey, saltó de su regazo—. Te lo acabo de decir. Logan no me ama, te ama a ti… y tú amas a Mack McGarrity, ¿no?

—Lacey, yo…

—¿No? —desafió su hermana.

—Yo…

—Por el amor del cielo, ¿quieres decirlo?

—De acuerdo. Sí, amo a Mack.

—Y Mack te ama, ¿no es así?

—Sí, me ama.

—He de decirte, Jenna —comentó con impaciencia—, que si creyera que Logan me amaba, nadie ni nada podría mantenerme lejos de él. Así que he de preguntártelo. ¿Cuál es tu excusa?

—Bueno, yo… nosotros…

—¿Tú, vosotros, qué?

—Yo quiero hijos —soltó—. Él no.

—No quiere hijos. —Lacey frunció el ceño—. ¿Jamás?

—Es lo que afirma.

—Bueno, de acuerdo —admitió a regañadientes—. Eso es duro.

—Pero yo…

—¿Sí?

—Estoy dispuesta a pasar sin hijos. Lo amo, Lacey. Creo que siempre lo amaré. Y desde anoche, he empezado a ver que hay otras maneras de contribuir a criar niños.

—¿Qué pasó anoche?

—¿Recuerdas al niño que encontró a Byron?

—Sí.

—Bueno, anoche, mientras tú trabajabas, vino su madre. Me contó que Mack había establecido un fideicomiso para ella de cinco mil dólares durante veinte años… al igual que otros para la universidad de cada uno de sus hijos.

—¿Qué te dije? —Emitió un silbido bajo—. Ya no es el mismo bastardo que de antes. En absoluto.

—Así es. Y eso me hizo pensar. Está contribuyendo a la vida de esos niños de un modo vital. Eso es importante. Bueno, podría ser suficiente para mí, me refiero a lo que podamos hacer juntos para ayudar a los hijos de otros a desarrollarse. Y… aún lo amo. Siempre lo amaré. Y lo echo de menos, no quiero vivir sin él.

—Pues no lo hagas. Ve a buscarlo y díselo. Repíteselo una y otra vez hasta que al fin ceda y reconozca que eres la única mujer del mundo para él, hasta que recupere el juicio y confiese que no puede concebir no pasar el resto de su vida a tu lado.

—¿Sabes? —Miró a su hermana—. Es un buen consejo.

—Entonces, acéptalo.

—De acuerdo. Creo que lo haré.

Capítulo 18

Aquel fin de semana Jenna y Lacey hablaron mucho.

Lacey confesó que si Jenna quería vender la casa que su madre les había dejado, no le vendría mal ese dinero extra. En cuanto pudiera caminar otra vez, regresaría a Los Ángeles. Puede que el amor no hubiera funcionado para ella, pero estaba decidida a realizar sus sueños artísticos.

Acordaron que la pondrían a la venta. El lunes Jenna fue a una agencia inmobiliaria. También colocó un anuncio en el Meadow Valley Sun para vender la tienda.

Cinco semanas más tarde, recibieron una oferta sólida por la casa. Por ese entonces habían pasado cinco semanas desde la operación de Lacey. Recibió el alta del cirujano y de inmediato llamó a una amiga en Los Ángeles, quien la invitó a quedarse con ella hasta que encontrara algo propio. Al día siguiente hizo los preparativos para trasladar el cuadro de Logan a casa de su amiga artista, con quien antes había compartido piso en Los Ángeles.

Y el jueves, 19 de noviembre, Jenna llevó a su hermana al aeropuerto de Sacramento.

—Ya no me tienes a mí para seguir preocupándote —afirmó Lacey antes de subir al avión—. La casa está vendida y María puede llevar la tienda una temporada. Creo que será mejor que hagas un pequeño viaje a Florida. El tiempo pasa. Debes empezar a derribar las defensas de Mack para poder reiniciar vuestras vidas.

—Tienes toda la razón —abrazó a su hermana.

—¿Y bien?, ¿cuándo te vas?

—En cuanto llegue a casa, telefonearé a la agencia y haré una reserva.

—Te llamaré apenas consiga apartamento, y será mejor que tú me llames y me mantengas informada sobre tu vida amorosa.

—Sabes que lo haré.

—¿Te he dicho alguna vez que eres la mejor hermana que podía tener esta ex joven problemática?

—Sí. Así que no dejes de pintar y de hacer que me sienta orgullosa, ¿lo prometes?

—Lo prometo. Te quiero.

—Oh, Lace, yo también te quiero…

Aquella noche, Erin Kettleman llevó a los niños a visitarla. Prepararon perritos calientes en el patio y los comieron fuera. A pesar de que Lissa lloró un poco y Will, el más pequeño, tuvo una o dos pataletas, Riley declaró que era la mejor comida que jamás había probado. Todos se mostraron encantados de ver otra vez a Byron.

Antes de que se marcharan, Jenna informó a Erin de que el gato y ella se marchaban el lunes a Florida.

—¿Va a volver con el señor McGarrity? —sonrió feliz.

—Sí —respondió ella sin un titubeo.

Al día siguiente, Jenna les dio el día libre a María y a su otra ayudante.

A las doce menos cuarto, estaba mostrando a una clienta habitual un juego de café cuando oyó las campanillas de la puerta al abrirse.

Se volvió con la mejor de las sonrisas.

Y el mundo se paralizó.

Era Mack.

Llevaba puestos unos pantalones chinos y esa cazadora marrón tan *sexy*. Tenía las manos en los bolsillos y la miraba como si deseara abrazarla y no soltarla en un millón de años.

—Mack —dijo al llegar a su lado. En el nombre proyectó todo: su amor, su añoranza y su alegría de verlo—, hola.

Él le tomó la mano izquierda, en que resplandecía el anillo de casada, y luego con gentileza tocó el alfiler con forma de gato que lucía cerca de su corazón. Sonrió. Jenna se preguntó cómo había podido vivir sin esa sonrisa.

—Te alegras de verme —comentó él.
—Esa palabra no hace justicia a lo que siento —echó los hombros hacia atrás—. Iba a ir a buscarte.
—¿Sí?
—Sí. El lunes. Sigo siendo tu esposa, Mack. No firmé los papeles porque pretendo seguir siendo tu mujer.
—Jenna —susurró desde lo más hondo de su corazón, y la abrazó.
Había dos clientas más en la tienda aparte de la que había estado atendiendo ella. Una se quedó boquiabierta y la otra dijo:
—Ohh…
—Qué dulce —comentó la primera.
Ni a Mack ni a Jenna les importaban las clientas. Se besaron largo rato, un beso de verdadera reunión entre marido y mujer.
Al final él levantó la cabeza, pero no la soltó.
—Lo he hecho, Jenna. Fui a ver a mis dos hermanas, he estado con ellas.
—Oh, Mack…
—Y son dos personas excelentes. Bridget tiene tres hijos felices y normales. Y Claire está embarazada de su primer bebé. Va a ser una niña. Yo… bueno, creo que si ellas pueden, tal vez yo también lo consiga.
—Mack, ¿me estás diciendo…?
—Me aterra —asintió—. Pero, sí, lo haré. Tendré una familia contigo. Me parece que es el mayor riesgo que asumiré en la vida, pero los riesgos se me dan bien… ¿no?
—Sí. Corres riesgos y te dan buenos dividendos.
—¿De verdad no firmaste los papeles?
—No.
—¿Y quieres seguir siendo mi esposa?
—Sí.
—¿Ni, Quiera tengo que suplicarte o ponerme de rodillas?
—Bueno, unas cuantas súplicas no vendría mal, después de…
La abrazó de nuevo para besarla por segunda vez.
—Te amo —afirmó.
—Yo también te amo. Tanto, tanto…
En ese momento sonaron las campanillas; era María dispuesta a retomar el trabajo.

—¿Crees que podrás llevar la tienda un rato? —preguntó Jenna.

Recogió el bolso y el abrigo y los dos abandonaron el local. Caminaron tomados de la mano hasta la casa.

Byron esperaba justo detrás de la puerta. Mack alzó a Jenna en vilo y la llevó hasta el dormitorio principal de la primera planta. El gato los siguió ronroneando.

Unas semanas más tarde, Mack y Jenna renovaron sus votos en Florida, en el barco de él. Mack pagó el avión de todos los invitados. Estaban Lacey, las hermanas de Mack con sus familias, Alee y Lois y todo el clan de los Kettleman.

Después de la ceremonia los dos partieron en una segunda luna de miel. Fueron a Wyoming, donde Jenna conoció a los hijos del hermano de su abuelo. Y en los años siguientes, siempre insistió en que allí era donde habían concebido a su primer hijo, en el rancho que llevaba cinco generaciones en la familia Bravo.

FIN



Christine Rimmer nació en California. Primero deseaba ser actriz, consiguiendo su licenciatura en teatro del Estado de California, Sacramento y luego se fue a Nueva York para estudiar actuación. Más tarde, se mudó al sur de California, donde comenzó su carrera como escritora de relatos cortos, obras de teatro y poemas. Sus poemas y cuentos fueron publicados en una serie de pequeñas revistas literarias. Sus obras fueron producidas por teatros del Grupo en el sur de California y han sido publicadas por dramaturgos de la Costa Oeste. Ha escrito más de setenta y cinco novelas contemporáneas de Silhouette y Harlequin Libros. Las historias de Christine siempre aparecen en las listas de *Best-seller*, incluida la Waldenbooks y las listas de EE. UU.

Vive en Oregon con su familia.